

Juan Draghi Lucero

El hachador de Altos Limpios



Lectulandia

Toda nuestra tierra, (Argentina) esa vasta geografía que desde el lejano sur hasta los confines del trópico abarca la montaña, la pampa y la selva, albergue de millones de hombres y mujeres de todas las razas, narrada y cantada por sus mejores cuentistas, novelistas y poetas.

Un gran mapa literario del interior del país compuesto con las mejores expresiones de las letras lugareñas, en el que resaltan el hombre y el paisaje, los usos y las costumbres, el pasado y el presente de todos y cada uno de los rincones de nuestro suelo.

Lectulandia

Juan Draghi Lucero

El hachador de Altos Limpios

ePub r1.0
diegoan 24.08.14

Título original: *El hachador de Altos Limpios*

Juan Draghi Lucero, 1966

Diseño de cubierta: Marcos Pampillon

Editor digital: diegoan

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prologo: JUAN DRAGHI LUCERO

Juan Draghi Lucero nació en Lujan de Cuyo (Mendoza), el 5 de diciembre de 1897. Cinco años después, su familia se traslada a la ciudad de Mendoza, y allí muere su padre, un lombardo de natural soñador, dibujante naval en su patria y constructor de carros y coches en Cuyo. Huérfano a los nueve años, Draghi Lucero vive con su madre, hasta la muerte de ella, en 1944, y tres años después se casa. Esa presencia de la madre se trasluce constantemente en la ternura a la vez íntima y efusiva de su decir literario. Doña Ascensión Lucero, nacida en Tunuyán, pronto ve pasar a manos de rúbulas y peritos el patrimonio heredado. Pero es mujer de condición animosa. Con los últimos restos de su fortuna, compra un carro, además de una casa en Las Heras, y se dedica al negocio leñatero con un socio, Daniel Pizarro, cuyoano viejo, igual que ella, y hombre de probidad natural. Juan deja la escuela en el tercer grado y se echa con el aparcero de su madre por los desiertos de la extensa región, en viajes que duran a veces días con sus noches. En esas soledades, rodeando el fuego con don Daniel y otros jarilleros, el niño se extasía escuchando, después de comer, las tonadas tradicionales al son de guitarras y los cuentos de encantamiento, de espanto y de picardías, infaltables en las sobremesas nocturnas de provincia.

Poco a poco, y quién sabe por qué misteriosos despliegues del destino, el niño jarillero comienza otra existencia paralela. No vuelve a la escuela. Pero en 1925 ya está escrutando con pasión el enigma de los extintos huarpes y de la población criolla que los continuó en las márgenes de la laguna de Guanacache hoy desecada. Publica tres libros de versos y artículos de historia, funda la Escuela de Apicultura de Mendoza y, con otros, la Junta de Estudios Históricos de la misma provincia, recorte sistemáticamente los campos de Cuyo en busca de los antiguos cantares, y, al fin, su nombre desborda los límites regionales y se proyecta al plano nacional. En 1988, publica el Cancionero popular cuyano, macizo volumen de más de 600 páginas, en que registra, muchos de ellos con la tonada con que se cantaban, los versos —romances, décimas, canciones y coplas— escuchados al folk de las provincias cuyanas en sus viajes de recolección, y no pocos volcados de sus recuerdos de infancia y mocedad. El libro obtuvo de la ex Comisión Nacional de Cultura el premio de Folklore correspondiente a la región Cuyo, un galardón, sin duda, pero chico para una obra de esa magnitud. El autor, modesto o receloso, no aspiró a más.

Si este libro fue una revelación para los estudiosos del folklore, dos años después habría de producirse un acontecimiento análogo en el campo de las letras. Buenos Aires conoció con admiración y asombro un libro singularísimo del mismo autor,

escrito en Mendoza y reeditado años después por Kraft, en Buenos Aires. Era un libro desbordante de fantasía, de un decir ingenioso y estilo delicado y suntuoso, exponente de un género insólito. Por notable coincidencia, apareció el mismo año en que otro hombre de letras, Bernardo Canal Feijóo, de cepa santiagueña, y también con un pie en la cultura universal y otro en el país nativo, hacía conocer su libro Los casos de «Juan», de elocución tan sabrosa y sutil como el de Draghi Lucero, pero de expresión mucho más discreta y ceñida, como cabe a un norteño (sobre este punto volveremos) y a un libro con cuentos de animales, no de reyes, niños héroes y dragones. Draghi Lucero lo tituló Las mil y una noches argentinas, y lo anunció como el primer volumen de una serie. La impresión producida en escritores de Buenos Aires la sintetiza Manuel Gálvez en su obra póstuma, imprescindible para conocer por dentro la vida literaria argentina en la primera mitad de este siglo: «Juan Draghi Lucero es muy alto, de largos brazos, de color moreno y de tipo que denuncia la lejana ascendencia aborigen. Conoce de veras nuestra historia. Yo lo admiro profundamente por Las mil y una noches argentinas. Es una de las más grandes obras de nuestra literatura. Lo he dicho varias veces, y lo repetiré. Hice leer este libro extraordinario a varios colegas, y todos opinaron como yo» (Recuerdos de la vida literaria, Buenos Aires, Hachette, 1965, v. IV, p. 318).

La segunda parte, sin embargo, demoró más de lo previsto. El autor tenía compromisos científicos con la Universidad Nacional de Cuyo y le faltaba tiempo para la literatura. Libre, al fin, de esos compromisos por la jubilación, pudo entregaría en 1963, bajo el título de El loro adivino, editada por Troquel en Buenos Aires. La primera entrega constaba de 13 cuentos; la segunda, de solo 4, uno de los cuales, enormemente dilatado, ocupa casi la mitad del libro. En 1964, con el mismo sello de Troquel, publica Cuentos mendocinos, colección de 17 relatos, laureada con el Gran Premio Bial de Novela 1962-63 de Mendoza, y ahora ofrece, mediante EUDEBA, su cuarto libro del género, Cuentos cuyanos, que sigue por el mismo carril del precedente.

La mayor originalidad de la obra literaria de Draghi Lucero se manifiesta en Las mil y una noches argentinas y en El loro adivino. Sus otros dos libros contienen los ingredientes de su estilo, pero el vuelo imaginativo del autor está moderado por la exigencia de la anécdota. Porque aquellos desarrollan, por un excepcionalísimo proceso de crecimiento interior, cuentos tradicionales de encantamiento, morales o de picardías; en cambio, éstos tienen los pies en la tierra: amplían, estofan, cincelan y esmaltan anécdotas y caracteres reales o verosímiles, que el autor extrajo de la tradición o de las mentas, o que supo vivir en sus años mozos. Pero si los primeros son los más especiales, imposible es pasar por alto las obras maestras incluidas en los últimos: «Árbol castigado», por ejemplo, o el personaje del juez, en «La demanda a las hormigas», ambos pertenecientes a este volumen, son inolvidables. No estamos

aquí frente a la fácil sazón regionalista, consistente en presentar viejas lugareñas de nombres estrafalarios, que en su pintoresco hablar zahieren indignamente las fechorías de los chicos, la conducta alocada de las mozas y las descomposturas causadas en la plácida existencia provinciana por las novedades de los tiempos (aunque a veces no se libra él tampoco de caer en estas tentaciones, como en el umbral de «La pericana», narración de Cuentos mendocinos) No es una retórica traída del folklore para adornar un relato urdido con mente urbana, ni salpicaduras regionales en una anécdota universal para darle visos autóctonos. Es la composición de una vertiente local, vivida por el autor, sin interrupción, desde la infancia hasta la madurez, y de otra universal, bebida en los libros, bajo el acicate de una vocación avasallante, pues no es fácil que un chico que deja la escuela en el tercer grado para ir al desierto a recoger jarillas termine sumergido en archivos y bibliotecas, garrapateando fichas y llenando cuartillas. En ningún momento dejó Draghi Lucero de llevar esa existencia de dos vertientes. La recolección en sus fuentes de la literatura folklórica lo tuvo mucho tiempo recorriendo los campos de Cuyo, y hasta adquirió la costumbre de escribir en medio del campo en la obscuridad, con grandes letras, solo cuidando de mantener el paralelismo de los renglones. Era uno de sus modos de impregnarse, y de impregnar su obra, con el aliento de la tierra natal, al parecer más cargado de esencias atávicas durante la noche. Sin duda, Draghi Lucero no inventó el género miliunanochesco, mucho menos el regionalista y memorialista, que cuenta en nuestra literatura con antecedentes ilustres: Sarmiento, Cañé, Fray Mocho, Payró, Lynch, Quiroga, Dávalos, Güiraldes, Burgos, Mateo Booz, Castellani y otros. Su ubicación es más circunscripta, porque casi nunca inventa el germen del relato; a eso se debe que no escriba novelas. Siempre está adherido a un elemento tradicional, popular, común. No quiere desarrollar las simientes de su poder creador; quiere expresar un sentir de latitud ilimitada, en que él, los demás —vivos y muertos—, la tierra, los astros, las plantas, los animales y los espíritus de la otra vida que andan en el mundo constituyen una realidad inconsútil, una yuxtaposición y superposición de capas y corrientes sin confines distintos. Esa experiencia total de las zonas claras y tenebrosas de la Creación explica por qué el estilo de Draghi Lucero se torna en ocasiones brumoso y ectoplasmático. Digamos, de paso, que su padre tenía achaques humanitarios y espiritistas, en tanto que la personalidad de su madre se adivina muy neta, con perfiles tradicionalistas y católicos.

No abundan en la literatura mundial las muestras del género miliunanochesco. La racionalizada era moderna lo sustituyó por los relatos policiales y de aventuras. Pero que subsiste la apetencia por la evasión y la comunión trascendentales lo prueba el auge de la literatura, generalmente ilustrada, de «fantaciencia». Los folkloristas suelen dividir los cuentos tradicionales —es decir, antiguos, anónimos, con mil variantes— en cuatro grandes grupos: 1) maravillosos, de hadas o de

encantamiento; 2) religiosos y morales; 3) humanos o novelescos, y 4) de animales. Podemos agregar dos grupos menores: los chistes (cuentos humanos de un solo tema y caracterizados por dichos más que por hechos) y los cuentos de espanto, que están indecisos entre los cuentos propiamente dichos (al margen de la realidad y en que nadie cree) y los casos supersticiosos (episodios real o verosímilmente ocurridos a tal persona del ambiente cierta vez que topó con seres del otro mundo).

En la literatura de Occidente, durante la Alta Edad Media, llamada también en los manuales época oral o anónima, tuvieron difusión los cuentos morales y religiosos, que se codeaban con las leyendas (distintas de los cuentos en que son creídas por un elemento de verdad, histórica o geográfica); y se entiende que así fuera por la necesidad de adoctrinar amenamente a la multitud iletrada; pero no menor difusión tuvieron otros dos grupos: los cuentos novelescos, en especial aquellos de picardías (por excelencia, femeniles), que los franceses llaman fabliaux, y los cuentos animalísticos, cuyas colecciones solían llamarse ysopetes (de Esopo); estos cuentos de animales poseían también una función moralizadora por la facilidad con que, mal o bien, podía extraerse de ellos una enseñanza o moraleja. Los cuatro grandes autores de cuentos populares vueltos a contar del siglo XIV —Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Boccaccio, Chaucer y el Infante Juan Manuel— sacaron sus temas de la tradición religioso-moral y novelesca. Un siglo antes, el joven príncipe que luego se inmortalizaría con el nombre de Alfonso el Sabio había mandado traducir del árabe Calila y Dimna, una colección de cuentos indios ya bien conocidos en el siglo VI, cuya versión sánscrita es, con sus más y sus menos, el célebre Panchatantra, y en el cual los animales parlantes desempeñan un papel principal.

El grupo restante, de los cuentos maravillosos, permanecería ajeno a las letras occidentales, y seguiría confinado a la tradición oral hasta fines del siglo XVII, cuando Perrault publicó sus Cuentos de antaño, y principios del siguiente, cuando el orientalista Galland reveló a Europa la famosísima rapsodia de relatos persas, indios y bizantinos, aumentados, ornamentados y sazonados por narradores árabes, que se conoce con el título de Las mil y una noches. Sin embargo, setenta años antes, en el reino de Nápoles, un caballero de buen humor, vitalidad desbordante y pluma frondosa, llamado Juan Bautista Basile, había escrito en su dialecto natal un libro de cuentos de hadas bajo el título de II Pentamerone ossia Lo cunto de li cunti (El Pentamerón o El cuento de los cuentos) Este libro excepcionalísimo permaneció virtualmente ignoto, reservado a la curiosidad de algunos eruditos, hasta que lo redescubrió en nuestro siglo un insigne filósofo y polígrafo, Benedetto Croce, quien no tuvo a menos distraer su tiempo para traducir al italiano los cincuenta relatos de Basile, que llenan dos nutridos volúmenes.

Podemos recordar otros escritores ilustres que aliñaron con sumo arte literario

temas de cuentos de hadas, y hasta crearon algunos, como Hans Andersen, el más conspicuo de ellos, o bien, que estiraron y condimentaron con caudaloso gracejo y castiza locuacidad sucedidos grandes y menudos de otros tiempos fastuosos, como, por ejemplo, Ricardo Palma. Pero Basile es único: toma los cuentos maravillosos, con sus episodios nucleares, tales como los recuerda la gente del pueblo o los narran los contadores de cuentos, y los vuelve a narrar, con el relleno de su propio ingenio y las galas de su personalísima pluma. En esto, Basile supera a madame d'Aulnoy, a Tieck y a los demás escritores que quisieron relatar de nuevo, a su manera, viejos cuentos maravillosos de la tradición oral. No podemos incluir a los hermanos Grimm, porque, aun cuando Guillermo, el menor de ellos, los escribió con una gracia incomparable, lo hizo tratando de que pareciera, no su estilo, sino el estilo fresco y sencillo que —no muy acertadamente— pensaba debía, ser el estilo del pueblo. Por lo demás, los hermanos Grimm eran filólogos y no literatos.

Draghi Lucero es el Giambattista Basile del siglo xx. No tiene la vitalidad de su antecesor, pero lo supera en el caudal emocional y metafísico. Su estilo, aun conservando barroca sensualidad, como cuando describe manjares y mujeres, posee otro carácter, que no puede precisarse sino acumulando impresiones, que se suceden o se funden en inimitable concierto: es tierno, florido, sentimental, galano, sabroso, malicioso, melifluo; en fin, usando términos que la tradición criolla entiende sin necesidad de definición exacta, querendón y decidor. En él, las voces de los libros y las del diario decir agreste se entrelazan, conviven en singular maridaje, y echan brotes peregrinos, apareciendo donde menos se las espera y remozándose con desinencias pluralizadoras, como ávidas de cósmica proliferación. Bajo la magia de su pluma, los temas de los cuentos populares, tan parcos en diálogos y descripciones, se alargan, se enredan, se cargan de galas, de intenciones, de vida palpitante; a veces, los episodios trasmigran de un cuento a otro, y varios cuentos vierten parte de su caudal en uno. Se lo puede ver cotejando los temas que enhila Draghi Lucero con los correspondientes relatos folklóricos, según aparecen en las compilaciones chilenas, ya que el país de Cuyo no ha documentado aún, o no ha publicado, su novelística tradicional. En realidad, Cuyo es, culturalmente, una provincia chilena, y en la prosa de Draghi Lucero se trasuntan con innegables correspondencias la gracia gentil, el primor, el gusto barroco por la ornamentación que caracterizan los preludios de las cuecas y tonadas, y que contrastan visiblemente con la gravedad contenida y escueta de los tristes, estilos y vidalas del cancionero norteco-rioplatense. Es que en él se han conjugado milagrosamente el juglar y el literato, el que dice y el que escribe. El resultado no podía menos de ser exclusivo: precisamente, milagroso. Estas Mil y una noches argentinas, como no perdía ocasión de repetir Gálvez, son algo extraordinario. Cuando su autor deje de contarlas, quedarán definitivamente inconclusas.

LA POSADA DE DOÑA LUZMILA

En logrando zafarse de los atolladeros y tembladerales del Paso de la Ciénaga y en subiendo al alto firme y seco, aparecían las murallas de la posada de doña Luzmila.

Tiempo atrás se establecieron ahí con posada provista de bien tenidos corrales con pasto emparvado para mulas y bueyes de arrieros y carreteros, los trajinantes de pampas y travesías entre Cuyo y Buenos Aires. Aconteció que una pareja de forasteros ayudados por desconocidos restauró murallas de un antiguo caserón en ruinas, techó, blanqueó y abrió una llamativa casa de tentaciones con comida y beberaje. Los viajeros de las desoladas huellas encontraron allí vinos y aguardientes y, por sobre todo, los más ricos y apetitosos fiambres que nunca manos criollas pudieran adobar. Se desparramó la novedosa fama de tal cocinería que tan ricos potajes preparaba. Los matambres, arrollados, quesos de chancho, mortadelas, salchichones, lomos en escabeche y cien otras tentaciones del diente y del paladar aguaban la boca de los hambrientos y sedientos. En cuanto al guindado, chicha, vinos, ginebras, coñaques y otras bebidas ardientes tenían en esa posada un sabor tan particular que no se gustaba en ninguna otra fonda ni pulpería. Pero eran los adobados fiambres y carnes escabechadas que allí se gustaban las de famas a muchas leguas a la redonda. Se sabía que doña Luzmila atesoraba un don para sazonar las carnes con el sabio manejo de la salmuera, pimienta, laurel, ají, nuez moscada, orégano y remotas hierbas indias que solo podía agenciarse por mediación de adobadores de tiempos idos; y en cuanto a las bebidas fuertes, el clavo de olor, vainilla, canela y cien desconocidas especias y montes de las serranías daban incentivo para seguir engullendo fiambres y los fiambres un picor que clamaba por beber con angurrias. Mucho se hablaba de estas secretas habilidades que solo muy raros entendidos manejaron con celo en la proporción y ajuste a los gustos criollos.

En llegando arrias de mulas y convoyes de carretas, se animaban reuniones de la mocedad del arriaraje y de las boyadas. Todo era un ir y venir de fuentes con fiambres y frascos de licores en un mar de alabanzas dicharacheras a tan habilidosa cocinera y vinera. Sí; las comilonas y el beberaje se volcaban a las vocinglerías alegres, matadoras de las hurañeces de la travesía y las pampas. ¡La travesía del solazo de fuego derretidor del seso y los secadales salitrosos, agrieta dores de labios! ¡Qué! Si en la posada de doña Luzmila se olvidaban penurias soportadas por los sufridos hombres de mulas y bueyes. Para mayor encanto, la ardidosa mocedad se solazaba entre mascada y trago con alegres cantos y músicas. Y las encordadas guitarras volcaban cuecas, gatos, triunfos y refalosas y al final, tonadas con cogollos ofrendados a doña Luzmila, que los festejaba con tragos y brindis elegidos.

Sí... Mas, habían dos peros en la tal posada: el uno, que todo pago era en moneda metálica.

—¡Nada de papeluchos imprentados! —prevenía con antelación la posadera a los sedientos y hambrientos—. ¡Aquí, en la palma de esta mano, han de cantar esterlinas, soles, cóndores, bolivianos, patacones y tejos con sonidos y brillares mineros que no mienten!

Y los de tragaderas hacían tintinear las músicas apetecidas por doña Luzmila. El dos: que ¡no se permitían juegos! Y no se vio ni taba ni naipe bajo ese techo.

—¡Claro! —murmuraban los enviciados a las apuestas— ¡en esta forma todo cuanto cargan los que llegan pasa al cajón por mascada y trago!

En las avanzadas horas de la noche, cuando la comilona y el beberaje ponían pesados a los angurrientos que allí se dejaban estar, se les allegaba doña Luzmila, concentrada, cavilosa y como a descargar prevenciones. Y bajando su gruesa voz a las penumbras del misterio dejaba caer palabronas conllevantes a la mocedad confiada. Se los decía y volvía a decírselos que para entrar al Paso de la Ciénaga lo hicieran con los sentidos despiertos y después de encomendarse a los Santos del Cielo. Y contaba casos de agonía en ese lagunazo atajante del camino. Era de arrimarse a oírle sus comedidos consejos y sanas prevenciones sobre el traicionero cenagal que había tragado carretas enteras con sus yuntas de bueyes, carretero y boyero sin que los pobrecitos pudieran ser salvados ni socorridos.

Temblaban los mozos al oír a doña Luzmila relatar, con la cara descompuesta, y saliéndosele los ojos, que un arria de mulas con varios arrieros que entraron al Paso de la Ciénaga no salieron nunca por la otra orilla por haber sido tragados por el ojo de mar... ¡Ese maldito ojo de mar que se comunicaba por cuevas de honduras espantosas con la mar lejana y sin orillas!

—¡Tengan cuidado, mozos! —les advertía, protectora y amiga—. ¡Tengan cuidado al pasar por la orilla del ojo de mar y no se encandilen mirando sus honduras! ¡Métnle espuelas a las mulas y picana a los bueyes, que no se detengan, porque...!

Y paraba en seco sus hablas y se sumía en un escuchar de rumores y gritos que vagaban por la noche cienaguera. Procuraba el silencio de los espantos para que se oyeran los graznidos destemplados de pajarones, aullidos del yalguaraz y de otras bestias de los totorales tenebrosos. En su ancha cara retrataba las celadas del cenagal enemigo... Arrieros y carreteros cambiaban pareceres y se allanaban a dormir bajo ese seguro techo. Y licores y fiambres con alegres guitarreos acortaban la noche para encarar al otro día, a pleno sol y con los bolsillos livianos, las contingencias del temido cenagal.

Parada obligada de hombres de carguíos era la posada de doña Luzmila. Allí se apeaban los gustos para chasquear la lengua con comidas y bebidas. Allí se

concertaban tratos entre yentes y vinientes en los trajines de la venta y de la compra, y corría la plata sobre el mostrador en esa fonda siempre llena de gente noticiera y afanosa. En el rincón más apartado no faltaban los que murmuraban bajito, bajito, de logias, de chirinadas, de revueltas y cambiazos de gobiernos. Mucho se hablaba de la tal posada de la tentación; pero...

Aquel anochecer hallábanse bajo ese techo siete arrieros jóvenes y uno solo de cabello entrecano. Mientras la mocedad regodiona y extremosa comía y bebía sin medida, el viejón, que no pasaba trago, espiaba con ojos caladores el gran salón de la posada. Fijó su mirar en un espejo grande, roto por un costado y con el azogue corrido en parte que, colgado en la muralla de frente a la entrada, dirigía sus reflejos a la cocina. Más de un desconfiado olfateador se sentía «visto y oído» por el intruso cristal azogado, pero la bullaranga y las tentaciones del paladar deshilvanaban toda cavilación y pesquisa. Sin embargo, esa cocina... Esa cocina de donde salía un mar de fuentes y frascos llenos que volvían vacíos, se mostraba siempre por siempre cerrada por maciza puerta de algarrobo. La tan celada puerta tenía un ventanillo por donde un ojo en vigilia podría abarcar el salón y hasta la entrada mediante la ayuda del espejo. Ahora que ni con tal espejo ni con el ojo más huronero se podía medio saber lo que pasaba en la ahumada cocina, porque la puerta de tablazón de algarrobo permanecía siempre por siempre cerrada y ante ella se plantaba el tonto cotudo de Daniel, único servidor de la casa. Este apagado y lerdo ayudante recibía por la ventanilla las fuentes y frascos para llevarlos a las mesas de los comilones y volvía hasta esa puerta con las sobras, que pasaba por la estrecha abertura y allí se quedaba haciendo guardia a lo centinela.

—¿Se han fijado ustedes que ni el tonto de Daniel ni nadie entra en jamás de los jamases a esa prohibida cocina? —les susurró a los mozos el viejón sonsacador.

—¡Ah! —le informó uno de los mocetones, engullendo un lomo en escabeche—; es que doña Luzmila no quiere que nadie entre y ni siquiera mire a su cocina porque ahí prepara los adobos para sus fiambres y los gustos de sus licores y, ¡claro! no es tan sonsa para permitir que nadie copie sus secretos... —¿Secretos? —machacó arrastradamente el viejón hurgueteador.

—¡Claro, pues! Los arrollados y otros fiambres que solamente aquí se comen tienen un sabor que nadie ha sabido darles en parte alguna. ¡Es que doña Luzmila tiene manosanta para hacer gustar el trago y la mascada!

—¡Hummm...! Ese lomo en escabeche que está comiéndose con todas las ganas, ¿es de chanco, de vacuno... o de burro?

—¡No sea bárbaro, don! Este tiernito lomo es de ternera de meses o de nonato. ¿No ve que es blandito como manteca?

—¡Lo que veo es que está macerado en vinagre y que los mistos le han hecho perder hasta el recuerdo de lo que fue! Yo soy matancero de oficio y hasta no mucho

fui cocinero del batallón, y sé de carnes como pocos.

—Vea, don: usted será esto y aquello, pero yo estoy cansado de ver terneros y chanchos que andan por los corrales y hasta ayudé a carniar a varios de estos animales. ¡Qué me viene usted con cuentos y enredos! ¡Cómase un bocado de este lomo en escabeche y dígame si es capaz de preparar otro igual! —No, mi amigo. Ni comeré de eso que tan confiadamente se está mandando al buche ni soy capaz, con todo mi arte, de preparar bocados iguales.

—¿Ha visto, amigo? ¡Ahí está la lastimadura que lo solivianta! ¡Es la envidia y no otra cosa que lo hace cacarear! Son muchos los que le tiran piedras a doña Luzmila tan solo por tener ella buena mano en el preparo de lo que se come y se bebe con todos los gustos. Y no siga mostrando la hilacha, don, porque allicito viene la dueña de casa. Habíase abierto la celada puerta de la cocina y se venía la grande de doña Luzmila. Derechito venía, como si supiera. Llegó con el todo de su presencia a porfiar sobre el temido Paso de la Ciénaga. Advertía, noticiera y sabedora, que por estos días el gran pantano concentraba sus favores por el cambio de luna...

—Es de saberse —decía con voz arrastrada a los misterios— que la luna, por ser mirona y de luz anochecida, mantiene oculto manejo de las aguas como lo prueban las mareas de la mar, y descamina el destino del hombre hasta llevarlo a los portales de su triste perdición...

—Así será, mi señora doña Luzmila —le salió al encuentro con taimados arrastres el viejón entrometido—; pero es el caso y la comprueba que cuanto más caudal vuelva el desagüe de esta casa a la ciénaga, más suben sus negras aguas y más crecen los peligros del que las encara en vías del pasaje. —¿Qué está lengüetiando, don Enredos? ¡Qué anda entretejiendo con ese desagüe que por aquí pasa? ¿Quiere que yo les prive a esas aguas que siguen el derrotero del cuesta abajo que desde los tiempos sin memoria siguieron y que seguirán *per secolorum, secolorum*, como diría el fraile?

—Con un simple desvío, mi enojada señora doña Luzmila, esas aguas que embravecen el cenagal irían a inundar otro bajos y el Paso de la Ciénaga no seguiría tragándose a tanta gente moza y por demás confiada...

—¡Qué será lo que anda queriendo descaminar, don Tiralapiedra! ¡Qué será lo que trae bajo el poncho de las cavilaciones dañosas!

—Nada, mi doña Luzmila. Con mansedumbre en la palabra yo me pregunto y le digo que ya son muchos los que se va tragando esta ciénaga.

—De tiempos antiguos tiene fama este Paso de tragarse a gente vieja.

—Yo, que ya cuento mis añitos, estoy cansado de entrar y salir del Paso de la Ciénaga, sin novedad, pero desde hace un tiempito le ha dado por tragarse a gente moza y por demás confiada y si no, vamos sacando las cuentas y comencemos por Mardoqueo Salvatierra, que desapareció hará un año y medio y el pobre apenas si contaba 18 floridas primaveras; le siguió Ubaldo Ríos, el buen marucho que apenas

sobrepasaba los 17 de la cuenta y ya era un hombre crecido; recordemos a Juan Tejada, mocetón en las vecindades de los 20 y del que ha quedado el fiel perro que lo llora. Recordemos a un Mayorga, también en la flor de la edad; a Marcial Contreras, que no arribaba a los 22 y era tan ágil que se le sentaba a los potros más ariscos a fumarse un cigarro; al hijo de mi compadre Liborio, que frisaba en los 18 y que como guitarrero y cantor no se conocía otro y, por último, a un tal Cupertino no sé cuántos, mozo pajuerano; y paro de contar porque hasta aquí, no más, llega el apuntar en mis libros; pero se dice y es comento de la gente del pago que son varios más los que se fueron para no volver, sin dejar ni el adiós ¡y ni siquiera la osamenta para darles cristiana sepultura! —Los lengua de víbora —se revolvió doña Luzmila, hecha un basilisco— siembran cizaña y meten cuchara en todas las fuentes para tan solo empollar la cavilación y el daño. Bien sé que hay quienes trabajan bajo cuerda por doña Estanislada, que alza pulpería y chingana a 6 leguas de aquí y que me declara guerra porque ve fundirse su casa de mal nombre y más se quema al ver la mía, limpia y honrada, que se levanta a las alturas. El Lengualarga que se gana bajo mis techos tan solo a garrear y nunca gasta un real en comida o bebida, pone su güevito de dudas y sospechas a fuerza de musarañas y luego alza el vuelo. Pero el tal y quien lo manda sepan que no han de doblegar mis murallas con tan melladas armas, y vaya sabiendo, don Lechuzón de mal agüero, que tan celosamente lleva registros con nombres y apelativos de gente moza que dice desaparecida, y que a lo mejor andan en fogueos de guerra con caudillos, sepa y vaya sabiendo que el Paso de la Ciénaga se tragó al viejo arriero de don Casimiro Puebla, que dicho sea al paso cargaba malas mentas en estos lugares; que el setentón de ño Ciríaco Ponce fue tragado a la vista de otro por el tembladeral; que le siguió el viejo chulleco de don Alvaro Alaniz y que don Melitón Cifuentes se empantanó para no salvarse con sus 60 a la espalda; que el viejo Castillo no sé cuántos entró y no salió más por detenerse a mirar el ojo de mar; que...

—Alguno de los mozos aquí presentes, ¿conoce a esas antigüedades desaparecidas?

—Yo —contestó un arriero— solo alcancé a conocer al viejo Alaniz, riojano por más señas; pero supe que se había ausentado a sus Llanos Atilas a mirar los últimos soles y lunas de su santa tierra. Nadie más contestó al requerimiento señalero, pero doña Luzmila, que estaba con los fuegos encendidos, se acercó hasta el espejo y con disimulo trazó sus señitas en el aire y ¡al tiro! se volvió a abrir la maciza puerta de la cocina y apareció y se vino el Huinca Nahuel. Salió el grandote y se acercó despaciosamente, afirmándose en sus patazas, seguro, asentado, con su ancha cara poblada de cerdas emparejadas a tijera. Los labios de su boca grande se apartaban y se abrían por dientes agudos, asomantes. Y avanzaba el hombrón de cuello de toro, de hombros encorvados de los que pendían y se balanceaban dos velludos brazos

rematados en dedos al cerrarse con miras al agarre. Llegó el Huinca Nahuel y se plantó detrás del viejón discutidor y, agachándose, le echaba su aliento denso y trasminante por la nuca... Siempre maniobraba igual el marido de doña Luzmila para hacer comprender sin palabreos quién era el que alzaba voz en la posada. Y la mujer se sintió en fortaleza y levantó voz gallera.

—Siga, don Viborita, que el dueño de casa quiere oírlo contar cuentos.

Iba a responder el viejón discutidor, pero sintió ardérsele la nuca por el aliento trasminante del Huinca Nahuel. Diose vuelta y se encontró cara a cara con el atigrado que lo contemplaba avasallante, agachándose sobre él. Retrocedió ante el carantón cerdudo que filtraba relámpagos a través de pobladas y caídas cejas... Apenas tuvo fuerzas para escurrirse, ganar la puerta de calle, montar en su mula y alejarse por la huella.

—Ja, jay... Ja, jay... —se rió la triunfante pulpera, reanimando a la concurrencia que había sentido aletazos inquietantes—. Los pajarones vuelan cuando se ven perdidos —dijo como remate y luego reanimó a la gente con dos frascos de vino y un arrollado tan blandito que se deshacía en la boca. Al rato y estando muy entregados los mozos a la tarea del trago y la mascada fueron levantados por los gritos de doña Luzmila que desde lo alto del mangrullo los llamaba para que fuesen a desatascar una carreta que verguiaba en el Paso de la Ciénaga. Corrieron los mocetones en sus mulas y con torzales lograron sacar al pesado rodado, que resultó ser de don Atanasio Cienfuegos, a quien doña Luzmila agasajó vistosamente con fiambres y bebidas y, de paso, no cesaba de proclamar que si no hubiese sido por la ayuda de tanto comedido, a estas horas ya la ciénaga se lo habría tragado con bueyes y todo. Atanasio, casi atorado con tanta comida que pasaba a fuerza de tragos, asentía a todo... Se hizo nada la siembra de dudas que había incubado el viejón hurgueteador cuando, de repente, se oyó el funerario aullar de un perro. El Huinca Nahuel, que nunca se alteraba, se remeció entero como si el tristísimo llorar de la bestia fiel lastimara sus adentros. Se repitió en las honduras de la desolación el reclamo del amigo del hombre y los convoyados, doña Luzmila y el Huinca Nahuel, se buscaron los ojos en un entenderse sombrío. Los dos dieron unos pasos perdidos, pero él se rehízo mascando rabias. Entró a la cocina y de ahí salió empuñando con firmeza una escopeta. Al rato se oyó el horroroso retumbo de un tiro de doble carga y los aullidos se alejaron. Y era que el perro, que fue herido antes por esos balines, ahora aullaba protegiéndose detrás de montes enmarañados. A lo lejos doblaban a muerte los lamentos del quejoso.

—¡Qué raro que el ¡perro del finado Tejada venga a aullar aquí mismo y no al Paso de la Ciénaga que se lo tragó! —se dejó decir un caviloso mocetón arriero.

—Es que —aclaró al momento doña Luzmila— aquí lo vio por última vez a su amo antes que se hundiera en los profundos del ojo de mar.

—¡Más que raro, todavía, porque ese perro fiel no se apartaba jamás del pobrecito

de Tejada y lo seguía hasta en sueños, —pero se calló, amilanado por el mirar doblegante del Huinca Nahuel que filtraba puntazos a través de enmarañadas cejas, al tiempo que le hacía llegar su aliento atigrado. Bien sabía el Huinca que con su sola presencia acallaba al más tonante cacareo y que su aliento incendiario abatía a los más engallados. De sobra sabía el hombrón el poder que se salía de él y su gozo era ponerlo de manifiesto. Al pordelantear al más empinado, él sentía en su mudez aullante que se aclamaban sus potencias y como proclama de su ser dejaba escapar un «¡Uh... Uh...!» en rezongo prevencioso de haber sobrepasado al que se le enfrentara.

No hacía dos años que un ventoso anochecer llegaron allí mismo dos desconocidos: un hombre grande y una mujerona. Hicieron noche en esas mismas ruinas abandonadas. Vistazos caladores, desconfiados, echaron por la vecindad hasta afirmarse en la decisión de establecerse ahí mismo. Al calor de un mortecino fueguito hablaron a las pérdidas. —... el Paso de la Ciénaga ya *carga* con malas mentas. Hay atascamiento de carretas, mulas empantanadas.

—... si hasta se habla de alguien que se lo tragó un ojo de mar.

—... sin contar que no hay paradero ni posta a leguas y leguas en los cuatro cardinales.

—... todo señala a este lugar y no a otro para fonda con corrales.

—... y más porque los que vienen llegan caldeados por los solazos del desierto y los que se van, festejan el haber salido del Paso de la Ciénaga.

—... sí; éste y no otro es el lugar señalado. Al borde del lagunazo inmenso. Con totorales tupidos, Solitario.

—... y con ese desagüe que cae a un pozo profundo, escondido en entretejido montal.

—... sí; sí, aquí está lo que tanto y tanto buscamos. Aquí nos venimos y... — siguieron a las hablas bajitas, tan bajitas que el viento se las llevaba a los profundos de la noche cieneguera.

¡El Huinca Nahuel! Era la comezón de muchos. Se decía de él por viejos baqueanos y concedores que había sido un montonero de averías. Que, vencido en un encuentro y a punto de ser ajusticiado, habíase escurrido a los indios del sur. Que allí, en las tolderías, se hizo de sonada fama por haber vencido a los más fuertes capitanejos indios en el juego del lonconeo, que consiste en atraer por la fuerza al contrario con el que lo une un lazo por la nuca. Que fue visto en algunos malones capitaneando indios atacantes como cristiano renegado... Que allá, en las tolderías, trabó conciencia con la grande de doña Luzmila y que muy luego se convoyaron los dos, como astillas de un mismo palo... Que las cicatrices que se entrecruzan en su cara gritan bien alto sus andanzas por campos de porfías criollas. Que se habían hecho de dinero y joyas en los asaltos a las poblaciones fronterizas. Que...

—Pero, pare de contar, don, si quiere medio ser creído, porque en cuanto se les

abre crédito a los habladores no paran en la cuenta de los cuentos...

—¿Cuentos de habladores? ¿Y de dónde sacó capital para montar posada bien surtida? ¿Quién lo habilitó para surtir este negocio? ¿Y esos emponchados que llegan a altas horas de la noche con unos bultos y se van con otros antes de aclarar? ¿Sabe usted de dónde vienen y a dónde van? ¡Esos tales de mala traza se visten a lo gaucho, pero los denuncia la facha que son aindiados del sur y toman las dereceras de las tolderías cerreras! ¿A qué viene cada dos semanas un sargento si no a tomar razón de los opositores que se secretean entre vaso y vaso? ¿No sabe usted que el Huinca Nahuel por un costado cuenta con aparceros entre los pampas y por el otro con la justicia pueblera?

—¡Mire, amigo avinagrado: deje en paz a los emponchados en tierra en que todos andamos con poncho, y en cuanto a que venga un sargento a esta posada, eso mismo le está diciendo que el Huinca Nahuel y su señora son gentes de bien!

—Mire usted, ¡mejor será que me calle, porque...!

—¡Sí, amigo! Detenga esa lengua picuda y respete a la gente si quiere ser respetado. Criticones y lengualargas son víboras que pican a los caminantes por el solo gusto de picarles y soltar el veneno que los envenena...

Y ahora, frente a las murallas ennegrecidas por el incendio, los techos caídos y la ruina total de la posada de los convoyados, José, el hermano del desaparecido Manuel, miraba las ruinas con el sargento que había mandado la justicia «para que informara qué había de cierto en ese enredo». Así le decía el mozo, allanado a los desconsuelos:

—Veníamos de Córdoba, donde vendimos diez barriles de vino. Traíamos la plata para nuestro padre, mas el pobrecito de mi hermano, que andaba al cumplir los 20 años, daba con la tema de paladear el rico guindado que preparaba con sus mistos la tigre Luzmila. Yo lo contenía porque esa mujerona se me atravesó en el desconfiar como algo del espanto y la malura y más cuando dejaban su mano tanteadora en mi espalda como tomándoles el peso y la medida de mis lomos. Yo entresacaba no sé qué de los más mordedores espantos de una bruja asistida por un tigre en figuras de hombre... Como le contaba, mi sargento, ese anochecer llegamos los dos a la posada maldita y aunque yo porfiaba por seguir camino, el pobrecito de mi hermano temaba con los peligros del Paso de la Ciénaga... Que no había que encararla de noche cerrada, que era de temerlo porque de lejos había oído como bramidos de la aguazón estancada; que era mejor cruzarla de mañanita... Todas invenciones del pobrecito para quedarse a gustar arrollados malditos y licor con adormidera. Lo cierto es que llegamos a esta posada a eso de la oración. La Luzmila y su convoyado, el Huinca Nahuel, ¡el hombre-tigre!, nos recibieron como a presentes bajados del cielo. Nos; tendieron mesa con arrollados y vinos pero, ante todo, nos hicieron gustar un guindado muy rico. El pobrecito de mi hermano se bebió todo el vaso; yo, con mis

desconfíos y lumbraradas del alma, solo pasé dos tragos al notarle algo raro al licor. Iba a tirar el resto cuando el pobre Manuel, que era angurriento, se bebió de un trago lo que dejé en mi vaso. Al rato vi que se le cerraban los ojos, pero lo que me crispó las carnes fue que, ya de noche, llamaron a la puerta otros arrieros pidiendo alojamiento y el Huinca Nahuel, en vez de abrirles, apagó los dos candiles encendidos y atrancó silenciosamente esa puerta, y los dos se hicieron señas de hacer silencio. ¡¿Por qué?! —me gritaron los campanazos del alma—. ¡¿Por qué?! Cansados de llamar en vano, se fueron los arrieros. Al rato, ya sin nadie en la vecindad, la Luzmila encendió solamente un candil humoso. Yo noté que se me cerraban los ojos; para avivarme me bebí a escondidas unos tragos de agua de mi chifle y así logré despabilarme a medias, pero tiré a hacerme el dormido. Mi hermano Manuel quería como despertarse, medio se agitaba, pero los grillos y cadenas de la adormidera lo sumían en el sueño. Volví a beber agua de mi chifle y remecí a mi hermano para que huyéramos de los matanceros malditos, pero ¡qué iba a convocar sus traicionadas fuerzas, el pobrecito! Decidí no abandonarlo y hacerme el dormido. De repente se abrió la puerta de la cocina y aparecieron los espantos. ¡Se nos venían los dos convoyados! ¡Él en la figura del hombre-tigre con un cuchillo en la mano y ella como la bruja mayor de la Salamanca. Se les veía en los aprestos la intención asesina que traían. Los dos de la iniquidad llegaron a nuestro lado y nos espieron. No sé por qué eligieron a Manuel: se arrimaron a él, lo alzaron de su asiento y se lo llevaron a los traspies a la cocina. Yo, engrillado por el terror, quedé clavado en mi banco. Cuando cerraron la puerta maciza yo me recobré en un grito ahogado, pero mis piernas estaban ¡tan pesadas! Rápido vacié el agua de mi chifle en mi cabeza: me refresqué y pude tomar algún dominio. A las ladeadas llegué hasta la puerta de calle, le saqué la tranca, abrí la pesada hoja y salí campo afuera a clamar auxilios. Llamé con voces acalladas a la gente que pudiera haber por allí, pero todo estaba en soledad. Bajé al Paso de la Ciénaga, tiré mis ropas, enloquecido, y entré a esas aguas frías, lo que acabó de destrabarme. A los gritos y llantos salí por la otra punta del Paso, pero todo era silencio y soledad. Mis pedidos de amparo caían como pájaros heridos. Y así, desnudo por haber tirado mis ropas en la otra orilla, temblando de frío en noche de invierno y sin medio para hacer fuego, me acurruqué al amparo de unos montes y esperó la venida del día. Cuando apareció el sol yo estaba aterido, dando diente con diente y con fiebre delirante. Así y todo, desnudo y afiebrado, salí al encuentro de un convoy de carretas y a los alaridos y con los ojos en llamas les gritaba lo que nos había ocurrido en la posada maldita y si alguien medio me creyó, casi todos dijeron que la fiebre me hacía ver disparates. Me ofrecieron traerme en las carretas, pero con aullidos de espanto me negué a volver a este caserón maligno. Apenas si logré que un muchacho que conocía a Manuel, averiguara en esta posada qué sabían de mi hermano, de mí y de las mulas del arria. A mediodía volvió ese abriboca con la

noticia que no había ni rastros de mulas y que Manuel y yo habíamos seguido camino al amanecer. Este muchacho sonso alertó a los convoyados. Yo, con dos ponchos que me prestaron los carreteros, compuse chiripá, me emponché y así, con los fuegos desvariantes de la fiebre que me quemaba, encaré la huella con rumbo al poblado. La fiebre de la pulmonía doble me hacía ver hombres-tigres, brujas del espanto y posadas donde servían fiambres de carne humana. Con mi pobre entendimiento en quebranto parece que llegué al fin a unos ranchos y en viéndome en ese estado un vecino, me recogió en su casa y me brindó su amparo. Con cataplasmas, vahos, ventosas zajadas y emplastos de curanderas, logré mantener vida en lucha contra la pulmonía... Por fin, como al mes, pude sentarme en el catre y ordenar mis recuerdos en los últimos colazos de la fiebre. Entonces, en rueda de vecinos conté del principio al fin lo que nos había acontecido con el pobrecito de mi hermano. Los concurrentes ataron cabos sobre tanta mocedad desaparecida en el famoso Paso de la Ciénaga sin que se hallaran nunca las osamentas. No pararon hasta pasarle el parte a la mayor autoridad del pueblo que, ante el creciente clamor de los parientes de los desaparecidos, obligó a la justicia a tomar medidas, pero mucho más diligente anduvo el Huinca Nahuel, que olfateó a tiempo la que se le venía encima y como su fortuna era en metálico, presto y seguro cargó en un arria de mulas sus caudales y con la Luzmila tomaron el rumbo de las tolderías del sur, donde se guarecen los otros gavilanes convoyados. Para borrar rastros prendieron fuego a este caserón maldito.

El incendio de la posada habíase propagado a unos montes secos y las llamas siguieron por la orilla del barranco de la ciénaga hasta quemar la enmarañada maleza que siempre cubrió el lugar donde caía el chorro del desagüe a la ciénaga. Ahí mismo, en el borde alfombrado por cenizas y tizones apagados, se plantaba con su flanco herido a aullar el perro del finado Tejada. Y aullaba y aullaba como si quisiera resucitar a su amo muerto. Sintióse atraído José por el llorar de la bestia fiel y allá se fue, paso a paso y abortando lágrimas de desconsuelo. Llegó al borde del chorro y se quedó contemplando la caída de las aguas cristalinas. Al principio distinguió en las honduras del pozo a miles de gusarapos negros que rondaban unos blancos. Al son de los aullidos ahondó ese mirar... Sintió que se le erizaban los cabellos y lo bandeaba el espanto al distinguir huesos de gente y varias calaveras humanas que al girar en los remolinos del agua, jugaban a la ronda y se reían y se reían...

EL NEGRO CIRIÁTICO

Nunca he podido tomar en serio y, por el contrario, siempre he despreciado los cuentos y toda literatura barata que trata de equívocos pueriles, que cifra todo un argumento aparentemente serio en la simple equivocación de un vocablo, o, por simular haber oído mal una frase. ¡Y pensar que hay piezas teatrales y hasta libros escritos para especular en esas tontas y estúpidas situaciones!

Quizá por esto mismo fui castigado duramente por el equívoco.

El hecho ocurrió así: en mi afán por averiguar casos y cosas de gente nativa, hablaba con don Goyo, criollazo del Barreal de Calingasta. Yo quería saber qué restaba de subyacente del mestizo en sus pensamientos. Por cierto que fracasaba siempre, ya que don Goyo hablaba de todo, menos de lo que a mí me interesaba. Se me escurría en pintarme sus luchas con el medio hostil, sus peleas con otros peones de la vecindad. Casi sospeché que el seso de don Gregorio trabucaba todo pensamiento. Para mi desdicha tardé mucho en caer a esta cuenta. Lo tomé a este nativo demasiado en serio; ésta fue la causa de cometer yerros que me costaron tiempo y las más disparatadas andanzas... Un día, don Goyo, mientras adoptaba un triste modito, me pidió encarecidamente que le consiguiera su libreta de enrolamiento, porque... —¿La perdió en el boliche, don Goyo? —¡Qué boliche! Usted cree que yo siempre me emborracho.

—No tanto, pero algunas veces lo he visto algo...

—Entonces, porque soy un pobre criollo, ¿no puedo divertirme alguna vez?

—Sí, pero no llegar al extremo de perder la libreta de enrolamiento. ¿Y si lo caza la policía sin ese documento de identidad?

Don Goyo espesó sus tristezas. Lo vi como a hombre perseguido y él, ausentándose a sus penosas lejanías, se dejó decir:

—A mí me la quitaron... Me la sacaron de mal modo.

—¿Y quién le quitó su libreta, don Goyo?

—¡¡El Negro Ciriático...!!

Recibí el impacto en pleno pecho. Don Goyo, a quien observé disimuladamente, se había concentrado y hablaba «con la voz del alma». Sí, este moreno entre mestizo y criollo se quejaba tan profundamente, que yo me sentí conllevado por su arrastradora pena. Chupaba su cigarrito con furia, como consolándose de una tremenda injusticia, como si su vida toda ¡tan llena de tristezas! se ahondase en la injusticia cometida por el negro tirano, avasallador.

Yo, que me tengo por ducho en sacar reconditeces a la gente nativa, guardé celado silencio para no estropear una dolorosa confesión del amigazo Goyo... Pero él se refugió en tan entristecido callar, que se ausentó a las lejanías remotas y tan

realmente se «fue» que yo me sentí embargado y silencié mi curiosidad.

Conozco a este elemento humano. Soy folklorista, o pretendo serlo, y medio historiador, y creo saber, mejor que muchos, cómo se debe proceder en estos casos. Cuando un campesino comienza a ponerse tristón y muy concentrado, hay que dejarlo que dispare para el lugar de su querencia espiritual... Uno, el folklorólogo, debe seguirlo de cerquita sin darle alce ni propasarse a manosearlo. Se debe galoparle al lado, como a vacuno semicimarrón, sin ladearlo ni perderlo de vista. Él, sólito, va descubriendo los caudales que uno persigue y que los taparía si se le preguntase golosamente por ellos. Para sonsacar al criollo y más al mestizo, se debe encarar una conversación así, como al acaso, y si el presunto informante es arisco, debe uno mismo contarle un cuento, un chascarro, un caso, una adivinanza o largarle una tonada. ¡Si sabré yo de estos lances!... Campesinos más que huraños, me han recibido en la punta de la lanza en cuanto me les he allegado, pero he sabido domarlos. Se comienza haciéndose el sonso y palanganiando sobre la chancha con chancletas o del Diablo que perdió el poncho, y con estos piales como al descuido se ve llegar el punto y el momento en que el desganado oyente se va interesando.

En una palabra he sabido y sé, y de esto me enorgullezco, cómo hacer picar al peje de la laguna criolla. No proceda, don, como algunos folkloristas periodistas porteños que llegan a estas tierras con los minutos contados y con fiebres de la calle Florida. No bien bajan del automóvil, les caen a los viejos que por la facha aparentan resguardar caudales tradicionales. Los abordan abruptamente con un «¡Amigo!, ¿qué sabe usted del folklore?» El criollazo los mira como quien ve a un vendedor de embrollos o a un procurador pleitista, y les contesta con agestado silencio. «Amigazo, le repite el apresurado folklo-periodista, ¿quiere cantarme una tonada cuyana, de las más antiguas?» El viejo criollo revuelve los ojos, escupe con pucho y todo y medio contesta: «¿Se ha creído usted que yo canto porque me manden y que no tengo nada que hacer en mi casa? Si quiere oír tonadas ¡váyase a...! los ramadones y boliches, que allá se las cantarán con cogollo y todo». «¿Y un cuento, de esos que contaban los antiguos al lado del fogón?» «Si quiere oír cuentos, ¡váyase a...! donde los cuentan los cuenteros, ¡y no me amoleste más, porque yo vivo de mi trabajo honrao, no de cuentos ni de güeviar con forasteros!» «Amigo», he intervenido yo ante el visitante folklo-periodista. «Este criollazo asienta en la razón. ¿Qué diría usted si él llegara a la redacción donde usted trabaja y se le descolgara con un: —Oiga, don, ¿qué me cuenta del último negociado de...?, o ¿Qué nuevas embrollas andan por el mundo para que usted le saque jugo con su pluma vendida? Usted, ¡estoy seguro!, despacharía al mal entrazado pajuerano con palabras resquemantes. Entonces, comprenda al nativo en su proceder huraño: él solo espera enredos y arterías del pueblero bien vestido. Sabe que los abogaduchos y avenegras se le acercan para notificarle demandas o para incitarlo a pleitear... No olvide que sus recuerdos de

tradiciones son para ser contados a altas horas de la noche y en rueda amistosa de hombres de la misma laya, nunca ante entrometidos sospechosos que vienen a escarbar en vidas ajenas. Para sonsacar a un campesino hay que tener finísimo tacto y tiempo de sobra. Mi sistema consiste en entretener caudales de paciencia y encaminarlo disimuladamente a la tentación de hablar, de seguir hablando, precisamente de cosas viejas, oídas a sus mayores o vistas por él en sus mocedades. Para conseguir ubicarme en la medida de nuestro *folk* les digo que creo en las brujas; que al enfermarme voy a ver a los curanderos y que el más mentado, el del callejón tal, me curó de un “daño” que me hicieron con una copita de aguardiente, en una parranda... Que vez pasada, yendo por un campo solitario y pasada la medianoche, oí unas risadas que pasaban por las alturas y que yo sabía quiénes eran “ésas”, porque había una Salamanca no muy lejos... Así, de esta manera, don, y con la ayudita de una media damajuana de vino, consigo cuentos, tonadas, chascarros, adivinanzas y relaciones de hechos vistos y oídos...»

Nos separamos con don Goyo; él, triste, lejano, concentrado en amarguras sin paraderos, y yo con espina en mis pensares. Me propuse investigar las hazañas del tal Negro y esperar mejor ocasión para abordar a don Goyo, también con auxilio del vinito, porque este criollazo es de los que se apean al lado de la damajuana y no la sueltan hasta no verle el fondo.

Me di a buscar al Negro Ciriático, primero por la vecindad y luego en agrandados radios. Yo sé que nos quedan algunos negros despintados por nuestros barrios de extramuros, pero son rarones y, francamente, nunca oí decir de alguno que tuviera «el vicio» de arrebatarnos la libreta de enrolamiento a los pobres criollos. Ese recurso solo lo emplean ciertos politiqueros en vísperas eleccionarias, pero aún esa viveza ya es poco usada porque, ¡hay que ver cómo chillan las «víctimas»! Gritan y elevan sus clamores al cielo por votar por «su candidato», uno por el blanco y el otro por el azul, sin caer en la cuenta que si el Negro Ciriático les hubiera robado su documento habilitante, se evitarían de arrepentimientos tardíos al comprobar que tanto el azulino como el blancuzco ¡son igualitos en las mañas! Bueno, pero éste no es el caso. La cuestión era buscar al Negro ese... Ocurrí a la Policía Central. Hay allí un amigote que sabe muchas cosas que colindan con el folklore político. Me miró el policía y después de ahondarse en introspecciones, me dijo:

—Supo existir un negro de mala traza, por allá, por el barrio del Zanjón, ¡que era de uña para apropiarse de cosas ajenas!, pero nunca supe que garreara libretas de enrolamiento. Le echaba la garra a cuanta cosa pudiera vender a los reducidos, pero, ¡enrolos!... ¿Pa qué Diablos?

—Yo —le informé casi secretamente y con acento emocionado— sé de negros como pocos: veinticinco años de hurgueteo en los archivos históricos, me han dado un material que ya quisieran muchos historiadores para llenar carillas con negras

novedades.

—Bueno —me interrumpió el policía—, ¿y qué se han hecho esos negros?

Lo apabullé fácilmente. —¿Qué se han hecho? ¡Pregúnteselo a las luchas de la emancipación y luego a las luchas caudillistas!

—De todas maneras —la siguió el veterano sabueso— yo revisaré el fichero de Investigaciones y veremos qué sale, pero no se me viene a la memoria que haya negros maleantes.

Meditando ya de noche, ya de día, me di en pensar que quizá quedara algún negro escondido, ¡y tan escondido!, que ni la policía ni nadie supiera de su existencia. Y repasé mis copias documentales. Según ellas, los últimos negros esclavos de Mendoza fueron vendidos a mediados del siglo xix. Lo cierto es que la esclavitud, ya en forma disimulada, siguió hasta el gran terremoto del 20 de marzo de 1861. De todas maneras, éstas son fechas tan lejanas que dificulto que hayan quedado negros de aquellos tiempos. Sabido es que, por una u otra causa, ¡se acabaron los negros! Y tanto, que de encontrarse alguno para muestra, se trataría de un turista de los Estados Unidos, del Brasil o del África. Entonces, ¿de dónde diablos salió este Negro? ¿Y por qué tenía que atacarlo a don Goyo y arrebatarse su libreta cívica? Decidí proseguir mis investigaciones, pero ya en un radio más reducido. Comencé por averiguar de negros al más viejón de los vecinos de mi chacra, donde vivo. ¿Negros? —me respondió alarmadísimo don Santos Gallardo— ¿Negros? ¡Aguárdese! Conocí a uno y de los más cimarrones, por allí, no más, en el bajo del Zanjón. Nunca supe más nada de él aunque di parte a la policía, pero ya sabe usted que la policía y la carabina de Ambrosio... ¿Negros? Se me hace que me acuerdo de uno de malas mentas, pero, para salir de dudas, vamos a lo de mi comadre Ulogia. Ella nos pondrá en buen camino, porque, ¿sabe usted? ¡Ella tiene una gota de sangre negra! con ser tan buena como es. —Y nos fuimos a lo de su comadre. La encontramos al lado de la batea a la pobre y en cuanto la vi, pensé que su gota de sangre negra era muy multiplicada. Negrita era la pobre y bien cuarterona. Nos recibió con el alma en las manos; estiró hacia su compadre sus sarmentosos brazos y mucho que se palmearon. Nos hizo sentar y ya se apareció con el bien cebado mate y unas semitas sabrosas...

—¿Negros por aquí? No, mi compadre. Solamente tuve conciencia de uno que murió aura años.

—¿Esta bien segura que murió? —la interrumpí.

—Bueno; yo no lo vide morir y menos enterrar; pero la gente de la vecindad dijo tener conciencia de su muerte. Lo enterraron, asigún creo, en el cementerio de las de Gómez.

—A lo mejor no ha muerto —porfié yo— ¡y sigue viviendo!

—Muy viejito lo alcanzarían estos días —contestó muy pensativa doña Ulogia— puesto que, según cuentas que estoy sacando tendría, para treinta años atrás que

murió, sus 90 añitos...

—Hay negros de mucha vida y fuerza —insistí en mis porfías—. Un negro de 120 años no me causaría asombro y menos que fuera capaz de robar libretas de enrolamiento.

—¡Jesús, por Dios! Hay cristianos picaros y, ¡todavía que sea negro! —dijo doña Ulogia, doblemente sentida.

—Como usted ve, señor, ¡ya no nos quedan negros! —remató don Santos.

—Eso creen casi todos —argüí yo tozudamente—, pero sé de uno que arrebató documentos personales.

—¡Y que todavía sean negros! —seguía doña Ulogia, doliéndose porque medio, medio tocaba a su raza.

Nos fuimos. Yo quedé rematadamente disgustado. Era evidente que el tal Negro Ciriático sabía esconderse y burlar a la policía y aun a todo un vecindario. Me encerré a pensar junto a mis documentos. Medité profundamente. —Es seguro —musitaba en mi meditar— que un negro ha logrado salirse de la tiranía de los años y, símbolo del sufrimiento del esclavo, sigue alentando vida para vengar a sus hermanos encadenados... Quizá tenga su guarida por estas cercanías y salga de cuando en cuando a dañar en alguna forma a los blancos tiranos. Todo por ancestrales resentimientos, ya que soportaron grillos y cadenas y fueron azotados y vendidos en pública subasta...

Seguí andando por los devorados caminos que conducían al negro, el que, desde los primeros tiempos de la Colonia, trabajó encadenado y con las espaldas llagadas a latigazos... Y seguía por un camino largo, tortuoso, condoliéndome del negro hasta que, de repente, se me quiso dibujar la figura nada simpática y sí temible del Negro Ciriático.

Y me fui a la casa de don Goyo con una damajuanita de vino blanco.

Lo encontré afilando un cuchillo en un resto de molejón. —Seguramente —pensé— es para defenderse del negro asaltante.

—Don Goyo —le dije a modo de saludo—, hoy quiero charlar con usted. Le traigo este blanquito casero, que es de los mejores.

—¡Ay! —se quejó don Goyo—. Yo lo tomaría con gusto, pero no se olvide del Negro Ciriático...

—Aquí no va a venir a quitarle nada —le aseguré, haciéndome el valiente—. Yo estaré a su lado y no dejaré entrar a nadie aquí.

—Es que, vea lo que son las cosas... Los mismos que me acompañaban me llevaron hasta lo del Negro Ciriático, vez pasada.

—¡Así que ese Negro sinvergüenza se hace llevar las víctimas a su misma casa! —me dije enfurecido. Invité con el gesto a don Goyo a seguir con la relación.

—¡Así es! —repuso sombrío, con aire de víctima—. La última vez que amanecí

allá, la comencé aquí mismo con una damajuanita como ésta y con un blanco casero.

—¡Bueno! ¡Esta vez no ¡pasará lo mismo! —Y para darle confianza llené un jarrazo con el rubio licor, me lo bebí guasamente, a lo bebedor veterano; volví a llenarlo y se lo pasé a don Goyo con aire campechano—: Beba, amigo.

—¿Así que usted mismo no me hará llevar al...?

—¡Le doy mi palabra de honor! —le contesté sincero y entregado.

—En siendo así, me propasaré con un traguito.

Y se volcó golosamente todo el contenido. Se animaron sus ojos. Por momentos le relampagueaban alegrías desatadas, seguidas por opacas tristezas. Patente era su tentación por beber con angurria y, patente también, un misterioso temor a ser entregado a traición al enemigo. Yo comencé a sentir los centelleos del vinito casero; por momentos me acaloraban valentías temerarias y por momentos sentía miedos vergonzantes... ¿Y si se aparecía un atlético negro, un negro enorme, ¡todo un negrazo!? Si hasta me parecía verlo avanzando fieramente hacia nosotros y, haciéndome a un lado violentamente, cargaba con don Goyo como si fuera una pluma y se lo llevaba a su escondite en los carrizales del Zanjón. ¿Qué iría a hacer con don Goyo? Ya le había robado su libreta de enrolamiento y ahora... ¡Y, de repente, se me iluminó el misterio! Primero este negro salvajón mataba civilmente a sus atacados al privarles de su libreta ciudadana y luego, ¡criminal!, lo mataba físicamente. ¿Sería posible tanta premeditación? ¡Claro! Si hasta era una manera de borrar rastros al procurar la muerte absoluta... Lo miré a don Goyo con inmensa lástima y lo vi remeciendo, cabeza abajo, a la damajuanita. ¡Había bebido hasta la última gota! Y vi que me clavaba la mirada con ojos encendidos. Yo, pescador de primicias folklóricas, me encontraba entre cambiantes luces y calores. El jarrazo de vinito blanco que bebí y las mentas del Ciriático ése me subían y me bajaban a los extremos del valor y ¡de lo contrario! De veras que comencé a sentir, no una vaga sino una concreta bajada al terror. La mirada de don Goyo adquiría tintes infernales. ¿Estaría mirando al Negro Ciriático escondido por ahí? ¡Lo veía acercarse, artero y cruel? Sentí puntazos en mis costillas...

Por fortuna apareció la parda doña Ulogia, que también es comadre de don Goyo y le lava la ropa. En cuanto lo vio en ese estado, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a lamentarse. ¡Ah, compadre! —es que le decía— ¡Ya cayó en la tentación! ... ¿No le rogué mil veces que no probara nunca un vinito, por rico que fuera?... ¡Ahora le va a venir el mal y me lo llevarán de nuevo al... Ciriático ése!

—¿A lo del Negro Ciriático? —inquirí yo asustado.

—Sí, pues. A donde lo llevan siempre que se propasa con el trago... Mi compadre es de mala bebida y en cuanto carga un poquito la mano, se pone hecho un loco de atar, y...

—¡... se le aparece el Negro Ciriático y le quita la libreta de enrolamiento!

—Bueno; ahí se la hicieron dejar para obligarlo a volver en cuanto se desmande con el trago. Lo hacen los doctores para tenerlo más a mano y favorecerlo.

—¿Qué doctores, doña Ulogia?

—Los del Siri... ése. ¡Jesús, por Dios que no pueda pronunciar ese nombre tan imposible! —se quejó la pobre.

—¡Claro! —pensé yo— ¡El terror la paraliza!— Pero volví, extrañado— ¿Es que hay doctores en lo del Negro ése?

—Uh... Coma diez doctores y ¡no son malos! A unos los curan y a otros, no.

—Pero, ¡qué diablos es esto? ¿Doctores? ¿El Negro Ciriático? ¡Acláreme, doña!

—Pero si usted lo conoce. Está allicito, no más... en esas grandes casas tan bien cuidadas y a donde llevan a los que perdieron el tornillito...

Comencé a entrever una verdad tan sencillota que sacaba los estribos.

—¿Qué tornillito?

—Usted bien sabe que cuando se deschaveta el entendimiento del cristiano, me lo llevan a las casas que antes se decían de orates y que ahora le llaman... ¡Jesús, si se me traba la lengua! Le llaman el Neu... el...

—¿El Neuro Psiquiátrico?

—¡Mesma cosa, pues! ¡Jesús, por Dios! ¿Qué les costaba dejarle el antiguo nombre de los orates?

Corrido y amostazado miré a don Goyo. Había sumado todas las presiones del vino blanco y me miraba como toro acorralado. De pronto vio al cuchillo e hizo mención de empuñarlo. Rápido me le adelanté y recogí la cortante arma; fue lo suficiente: se alzó como fiera y me atropello a los alaridos. Apenas pude contenerlo hasta que llegaron dos vecinos y entre los cuatro con doña Ulogia logramos atarlo al horcón de la ramada.

—¡Corra! —me previno uno de ellos. —¡Arrímese al Negro Celático y dé aviso, que enseguidita cairán para encerrarlo de nuevo... Y yo, asustado y arrepentido de haber sido el causante de este ataque de locura, corrí. Corrí. Llegué fatigado y hablé con el portero y le pedí auxilio.

—Ya se le ha advertido a ese destornillado que deje la bebida, pero no falta otro borracho como él que le lleve la tentación a la casa. ¡Yo los encerraría a él y al que le llevó el licor! —Pidió el auto de un médico y partimos a velocidad hasta llegar a la casita de don Goyo. Rápidamente lo encamisamos y, entre dos vecinos, se fue a los alaridos y con los ojos que echaban llamas.

Nos quedamos con doña Ulogia, tristísimos y a los comentarios...

Pero muy luego tomé el rumbo de mi chacra. Me ardía la cabeza cuando entré por el largo callejón y medía mis pasos al son de mis recriminaciones:... sí, don Goyo, sí. Soy tentador, traidor y ¡aliado del Negro Ciriático!

EL COCHERO MATEO

Iba con sus matungos al trotecito lerdón por calle San Martín; al enfrenar al Banco de Londres ve salir a un extranjero apuradísimo, con una valija en la mano. El gringo le hace apurada seña y apenas se detiene, sube de un salto al coche el de la valija, y le grita:

—¡A Estación! ¡Liquerita! ¡Liquerita!

Castiga con furia a sus caballos que arrancan al galope por calle Las Heras. Corren los matungos, pero el gringo no cesa de apurarlo. A fuerza de rebenque logra mayor velocidad y no bien tira de las riendas frente a la escalinata de la Estación, se oye el silbato de la locomotora que parte. Baja el gringo, que le ha dejado un peso en el pescante y, trastabillando, sube las gradas, tuerce a la izquierda y se pierde de vista...

El inglés corre a todo lo que da, logra tomarse del pasamano del vagón en marcha y de un salto sube al primer escalón. Siempre apurado va a sentarse mientras el tren gana velocidad. De pronto, levántase y, fuera de sí, echa miradas a todos lados con ojos que se le salen.

—¡Y mi valica? —pregunta como loco a los pasajeros.

—¿Qué valija? —le contesta, extrañado, un criollo. —¡La valica... con toda la plata pagar empleado, pagar obrero!—. Creció el estupor de todos. Se miran extrañados.

El inglés pagador se lleva las manos a la cabeza. ¡Había subido al tren sin la valija repleta de billetes! ¿Dónde estaba esa valija? Ah, sí... ¡En el coche!

—¡Sí, sí! —gritaba— ¡En la coche de plaza!—. Corre a la plataforma del vagón y hasta hace mención de bajar.

—¡Cuidado! —le grita el Guarda— ¿Quiere romperse la crisma? ¡Párese, bárbaro!

El tren ya iba lanzado a toda velocidad. —¡Poner bandera peligro! ¡Parar tren! — ¿Bandera colorada y parar el tren? ¿Estaré loco yo?

—¡Parar máquina!

—¿Y quién es usted para hacerme parar la locomotora, oh?...

—¡Valica con dinero pago empleado, pago obrero quedó coche de plaza! ¡Parar! ¡Parar!

Pero el Guarda se negaba. El inglés le mostró su carnet de pagador y le gritó:

—¡Cien mil peso! ¡Yo perder dinero, usted no cobrar, ni obrero! ¡Nadie cobrar! ¡Pare la tren!

—¡Usted se hará responsable! —Llamó a otro Guarda. Discutieron. Acordaron avisar al Inspector, quien asintió dificultosamente y siempre que el pagador se

responsabilizara.

Tomándose de la baranda, avanzó su cuerpo al vacío el Guarda al agitar su banderín colorado, pero ni el foguista ni el maquinista miraban para atrás. Por fin frenó la máquina ya llegando a la Estación Godoy Cruz. Se tiró al terraplén el inglés enloquecido y con raspones en las rodillas salió corriendo a las renqueadas. Dificultosamente traspuso el alambrado de rosetas, trepó por un muro de cierre y se dejó caer a los fondos de una casa. Corrido por los perros ganó la ¡puerta de calle, con gran escándalo de la dueña de casa, que no comprendía eso de «¡La valica! ¡La valica!».

Ya en la calle el inglés trató de orientarse. Corrió sin rumbo hasta dar con la carretela del verdulero. Se le allegó el inglés en desvarío y le pidió que lo llevara a la primera comisaría al tiempo que le pasaba diez pesos.

—¡Suba usted!... ¡Suba usted!. —Subió entre zapallos y papas y arrancó el rodado al galope por esas calles.

—¡Policía! ¡Policía! —gritaba el inglés, dado a todos los diablos.

—Para allá vamos, hombre... —Y azotaba a su caballito verdulero y doblaban por unas calles y tomaban por otras.

—¡Corer! ¡Corer! —clamaba el inglés, queriendo tirarse de la carretela, y el verdulero sujetándolo y llamándolo a la calma. Por fin con el mancarrón sudado se detuvieron ante la comisaría. De un salto bajó el inglés y entró, atropellando a la guardia. —¡Comesario! ¡Comesario!

Pero no estaba. En su ausencia lo atendió el sargento de guardia.

—¡Cálmese! —le gritaba al afiebrado, pero éste más se desgobernaba.

—¡Mí, perder cien mil peso en la coche de plaza! ¡No pagar empleado, obrero ferocaril!

Acabó el sargento por medio comprender, pero él no podía tomar providencias. Rápido fue al teléfono y se comunicó con el Oficial de Guardia de la Central. Hablaron. Al final, colgó el tubo y le dijo al enloquecido.

—¡váyase corriendo a la jefatura de Policía y ponga allí la denuncia!

El inglés se enredó en protestas. ¡Se pasaba el tiempo y no encontraría su valija!

—¡A ver! —ordenó el sargento con voz de trueno— ¡Agente Segovia, acompañe a este señor a la Central! ¡Vayan a caballo!—. Fue Segovia a las pesebreras, ensilló rápido a dos caballos y se presentó con ellos a la entrada. El inglés seguía aturullando al sargento.

—¡Monte! —le ordenó al inglés del cacareo —¡Y vayan a media rienda! —¿Mí montar? ¡Mí no saber andar a caballa!

Largó sus carcajadas el catarato Segovia.

—¡Gringo, pa ser gallina y más pa decirle caballa a este oscuro que, ¡es bien caballo!

El pobre pagador se aturulló más, pero el milico Segovia echó pie a tierra y, a la fuerza, le hizo emboquillar el pie izquierdo del gringo en el estribo y de un envión lo dejó mal montado. El pie derecho iba al aire...

—¡La pucha con el *piquingle!*— se desfogó el policiano, criollazo. El sargento, como buen policía, se ganó a la cocina y la siguió matiendo con tortitas con chicharrones.

—Mí no andar en caballa! —gritaba el inglés pero seguía al trote, agarrándose al cabezal y con las riendas por el suelo... Si tuvo el catarato Segovia que guiarle la cabalgadura y aguantar las cuchufletas de los muchachos traviesos que encontraban por esas calles. Por fin llegaron a la Central de Policía, pero el inglés, con las nalgas llagadas, no sabía cómo bajarse. Tuvo el milico Segovia que ayudar al gallina gringo, que no bien pisó tierra salió a las renqueadas y atropello la guardia dando gritos, pero allí lo paró en seco de un guantón el cabo centinela.

—Te voy a dar atropellar la guardia, ¡y agradece que no te macheteo!... —Por suerte salió el Comisario de turno y lo hizo pasar a la Oficina. Allí el inglés barbotó su denuncia a gritos y con los pelos de punta: —¡Cien mil pesos! ¡Nada pagar obrero, empleado! ¡Todo en la coche!

—¿En qué coche? ¡Hay más de 200!

—Mí no saber la número! ¡Conocer la cocherero si ve otra vez!

—¡No puedo meter presos a todos los cocheros para que usted los revise!

—¡Cien mil peso! ¡Perdida! ¡Perdida!

—¿Y quién lo manda dejar esa valija en un coche de plaza?

—¡Mí estar apurada! ¡Yo querer tomar tren en marcha!

—¿Dónde mismo tomó ese coche?

—Calle San Martín. ¡Cochera ser mucho morena color carbón! ¡Coche vieja! Dos caballas: uno blanca, otro negra...

—Ahá... Ahá... —murmuraba el Comisario.

Siga, siga...

—Coche ser plaza, pintada negra...

—¡Todos los coches de plaza son negros! ¡Otros detalles para individualizar!

—Caballa blanca... Otra negra...

—Ahá... Blanco y obscuro... ¡Ahá! Me parece...

—¿Usted conocer? ¡Vamos, vamos! ¡Corer a valica!

—¿La valija? ¡Más de sonso!... ¡Hemmm! Vamos en mi sulky. Recorreremos la calle San Martín. Usted mire y remire a cuanto coche de plaza encontremos. — Salieron. Guiado por el Comisario, el sulky dobló por calle San Martín. Siguieron al paso. El inglés, todo ojos, miraba y remiraba a cuanto coche de plaza se veía. Escudriñaba a los cocheros. ¡Nada! No aparecía el buscado... Dale por aquí... Dale por allá...

—¿Será aquél? —preguntaba el Comisario.

—Parecer... Parecer... ¡No! ¡No ser la cochera! ¡Seguir! ¡Seguir!. —Tomaron por varias calles, ya subiendo, ya bajando... Llegaban las doce y los cocheros rumbeaban para el lado del almuerzo. Otros se apostaban en las paradas establecidas. Siguieron, pero todo en vano. Ya cansado el Comisario, tuvo de repente una corazonada. —Tal vez ese cochero, como tantos, viviera por el Pueblo Viejo...—. Rumbeó para el lado del Puente Verde, donde abundaban los mateos. De pronto, al doblar una esquina, el inglés lanzó un grito de triunfo.

—¡Comisaria! ¡Allí! ¡Ése! ¡Corer, que escapar!. —El policía tomó por un callejón torcido al otro lado del Zanjón—. ¡Corer! ¡Corer! —bramaba el inglés y a fuerza de látigo consiguieron alcanzar al coche de plaza.

—¡Párese! —le gritó imperiosamente el Comisario. Paró el pobre cochero, más muerto que vivo.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó, servil y sufrido.

—¡Usted ser la cochera llevarme Estación! le gritó el inglés acusador.

—¿Yo? —contestó el mulato, bigotes caídos, cada vez más asustado.

—¿No te acordás? ¡En el calabozo te voy a refrescar la memoria, negro pícaro! —lo amenazó el Comisario. Y volviéndose al inglés, le dijo: —¿Está seguro que es éste?

El inglés se llamó a reposo. Con aire flemático, tranquilo, examinó al coche. Subió a él y se sentó, cerciorándose de ciertos detalles. Bajó a examinar los caballos y por último escudriñó sopesadamente al cochero que temblaba. Sumadas sus verificaciones, se plantó y con seguridad británica, dijo:

—Sí, Comisaria. Éste ser la coche, éste ser la cochera! ¡¿Dónde estar mi valica?! —increpó al mulato.

—A ver: ¡bájate y párate allí!. —Bajó el cochero Mateo hecho una lástima y al momento subió el Comisario al destartado coche. Echó atrás el asiento del pescante y fue sacando tientos viejos, alambres oxidados, gamuzas estropeadas, trapos de limpiar, una carterita rota y papeles sucios de grasa de engrasar ejes y bujes. Bajó, retiró los cojines del asiento de pasajeros y puso al descubierto un cajón donde se veían hebillas herrumbradas, restos de velas, clavos, un cuchillo descabado y otras vejeces. ¡Nada de valija! Se le ocurrió abrir los faroles y destornillar los portavelas... ¡Nada! Pero, porfiado el policía, volvió a la revisiones hasta cansarse. ¡Nada! ¡Nada! Ansiosamente seguía el inglés las búsquedas del Comisario. Al último se miraron.

—¿Seguro, seguro, que es éste? —volvió a preguntar el policía señalando al mulato.

—¡Mí estar sicuro! ¡Éste ser la cochero! ¿Dónde estar mi valica?

—¡Bien! —sentenció el Comisario—. ¡Delante de nosotros, a diez pasos de

distancia, vas a ir ¡derechito a la Central! ¡Allá veremos!

—Ta bien, señor Comesario, ¡pero sepan que apresan a un inocente! —Y sufrido y cabizbajo subió al desgastado pescante, tomó las riendas y animó a sus dos cansadas bestias. Siguieron por una y otra calle hasta llegar a parar frente al portón de entrada de la Central. El Comisario, imponente en la vereda, palpó de armas a Mateo y lo hizo pasar adentro. Lo encerraron, incomunicado, en un calabozo.

Ya estaban allí el Gerente, el Secretario y dos funcionarios más del Ferrocarril. Se trezaron en un discutir en su lengua. Bien se veía que las papas quemaban para el distraído pagador. Llegaron también dos cronistas de diarios locales. Enterados que la perdida valija contenía 100.000 pesos, se tornaron gavilanes cazadores de noticias sensacionaleras. ¡Cien mil ¡pesos! ¡Qué fortunén! Había para comprar bodegas y casas... Si la tal valija no estaba en el coche, ¿dónde paraba? Averiguaron el domicilio del cochero y allá volaron. Cayeron al ranchón de Mateo como gavilanes y no dejaron de incordiar hasta que le provocaron un ataque a la pobre de su mujer. Preguntaban tan ansiosos, tan angurrientos, que la pasmada tuvo un arrebató.

—Mateo salió con la Blanca y el Negro a trabajar como siempre, después de tomar unos mates y hasta aquí no vuelve... ¿Qué más puedo decirles?

Y de ahí no salía la mulata y se doblégó, abatida, cuando comenzaron a llorarle los siete negritos con barriga de empachados... Pero, ni por esto, cesaron los chuzazos pregunteros: Que adonde habrá ido. Que cuál era su paradero acostumbrado. Que en qué boliches se paraba a tomar la copa. Que si tenía comadres y compadres. Que dónde vivían. Que si tenía otra mujercita por ahí y que a qué chingana sabía ir... Qué y qué, no más, se oía en un tupido sonsacar y sospechar... La pobre aceitunada, que estaba de siete meses con tamaña barriga, comenzó a blanquiar los ojos y los periodistas, ya yéndose, jeringaban todavía con preguntas y sospechas... ¡A lo mejor, ahí, en ese montón de trapos mugrientos, ocultaban la valija con los cien mil!...

Hubo junta de comisarios y de los pesquisas más avispados y olfateadores en la Central. Allí, todos juntos y largando y acapujando las más finas celadas contra los delincuentes y descuidistas, se anudaron y se desataron las tramas de tapujados enjuagues. Al fin se deshizo el panal y... lo pasaron a Mateo al encierro mayor. A empujones lo llevaron y a portazo le cerraron la puerta de fierro con sonajería de llaves y rechinar de pasadores. Paseó la vista el pobre y solo vio murallas mal blanqueadas, con dibujos de escándalo por lo zafados y sus leyendas más asquerosas. Pero, allá, en el rincón más obscuro, se movió un bulto: era un preso sumido en abatimiento.

—Salú, amigo —le dijo el tal, como despertando y a lo camarada que se alegra de tener con quién desfogar injustos rigores—. También a usted me lo han traído estos salvajones que solo saben martirizar pobres y desvalidos. ¿Y de qué lo acusan,

aparcerero?

—Mire, señor... ¡No sé de qué me acusan! Me encalabozan y ¡con mi familia sin ayudas!

—¿Y qué me cuenta de mi triste caso? Me salen con el cuento que yo robé en un despacho de bebidas, pero se van a llevar por delante un poste conmigo. Seguiré diciendo que no y que no ¡y se acabó! ¡Hay que negar, amigo, aunque no le den más que bacalao salado!

—¿Negar? ¿Bacalao salado? —Eh, amigo... Se ve que usted es bisoño pa tratar con la milicada. Prepárese al bacalao en salmuera y a consumirse de sed si no quiere cantar... —¡Qué herejía!

—Pero a mí, ¡ni con ésas!... Vea, amigazo: no sé por qué usted se me ha ganao del lado del corazón y se me da por pasarle en secreto toda la verdad. Oiga, solamente a usted le diré.

(-Matito... Matito...) le acarició el oído la sombra santa de Mamita que lo acudía en sus peligros.

—... atiéndame, amigazo, y guárdeme, por su madre, este secreto...

—¿A qué me viene con secretos a mí? ¡Soy tan pobre como derecho y vivo de mi trabajo honrao! Dende los 17 años que soy cochero de plaza, casado, con siete hijos, con mujer enferma y con otra boca más que caira dentro de dos meses...

—Así me gusta el criollo, ¡honrao y trabajador! Yo también fui de ¡pala y azadón, pero en viendo que no me alcanzaban los cobres, hice mi travesurita, ¡por primera y última vez! Sí, amigo; a usted no le voy a negar que entré por los fondos, abrí la puerta del despacho, y del cajón del mostrador le saqué los tres mil que guardaba ese bolichero estafador... Lástima que no alcanza para el gran negocio que tengo en vista... Sí, mi amigo: con otros tres mil mangos podríamos los dos ganar ponchadas de pesos. ¿Quiere que nos asociemos y le metamos en cuanto nos suelten de esta ratonera? ¡Por ésta que nos haremos ricachones a la vuelta del año! Se trata de...

—Créame, señor, que me asociaría con gusto a usted; pero, ¿con qué pican las avispas?

—Oiga, aparcerero: si yo fui abierto con usted, ¿a qué viene ese escondedero suyo? ¿No somos amigos? ¿No sufrimos el mismo castigo los dos?

—Mire, señor: si usted ha robao, ¡justa es la condena! Vaya y devuelva esa plata... Yo, ¡ningún delito hi cometío; por eso me quejo: ¡por la ir justicia! En cuanto al negocio ese que me está proponiendo, yo, con toda mi alma me asociaría, porque ¡estoy cansado de pudrirme en el pescante! ¡Cansado de darles guasca a mis dos matunguitos!... ¡Cansado!

—¿Y? ¿En qué topa que no entra?

—Mire, señor... Tengo un coche, remendado, es cierto, y una yegua y un caballo con sus rengueras, es verdá, pero que tiran todavía... Si usted me los comprara o me

hiciera comprar coche y matungos, yo me haría de unos pesos y entraría ¡contentazo! a esa sociedad...

Otros tiros de mampuesto cambiaron los dos de las finas agachadas... A toda proposición tentadora y ¡descubridora!, Mateo la redondeaba con: «Si usted me hiciera vender coche y caballitos, yo tendría unos pesos para asociarme con usted... ¡Búsqume un comprador y nos asociamos! ¡Se lo pido por favor!»

Se oyeron sonantes llaves y cerrojos y apareció un milico cheuto con dos platos de comida. Dio uno a cada preso y sin decir palabra se fue tras cerrar puertas con todos los ruidos.

—¿No le dije, cumpa? ¡Qué volada pa las moscas! ¡Bacalao salado!

Mateo probó uno que otro bocado, pero no podía pasar tanta salmuera. Su compañero probó, escupió con asco y, vomitando insultos a la autoridad, tiró el plato contra la pared.

Al rato se volvieron a oír llaves y cerrojos. Apareció un sargento más que aparatero, de mirada feroz y con la voz más resonante, dijo:

—¡A ver vos, ¡ratero sinvergüenza! ¡A declarar ante el juez!

Salió con la cola entre las piernas su gran compañero y volvieron a cerrarse esas puertas con acompañamiento de doblegantes ruidos.

—¡A mí con pialaditas de tramoya! —se dijo Mateo en su mayor resguardo. Luego se sumió en las honduras de sus pensares. Acurrucado en un rincón, escondiendo su cara, se habló «con las del alma». Mucho se apalabró con preguntas y un entreoír de lejanísimas contestas, y siempre asistido por la sombra de su santa Mamita muerta, la negra que fue esclava, que lo tuvo y lo escondió en una cueva para que no supiera el amo que había parido... Volvió a hablar y recibió las contestas de los reprofundos que no se le retrataban ni en la ocultada cara. Al salir de sus sombras palabreras, se dijo: — Sufiré hambres; aguantaré la sed; soportaré azotes; contestaré a los pesquisas y jueces, pero... —Y se llamó al Silencio de los silencios...

Muy de noche se oyeron llaves y cerrojos y apareció otro milico, pero esta vez un moreno de mirar sin choques. Se agachó, atencioso, a dejarle el plato de bacalao saladísimo, pero le deslizó algo y, con voz amiga:

—¡Compañero! Tráguese esta bombita llena de agua. ¡Que no lo vean por la ventanita disimulada! Mateo se metió a la boca y reventó una bombita de carnaval y tragó el agua con todo.

—¡Dios se lo pague! —musitó con el alma. Cuando se iba el pardo milico, le hizo una liviana señita... Mateo lo entendió. —¡Gracias, Mamita santa! —dijo a las sombras acompañantes. El candil que apenas alumbraba hizo brillar lágrimas en las mejillas del apresado. Procuró dormir, después de tragar unos bocados de bacalao. Logró unos descansos y quietamientos. Pasó la noche acurrucado bajo unas viejas cubijas llenas de piojos. Amaneció con arcadas y calambres.

A mediodía le trajo otro milico más bacalao pasado en sal. Ni lo miró siquiera, pero las arcadas y la creciente sed lo torturaron. Lerdas y arrastradas iban pasando las horas del día. A eso del anochecer apareció otro milico con el consabido plato de bacalao nadando en espesa salmuera.

—¡Por favor, señor! ¡No me deje nada! ¡Quiero morirme de hambre y de sed! — El catarato le dejó la ración y se fue sin decir palabra, tras la sonajera de llaves y cerrojos. Pero Mateo, el hijo de esclavos, era de carnes sufridas. Se tapó la cara para sonreírse con sus furias enardecidas. —¡Más sufrió la santa de mi Mamita! —se gritó en alardes de resistencia. Ya serenado, se dijo: —No me van a matar, ¡estoy seguro! El afán por descubrir los llevará a conservarme la vida.

A medianoche lo despertaron ruidos impresionantes. Apenas pudo medio ver en la oscuridad que apagaban el candil y, sin decir palabra, lo cruzaban a rebencazos. Se encogía Mateo tratando de ofrecer el menor bulto y esconder la cara. Aguantó en silencio, diez, veinte rebencazos, hasta que, muy dolorido, empezó a gritar y clamar por todos los Santos que dejaran de martirizarlo.

—¿Vas a confesar dónde escondiste la valija? —le gritó el bulto castigador.

—¡No vi ninguna valija!... Alcé a cuatro pasajeros diferentes después que se bajó el inglés... Alguno se la habrá llevado... No me fijé. ¡No me pegue más!

—Mira, negro Mateo, que después te castigaré con goma... ¡Te van a quedar las espaldas como gusaneras...! ¡Canta qué hiciste con la valija!

—¡Se la habrá llevado algún pasajero o se habrá caído por ahí!

—¡Toma, sinvergüenza, aprovechado! ¡Ladrón de valijas! ¡Toma! ¡Toma! —Y le llovieron fuertes azotes. Siguieron los castigos y los ayes hasta que todo se calmó.

Al otro día, muy de mañana, lo sacaron a Mateo para que se lavara manos y cara. Le sirvieron yerbiado con leche y pan de desayuno. Como a las diez lo llamaron a declarar. Flaco, pálido y ojeroso compareció ante cinco señores muy graves. Dos de ellos escribían en grandes libros. Le preguntaron... ¡Qué no le preguntaron! ¡A chuzazos lo bandearon a preguntas, unas despaciosas, otras ligerísimas, otras como pedradas y algunas a media voz, como en secreto y con arrastres de decires guardados... Uno de los preguntones, le hacía guiñaditas de inteligencia... Otro le dijo, claramente, que comprendía su verdadera situación de pobre cochero, debatiéndose en negra miseria con siete niñitos que le pedían pan todos los días y que él, en su caso, ¡hubiera hecho lo mismo! Al fin y al cabo esos ingleses, ¿no nos sacaban la chicha con sus tarifas ferroviarias? ¿Eh? ¿No es verdad, amigo Mateo?

Pero el mulato, con los ojos lagrimeando, levantando sus miradas y brazos al cielo, volvía a decir que no y que no y les clamaba por su mujer y sus hijos abandonados. ¡Nunca había estado preso! ¡Jamás tuvo nada que ver con la justicia! ¿Por qué se lo martirizaba así? Con la garganta resquebrajada volvía a su porfiar:

—No sé, señor... —Si yo no vi tal valija... —La habrá sacado alguno de los

pasajeros que alcé después... —Se habrá caído en algún barquinazo... —Puede haberla sacado algún muchacho que la vio... —No sé...

El que le hacía señitas de inteligencia cambió bruscamente. Con voz bronca le dijo:

—¿A dónde ibas cuando te cayó el comisario?

—A mi casa, señor. Al almuerzo.

—¿De dónde venías, pícaro?

—De dejar a un pasajero en el Puente Verde.

—¿Quién era ese tal pasajero? ¡Contesta!

—No sé, señor. No lo conozco. Me pagó y ¡chau!

—Mira, negro Mateo: ¡confesa o te va a pesar! Hacéte esta cuenta: ¡durante toda tu vida te vigilará estrechamente la policía!... Ahora, en este momento, el inglés te dará una linda gratificación. ¡Pensála bien, negro!

—¿Qué voy a pensar, señor? ¡Juro por la salud de mi mujer que nada sé de esa valija! ¡Lo juro y beso esta cruz! —decía, besando la cruz del pulgar y el índice—. ¡Y, acuérdense que tengo siete niñitos chicos y que mi mujer, que está de siete meses, ha caído al hospital!

Al último y después de cinco horas de atormentarlo a preguntas, amenazas y prevenciones, lo llevaron al calabozo más oscuro y frío. Allí aguantó la noche sin beber ni comer. Apenas pudo dormir en unas cubijas que se movían solas de tanta bichería que cargaban. Al otro día le dieron desayuno y como a las 9 lo pasaron al despacho del Comisario.

—Mira —le dice esa autoridad—, el gremio de cocheros ha presentado con firma de letrado el habeas... Vas a salir en libertad vigilada, pero, ¡tené presente que el ojo y el látigo de la justicia te seguirán paso a paso! Y ahora ándate y agradece que tu mujer cayó al hospital con ataques de *cabeza*, que si no, ¡no te largaba!

Salió el pobre Mateo a las tambaleadas. Pidió a un catarato, que le atara sus caballitos al coche, que estaban en las pesebreras. Cuando el milico le entregó su viejo rodado él no pudo subir al pescante. Tenía mareos. Se las arregló poniéndose de pie donde van los pasajeros y afirmándose en la parte trasera del pescante. Desde allí manejó dificultosamente a sus matungos. Ni fuerzas tenía para alzar el látigo. Al paso mañoso ganó esas calles y como a la hora llegó a su ranchón. ¡Santo Dios con la que se encontró! Su mujer en el Hospital San Antonio y su nidada hecha un desastre. Era una lloradera de mocosos mugrientos. Por fortuna habían venido tres de sus comadres, entre ellas la mulata Estanislada, a atenderle su destartalada casa. Se detuvo Mateo a ver tanta ruina y descalabro, y se desparramó en llantos que partían el alma. Lloró abrazando a sus niñitos y tanto se lamentó que acudieron los vecinos a consolarlo y trayéndole ayuditas.

—¡Miren ustedes lo que me han hecho en la justicia! ¡Miren, para que sean

testigos!

Y ponía de manifiesto su flacura, sus ojeras, la marca de los latigazos, su mujer enferma en el hospital, sus niños abandonados, su casa malparada...

—Pero los que creen que me voy a abatir y botarme al abandono, ¡están equivocados! ¡Fuerzas sacaré de la nada para levantar cabeza! —Se armó un vivo comentario entre el pobrero de los alrededores. Todos hacían buenos acuerdos del pobre cochero Mateo...

Tres días guardó cama el mulato en vías de reponerse. Un compadre salió con su viejo coche a changar y gracias a los caldos de gallina de la comadre Estanislada, recobró fuerzas y pudo hacerse cargo de las riendas en su pescante. Lo primero que hizo fue ir al hospital a ver a la pobre de su mujer. Por suerte la encontró mejor y la llevó a la casa.

Mateo habló con su comadre Estanislada. Cómo hablaron los dos mulatos a deshoras de la noche, en lo obscuro y con palabras ¡tan bajitas! Bajitas eran las hablas, pero dejaban hondos rastros en los dos convoyados y quedaban escritas en el libro de la Vida. Concertaron palabras y señas detrás de un alumbrar tapado a tierra. Mucho habló Mateo con su santa comadre y más se trabaron esas dos almas puras, enlazadas ya con la santidad del ser compadres.

Recuperado Mateo, cambió como de la noche al día y esto lo vieron todos y lo proclamó él mismo a todo grito y con cascabeles. Si antes había sido medio lerdón para el trabajo, ahora se volvía ¡más acaparador y tacaño que un gringo! No se le escaparía ni un pasajero. Desde ahora y ¡para siempre jamás! no se bajaría en ningún boliche a tomar la copa. ¡Trabajaría noche y día, sin descanso, ni treguas, ni paradillas! ¡Trabajar! ¡Trabajar!

—Me han acusado de quedarme con lo ajeno y me han hundido en prisiones, pero salgo con la frente en alto y la conciencia limpia y para que vean que no me han quebrantado los castigos injustos, ¡más trabajaré en adelante, y sabré arribar como los extranjeros que trabajan! ¡Vengan trabajos! ¡Vengan todos a verme trabajar y amontonar centavo tras centavo!

Le llegó el último negrito y proclamó Mateo que le traía suerte porque comenzaba a irle más que bien en sus trabajos, y tanto, que se asoció con el hijo de su comadre Estanislada, y con puchitos pudieron montar como una media herrería y con la hierra de caballos y mulares, más las composturas de algunos rodados, comenzaron a rendirles platita... Mateo se levantaba de madrugada y ayudaba a la fragua y al yunque y se baquiaba en la hierra, y su ahumada herrería no paraba en el martilleo de forjar herraduras y las herraduras en ir a los vasos de los caballos, pero no por eso descuidaba de estar a las 8 de la mañana en su pescante llevando a unos y trayendo a otros y no paraba hasta la medianoche en que llevaba a los parrandistas a las casas de tolerancia y de ahí sacaba a algunas perdularias que iban a servir a casas de disimulo.

A altas horas de la noche sacaba más plata.

Su hijo mayor, Teo, adelantaba en la escuela. Un buen día se le presentó con el certificado de haber rendido cuarto grado y, empinándose el mocoso, se le descargó con la increíble ambición de cursar... ¡el Colegio Nacional!

—¿Y por qué no, m'hijito? —contestó el cochero abriéndosele las ansias a inmensos horizontes. Hizo las gestiones y cuando vio a su primera rama entrar, hecho un pimpollo, al Colegio que solamente iban los ricos, comenzó a los bufidos de puro entonado. ¡

¡Trabajar y trabajar! En su taller cantaban los martillos y yunques, resoplaban los fuelles y salían por centenas los juegos de herraduras. Ya tomó dos ayudantes para la hierra.

Dos de la mañana. Mateo desató sus caballos; ahora está arreglando cartas y facturas. Enfrascado en sus cuentas, apenas oye un ruidito. Éste se repite, sospechoso...

¿Son pasos? Entra en cuidado. Deja las facturas y saca de un cajón el revólver. Siguen los ruiditos. Apaga la bombita. Quédase quieto. Escucha. Los ruidos se acercan, quedos, medidos. De pronto un haz de luz de una linterna sorda. Rápido prende la luz eléctrica y ve, pasmado, a su mejor obrero sorprendido en delito.

—¿Vos? ¡Vos! ¡Cuidado, que te apunto y puedo matarte!

—No tire, don Mateo. Le explicaré...

—¡Las dos de la mañana en puntas de pie, con linterna sorda! ¿Qué venías a robarme?

—No soy ladrón, don Mateo. Compréndame.

—¡Ladrón y traidor! Así pagas mis ayudas a los tuyos.

—Óigame, don Mateo: vengo mandado... Soy de Investigaciones. El Comisario me mandó que tomara empleo aquí para espiarlo y pasarle informes.

Mateo traza rápidos planes. Guarda el revólver.

—Sentate y hablemos como hombres. ¿Cuánto te pagan en la policía?

—Cien pesos al mes... con tres de atraso.

—Aquí ganas más y con pago puntual como medio tapicero. ¿Sos hombre de palabra vos?

—Aunque usted no lo crea ¡soy hombre de palabra!

—Así me gusta, pero quiero ante todo que sepas que ¡yo no me quedé con la valija del inglés! ¡Lo juro por ésta! —y besa la cruz formada con dedos—. Lo más seguro es que ese inglés escondió los billetes y dejó la cartera vacía en mi coche y a estas horas estará gozando esa fortuna, pero el Comisario sigue con la tema que me alcé con esa ponchada de plata. ¡Seguiré cargando la cruz de la injusticia! ¡Y todo porque me ven arribar a los ¡pujidos, pero no quieren ver que trabajo más que los gringos y ahorro centavo tras centavo con mil penurias! Trabajo 16 horas diarias

como te consta a vos, y la pobre de mi mujer no se aparta de la batea refregando las mugres de los diez de esta casa... ¿Es que solamente los gringos han de poder arribar? ¿Es que ningún criollo podrá juntar jamás un centavito? En esta casa no se toma vino por economía y todos nos vestimos con remiendos de trapos viejos...

—Sí, don Mateo. Todos somos testigos de sus sacrificios, pero el Comisario...

—¡Algún día se le caerá la venda y me hará justicia, pero sigo con la cruz!

—Vea, don Mateo; si usted me ayudara, yo...

—Me dijiste que sos hombre de palabra. ¡Te creo! Oíme: te aumento al doble el sueldo y ahora guarda estos 500 pesos pa tus mocosos, pero con la condición que has de seguir en la poli y pasarás los informes que combinemos los dos. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! Y ahora sepa, don Mateo, que aquí hay otro espía entre sus obreros. Es — y le dio el nombre, —pero no trate de conquistarlo porque lo traicionará. Déjemelo por ¡mi cuenta al chapetón ése y lo descaminaremos... ¡Ah! Y le aviso que no vaya más a deshoras al rancho de su comadre Estanislada: ¡lo siguen!

—¡La pobre está tan enferma!... Pero, te agradezco la alvertencia y ahora ¡hablemos en serio!

Y aquellos dos hombres, unidos de golpe por interesada simpatía, juntaron sus cabezas. Cuchichearon largamente hasta la madrugada y, aparceros, acordaron hasta las contraseñas... Ya aclarando, se despidió el conquistado y quedó Mateo entre tupidas sombras de su alma atribulada. Acordó en sus resguardos marcar nuevos pasos, estar más alerta...

Ya aclarando despertó a sus hijos, encendió la fragua, mantuvo el fuego con el fuelle y luego comenzó con el martillo a dar forma de herraduras a los flejes de hierro al rojo...

A fuerza de empeños y ponderaciones consiguió de los cocheros amigos y aun de las grandes cocherías que le mandaran sus caballos para herrarlos. Aquello llegó a ser un desfile de cocheros. Al año siguiente pudo, con tremendas deudas según lo anunciaba a gritos, comprar una máquina agujereadora de hierro, una máquina de cortar flejes y herramientas de carrocería. Con eso se atrevió a encarar la compostura de carros y carruajes y hasta se avanzó a fabricar uno que otro sulky... El taller se agrandaba y martillos y fuelles daban sus ruidos y sus humos...

Un día, al cumplirse los cinco años del asunto de la valija y mientras hacía Mateo la recorrida al trotecito con su victoria recompuesta, lo chistó un señor muy entonado. Subió al coche y le dijo: —A la Central de Policía.

Con un dejo de inquietud detuvo sus caballos a la entrada de la temida casa. Bajó su pasajero y en vez de pagarle, le dice: —¡Entra que quiero hablarte! Maneó sus caballos el cochero y entró. —¿Me reconoces, Mateo?

—Ahora lo reconozco, señor —repuso el mulato al darse cuenta que era el Comisario vestido de civil. Pasaron al despacho. Se sentó muy orondo el señor de la

justicia. Le dijo:

—Mira, Mateo: sé que pusiste tallercito de herrería y que ese tallercito se está transformando en carrocería y sé, también, que tu hijo mayor estudia en el Colegio Nacional... ¿De dónde sale toda esa plata?

—Señor: cuando me dejaron en libertad vigilada, juré ante Dios y los Santos dedicarme al trabajo y a la economía, ¡pior que los gringos! Y ya lo ve, señor. A fuerza de martillo y riendas van quedando unos pesitos para comprar herramientas. Además, estoy asociado y mi socio tenía unos ahorritos... ¿No me lo quiere creer? A las 4 de la mañana me puede ver déle martillo y déle fragua en el taller y a las 8, salto al coche y no dejo escapar pasajero. A medianoche me ven parado en las casas de tolerancia, para sacar pasajeros... A la una de la mañana me voy a dormir y a las cuatro...

—Sí, ya sé que trabajas a lo burro —admitió condicionalmente el señor Comisario—. Y sé que ya no te bajas al boliche a beber la copa. ¡Si yo te vengo siguiendo los pasos! Veo el cambio patente en vos, pero, decíme: ¿no estás comenzando a sacar algo de los cien mil? —¡No, señor! ¡Todo se debe a mi trabajar sin treguas! ¡La maldita valija, ésa! La habrá sacado algún vivo o, tal vez, el mismo inglés...

—Bueno: ándate, Mateo, pero sabe que a mí no me engañan los picaros por más finos que sean y que vos seguís estando en la mira... Ándate y ¡pensá en mí alguna vez! ¡Hemmm!...

Salió Mateo y si mucho había trabajado antes ¡con más empeño trabajaba ahora! Y lo proclamaba a gritos y se hacía ver tanto en el taller como en trasladar pasajeros. ¡Todo el mundo lo veía deslomarse día y noche! Y ya iba contando con la ayuda de sus negritos, que habían invadido la herrería y unos con el martillo, otro con la garlopa y los más chiquitos limpiando el taller, recogiendo los clavos y pedacitos de fierro.

Se agrandó el galpón y trabajaron aparte los herreros de los carroceros. Un maestro tapicero confeccionaba los cojines y respaldos para las victorias y sulkys. Hasta altas horas de la noche se oían los trajines de los trabajadores.

El mocito Teo siguió con brillo sus estudios en el Colegio Nacional y un buen día se le apareció al enternecido de su padre con el título de bachiller. Lo abrazó y lloró lágrimas de felicidad el mulato, pero cuando su hijo le hizo presente su firme decisión de irse a Córdoba a seguir en esa Universidad la carrera del derecho, cuasi se desmaya el pobre Mateo.

—¡Mi Mateíto, abogado! ¡Teo, Teo de mi alma hecho un señor doctor! —y abrazaba a su primogénito con transportes de enloquecido... —¡Ah! —se decía para sus adentros—. ¡Tener un hijo doctor! —y se le aparecía el aborrecido Comisario cayéndosele la baba de envidia; y veía a otros que lo habían humillado y que lo

saludarían con el sombrero en alto. Y veía a su Mateito entre los Ministros del Gobierno y tal vez, ¡tal vez!...

—Hijo querido: ¡usted será abogado! ¡Disponga de todo y vaya a esa Universidad y no pare hasta presentárame aquí con su título de doctor! ¡Yo le haré una chapa de plata fina!

Mensualmente el joven Teo recibía un giro para pensión, libros y demás gastos... Y más trabajaba el pobre mulato y más hacía trabajar a los suyos. Porque en esa casa no cabía un descansito para nadie y tanto él como su pobre mujer enferma y el más chiquito de sus hijos se persignaban en el trabajo.

A los siete años de haber estado preso Mateo, examinaba en su escritorio los papeles de cartas y facturas que le acababan de entregar en la imprenta. Decían: «Gran Fábrica de Carruajes y Cochería La Regia. Victorias y milores disponibles a toda hora». Y seguía la dirección y el número del teléfono.

—Sí, sí —se decía admirando el gusto del bien impreso membrete—; pero, ¡cuántas fatigas en estos sumados siete años! ¡Cuántos afanes, apuros y cansancios! Ay, Señor: yo no soy más que un cansado caballo que lo hacen correr a la fuerza. ¡Vamos, vamos, me grita el látigo que hace siete años me castiga sin misericordia!

—Tatita —le dijo el negrito menor—, dice la mamita que vaya. Que se siente mal.

—Después que termine de arreglar estas facturas, iré. Ahora no puedo.

Y siguió el industrial poniendo en orden la papelería de cobranzas y pagos. Llegó la medianoche y seguía Mateo embarullado en las cuentas, cuando un espantoso grito lo levantó de la silla. Corrió al dormitorio y vio a su pobre mujercita caída de la cama, agitando los brazos y con los ojos fijos en el techo. Con palabras de arrepentimiento la levantó y la acomodó en el lecho, pero notó que ese cuerpo se enfriaba rápidamente.

—¡Llamen al médico! —clamó desesperado. Trató de destrabarle los brazos, pero ella los cruzaba sobre el pecho como defendiéndose de una montaña...

Llegó el médico. La examinó y mirando con acritud a Mateo, le dijo:

—¡Esta mujer ha muerto reventada de fatiga! Un descanso le hubiera prolongado la vida.

Se fue.

—¡Es cierto! —se acusó el ex cochero—. ¡Hay plata para comprar máquinas, herramientas y agrandar la fábrica, pero no había un miserable peso para conchabarle una sirvientita a la pobre! ¡Soy un bárbaro, un atropellado, que no miro más que el dinero! ¡Hasta esta tarde estuvo lavando la pobre la ropa de todos nosotros! ¿Qué me hubiera costado traerle una lavandera? ¡Yo la maté! —Y se sumió en las honduras cavilosas.

Telegrafió a Teo la muerte de su madre. Le pedía que viniera a verla por última

vez... A la siguiente noche recibió contestación telegráfica de su hijo: «Papá, traspasado de dolor lamento muerte madre. Mañana rindo examen. Imposible ir. Rezaré por ella».

—Caramba, Teo; yo habría dejado todo por ver a mi madre por última vez —se decía el dolorido. Después, llevado por su inmenso amor paternal, perdonó al hijo a quien lo veía entregado afanosamente a sus estudios para tan solo darle honor y alegría a su padre.

Vinieron los días de tristeza para la casa. Los muchachos andaban llorando por los rincones y llamando a la mamita inolvidable, la que tanto había sufrido para vestirlos con remiendos y lavando tantas mugres.

—¡Mamita! ¡Mamita! —se oía quejarse detrás de las puertas.

Mateo se entregó con más furor a trabajar a lo bruto y lo hacía hasta en forma vistosa. Trabajaba y hacía trabajar. Todo el mundo era testigo de su porfía, de su afán por no perder un minuto...

Los jueves y domingos, días de moda, sonaba insistentemente el timbre del teléfono pidiendo victorias o milores. Tres de sus hijos ya empuñaban gallardamente las riendas, muy señores en el pescante del aristocrático milord con el caballo de gran alzada, tusado a la moda, con cola corta y luciendo arneses lustrados con incrustaciones de bronce. Los tres muchachos lucían gran uniforme de aurigas con botas de charol de media caña rematadas en vivos blancos, pantalón crema, librea azul marino, pechera y corbata blanca, cuello duro, y gran sombrero alto, rígido y brillante. Los guantes blancos hacían juego con las riendas del mismo color. Las familias más pudientes, los rumbosos bodegueros y todos los *nouveau riche*, hacían gala de pasearse en las tardes de moda por la Rotonda del Parque del Oeste, mientras la Banda de Música de Policía ejecutaba trozos selectos de óperas italianas. Los más rumbosos, se paseaban con el enhiesto cochero más el lacayo de librea que lo acompañaba en el pescante, el que se bajaba, solícito, a abrir la portezuela y bajar el estribo articulado... Estos milores y las lustrosas victorias a una yunta de caballos, rendían gran cosecha de plata a la «Cochería La Regia». Y en la Fábrica de Carruajes trabajaban operarios mecánicos, carpinteros finos, ebanistas, tapiceros, talabarteros... Se había expulsado a la antigua herrería ahumada. El viejo coche de Mateo se escondía en un rincón, archivado, y el ex cochero ahora se caldeaba la cabeza con el papelerío del escritorio, asistido por un Contador; pero, como un retorno a los tiempos heroicos, Mateo martillaba hierros todas las mañanas media horita en el yunque. —Es para no criar grasa —decía, risueño. Ya en cuarto año de Derecho, llegó Teo un día muy apurado de Córdoba. Pasada la fiesta de los abrazos, preguntas y respuestas, el futuro abogado abordó con seriedad a su padre:

—Papá, necesito imprescindiblemente 15.000 pesos. Te los devolveré en cuanto me reciba. —Hijo, en estos momentos no tengo, pero... —Pídelos al Banco, papá. No

me abandones; me veo en serio compromiso.

—Hijo... ¡Tendrá usted los 15.000 pesos! Pero le pido que se quede unos días con nosotros. Yo y sus hermanos nunca tenemos ocasión de verlo y hablar con usted. Van para cuatro años que está ausente de su familia ¡que tanto lo quiere!

—¡Mis estudios, papá! Cuando me reciba... ¿Puedes adelantarme ese dinero?

Al día siguiente partía el futuro abogado para Córdoba con los billetes. Bastante pensativo quedó el atareado padre...

Pero ese año fue de gran aliento para la Gran Fábrica de Carruajes y Cochería La Regia. Los Bancos abrieron crédito al industrial, señor Mateo Rosas, y éste pudo operar en grande con todo desahogo. Sus crecientes vinculaciones comerciales, su trato continuo con gente de capital, lo incitaban a cambiar de vida, a dejar sus antiguos hábitos rústicos, pero... —¡Cuidado, Mateo! —se alertaba a sí mismo al son de Mamita—. ¡Cuidado con pisar en falso! Acuérdate del famoso Comisario...

—y ¡El Comisario?! No me hagan reír... Ahora ese tal anda por las calles hecho una lástima. Un radical cambio de gobierno, mandó al tacho a los oligarcas poderosos de antes. Hoy los vemos mascando miserias y amargores en forzada oposición. Sí, señor: el tal Comisario fue destituido y encima se le comprobó por medio de sumarios, sustanciados por sus contrarios políticos, ahora en las alturas del gobierno, que había delinquido en asocio con maleantes explotadores de casas de juegos prohibidos y de tolerancia. Total, que resultó ser un mafioso con uniforme.

Ese día, precisamente ese día, se cumplían diez años de... ¡de la valija del inglés! Sentado en su escritorio de roble, Mateo se ahondaba en los altibajos de su fatigada vida, Su pobre mujercita, matada a fuerza de trabajar sin treguas, se le aparecía como una mancha de su porfía arribadora; de su bregar sin respiros... —Pero, es que... —comenzaba a defenderse de fantasmas de muertos y de choques de vivos. De repente sonó el timbre del teléfono.

—¿Con quién? —preguntó.

—¡Connmigo! —le contestó una voz sospechosa. Colgó el tubo al creer que era un chistoso. Volvió a importunarlo el timbre.

—¿Con quién?

—¡Connmigo, tu antiguo conocido, el Comisario, ¡hemmm!, de la valija. —Se le soltó el tubo de la mano, pero apenas oía una voz que venía como de una cueva—. Voy para tu casa. Quiero hablar con vos, reservadamente.

—¿Qué hago? —se martirizaba—. ¿Qué podrá hacerme este desbancado? ¡Ya no vale un comino en el gobierno y es perseguido por la justicia. Tiene varios procesos encima—. Sumó las favorables y las contrarias; por último se resolvió a ser prudente. —Veremos con las que me sale este malevo que se escudaba en terrible uniforme... — Presintió que una sombra tapaba la puerta: levanta la vista y mira y se encuentra con... Bueno. Lo oye. No se saca el sombrero y, todavía, se pone a examinar los

muebles del escritorio. Explota:

—¡Quién te ha visto y quién te ve!...

Mateo por un momento siente miedo, pero recuerda que está en su casa y que el intruso ha caído.

—¡Lo mismo digo yo, Ex! —Recibe el impacto el ex policía. Cruza miradas caladoras con Mateo y... ¡comprende y se allana a la nueva situación!

—Sí, che, Mateo... Vengo a verte por... —Cambia ante la firme actitud del dueño de casa, apuntalado por una sólida situación económica—. Sí, senos Mateo Rosas... Bueno: ¿estamos solos? —Ante un gesto afirmativo y de aplomo del dueño de casa, sigue—: Vamos al grano. Necesito 5000 pesos; poca cosa...

—Yo necesito mucho más. El Banco abre créditos.

—Ah, pero es que vos... Es que usted ¡es rico! Esta gran fábrica respalda. Yo...

—Sí. ¡Ya no lo apuntala el temido uniforme de policía todopoderoso! Ahora anda disparando del gobierno, ¡de la policía, de los jueces, de los acreedores! Parece que...

—¡Esos canallas que hoy treparon al gobierno, ya bajarán! A los que me persiguen ¡los voy a ver en la horca! Mi partido volverá.

—¡Lo dudo! El pueblo ha despertado con el voto secreto. La oligarquía ya no engaña al pobrero.

—Bueno; ¿qué me contestas, Mateo?, digo, ¡señor Mateo!

En las oleadas del que sube y baja con norte cambiante, Mateo cae en la sumisión antigua. ¡Tantos años fue servil! En voz baja le dice al tirano:

—Esta noche, en el Puente Verde... A las doce... Allí estaré con dinero...

—¡Así me gusta! —contesta con aire de triunfo el ex Comisario. Y le agrega: — Es cierto que ya no estoy donde estaba, pero tengo dos diarios que publican... lo que yo les mando. ¡Adiós!

Era cierto y bien que lo sabía Mateo. El ex Comisario, sabedor de mil enjuagues, de tapados secretos de alcoba, los iba descubriendo en dos pasquines en asocio con sucios periodistillos. Los afectados silenciaban el chantaje del pasquín con sabrosos billetes. Los canflinfleros también aportaban a la bolsa.

—¿Por qué di esa dirección? —se preguntaba Mateo, arrepentido. Después recordó que allí, precisamente, vivía la santa de su comadre Estanislada, en cuyo sucucho... Ese día lo pasó Mateo encerrado en su dormitorio. Mil planes hizo y los desbarató. Por último afirmó pie en uno. Media hora antes de las 24 salió de su casa. Cargaba un revólver y mil pesos. Iba encomendándose a la más santa de las mujeres ¡a Mamita! Tomó por calles oscuras, mezquinando ser visto. Al llegar a la última casa, en la esquina frente al Puente Verde del Zanjón, se detuvo anhelante. Una voz apenas, apenas lo alcanzaba (-Matito... Matito—) La luna llena volcaba su blancor en los lugares despejados. La maraña espinosa de los rosales silvestres del Zanjón y los sauces daban obscuridad profunda, tenebrosa. Mateo, con el revólver empuñado

dentro del bolsillo del saco, «sentía» acallados resollidos, con la obsesión de tapujadas presencias. ¡Algo escondían las sombras! Pegado al muro se aguantaba en lo obscuro. Alguien le recomendaba, en los reprofundos del acallar, que allí se aguantara sin moverse... De pronto vio venir hacia el Puente Verde un bulto iluminado por la luna que creyó que era él... El ex Comisario, con una mano metida sospechosamente dentro del bolsillo del saco, avanzaba prevenido. Su presencia se salía en lleno de la claridad de la luna. Detúvose un momento como a escuchar, a escudriñar... Hizo visera con la mano, penetrando a la noche. En ese momento se movieron los rosales y el ex Comisario avanzó unos pasos más y levantó la voz:— Eh, amigo; soy yo... —y dio su nombre y apellido. Le contestó una sorprendida y cortante carcajada, seguida por tres disparos de revólver. Retrocedió arqueándose el ex Comisario y cayó al suelo. Caído y contorsionándose tuvo fuerzas para sacar su revólver y contestar con dos disparos hacia el rosal de donde partían los fogonazos asesinos. Se vio remecerse esa maraña, salir un hombre agarrándose la cabeza y caer exánime a tierra. Una voz bronca y guaposa se alzó con un insulto de odio y salió un brazo armado del rosal en sombras a la luz de la luna, y le brotaron dos tiros de revólver y Mateo vio que el ex Comisario quedaba inmóvil en el suelo... Luego apareció un hombre de debajo de la maraña, se acercó a su compañero muerto y lo remeció en un amistoso lamentarse. Al oír silbatos de la ronda policial, le retiró a su amigo rígido el revólver y le puso el suyo en la diestra, después de borrarle rastros con un pañuelo. Rápido se arrimó al cuerpo del ex Comisario, le dio vuelta la cara a la luz de la luna y con los rescoldos más quemantes del tenebroso criollo, le vomitó:

—¡Caíste, hijo de..., pero la cobraste caro!

Se acercaba al galope la ronda policial haciendo resonar los cascos de sus caballos en el empedrado. El asesino se deslizó al Zanjón y desapareció tras las sombras de los colgantes rosales.

Mateo, anhelante testigo de tenebrosas tragedias y con el corazón que ya se le salía, retrocedió unos pasos y llamó repetidamente a una puertita humilde. Como no le abrían, buscó el cordelito disimulado a la orilla del marco y tiró de él. Se corrió el picaporte, empujó la hoja y entró, justo en el momento que llegaban al galope varios policías, atraídos por los disparos.

Atrancó la puertita de calle y, en obscuras, se guió bajo un mísero corredoreito. Abrió una puerta desvencijada, al tiempo que prevenía:

—Comadre Estanislada.

—¿Quién anda a estas horas? —preguntó la asustada viejita.

—Soy yo, comadre: su compadre Mateo...

—¡Jesús, por Dios! Si le rogué a la Mamita que me lo mandara a usted, compadre. Tan enferma estoy que no puedo ni levantarme, pero tuve fuerzas para prenderle una vela al ánima milagrosa de la Mamita y pedirle que nos protegiera a usted, compadre,

y a mí... —Cayó de rodillas Mateo ante la vela casi consumida, con su llama mortecina en la obscuridad del cuartucho miserable. Mateo, el hijo de la santa Mamita se fue en sus palabras rezadoras. Se fueron con la pobre comadre Estanislada a las más hondas y escondidas raíces del ser humano. Esas sabedoras fugas les venían a los dos mulatos de sus castigados antecesores del tiempo terrible de la esclavitud. ¡Y cómo se entendían los dos pardos! Mientras Mateo le daba unas friegas con grasa de víbora al pecho y barriga de su pobre comadre, se volcaban palabras del más puro conllevarse. ¡Cómo hablaban esos dos castigados! Recordaron momentos terribles con lágrimas abortadas. Al último, cuando ya se anunciaban los clarores del nuevo día, se dejaron vencer por el sueño, pero con un decir en los labios:— Mamita... Ya muy alto el sol, apareció Mateo en la calle.

Con la más aparente sorpresa vio una multitud de curiosos que se agolpaba ante dos cadáveres revolcados en la calle, a la vera del Zanjón. Esperaban la llegada del Juez del Crimen quien, después de constatar los hechos, ordenaría el traslado de los muertos al Hospital San Antonio para la autopsia ... Mateo miró apenas a los dos hombres abatidos a balas. Preguntó a un criollo qué había pasado allí.

—¿No lo está viendo y no lo está mirando, amigo? Dos matones que se la tenían jurada, se desafiaron a peliar como machazos criollos en el afamado Puente Verde y... ¡los dos sacaron boleto p'al Infierno!

Se alejó Mateo como quien se libra de los zarpazos del puma.

Al otro día los diarios dieron noticia de un duelo criollo a balazos en el Puente Verde, el lugar tenebroso de los cuchilleros, cabrones, canflinfleros, asaltantes y mujeres perdularias. El diario del oficialismo publicó fotografías de los cuerpos caídos y aprovechó para documentar las actividades tenebrosas de ciertos ex funcionarios policiales de los gobiernos oprobiosos del pasado...

Mateo, como siempre, ahogó sus aullidos nerviosos a golpes de martillo en el yunque.

—¡El mejor remedio para todos los males —proclamaba ante todos—, es doblegar fierros a golpes! ¡Se achatan las penas a combazos y se gana en salud!

Tres meses pasaron y levantó los humos un telegrama de Teo. Le anunciaba el más querido que venía a Mendoza con su título de Doctor en Leyes bajo el brazo.

¡Cómo se desfogó Mateo! Enseñó el telegrama a todo el mundo y prometió un día de fiesta a sus operarios. ¡Si andaba hecho un loco con el telegrama en alto! Buscó un elegante local en calle Rivadavia, la calle de los procuradores, abogados y escribanos, con la mira de instalarle a su hijo un soberbio bufete, amoblado y con alfombras. Pidió a sus nuevas amistades que llevaran sus asuntos legales al doctor Mateo Rosas.

Aquel sábado, a las 10 de la mañana, sonó el teléfono. Mateo tomó el tubo y oyó la ansiada voz de su hijo, el doctor.

—Papá, estoy parando en el Grand Hotel. Luego iré a verte...

Se le cayó el tubo de las manos al padre enternecido. Corrió y puso a todo el mundo en ascuas.

—¡En seguida llega Teo y la casa hecha un corral de sucia!

Todos se pusieron a limpiar y hacer arreglos apresurados y a empaquetarse para recibir al doctor.

A las diez llegó Teo. Vestía elegantemente, de galerita; sus finos lentes de oro le daban un aire ¡tan distinguido y rumboso! Abrazó a su padre y se apresuró a mostrarle su título universitario.

—¡Mi querido Teo! ¡Hijo del alma querida! ¡Por fin lo ven mis pobres ojos hecho todo un doctor! Sí: ¡el doctor Mateo Rosas! Ah, todos mis sufrimientos, todas mis humillaciones las considero bien pagadas con este solo gustazo. Gracias, Dios mío. ¡Gracias!

Todos sus hermanos se precipitaron a felicitarlo. El doctor los recibió muy ceremoniosamente, los palmeó y recordó varias travesuras de cuando niños.

Comenzó la sonajera del timbre del teléfono: todos eran llamados pidiendo el mejor milord y la mejor victoria, con los mejores caballos y ¡el mejor cochero! Los hermanos pidieron permiso y salieron, unos a enjaezar los caballos en los coches y los tres mayores a vestirse con sus espléndidos uniformes de aurigas de lujo. Un momento más y se presentaron para ir a sus tareas ¡tan bien remuneradas! Venían los tres con sus vistosos uniformes rematados en alto sombrero de copa y hacían restallar sus finísimos látigos.

—Teo —aclaró el padre—, tus hermanos, ¡tan trabajadores!, van al cumplimiento de sus tareas. Nuestra Gran Cochería está de moda... Es un orgullo.

El doctor Mateo Rosas se descalzó sus rumbosos lentes de oro, los limpió con un modo muy particular, se los calzó con toda gravedad.

—Papá —dijo con voz severa—. Creí que tenías cocheros conchabados para tus coches y que no mandabas a tus hijos a tan... ¡indignos menesteres!

—Teo —aclaró reposadamente el padre—; lo que ves con tus ojos lo hemos hecho siempre entre todos: ¡trabajar sin descanso! Así hemos podido arribar y así... has podido estudiar vos en la gran Universidad de Córdoba. ¡El trabajo honrado no rebaja a nadie!

El doctor Teo hesitó, visiblemente contrariado. Volvió a limpiar sus impertinentes de oro. Se contuvo. Después dijo:

—Papá, hoy me debo a un compromiso ineludible con una distinguidísima familia cordobesa. Mañana vendré a verte para que conversemos. Debemos hablar mucho. Será hasta mañana. —Saludó a todos muy ceremoniosamente, enrolló su título. Se puso la galerita, sacó los guantes y salió. Ya en la calle, chistó a un cochero y partió.

Quedó un raro alentar intruso, pero Mateo habló a sus muchachos y los conformó

con decirles que al otro día vendría Teito libre de compromisos, ¡esos malditos compromisos! Y que lo pasarían todos en la mayor alegría. Los tres uniformados cocheros subieron a los altos pescantes y con gran ruido de cascos herrados partieron a sus deberes.

Al otro día Mateo, pegado al lado del teléfono, esperó en vano el anuncio de la ansiada visita. Con carga en el alma salió esa noche. Quería hacer ciertas averiguaciones... Frente al lujoso y aristocrático Grand Hotel con sus jardines y fachada mirando a la Plaza San Martín, se detuvo a conversar con uno de los mozos que conocía de antiguo... Sí allí paraba el doctor Mateo Rosas. —¿Había venido con alguien? —Sí, con una familia cordobesa, de gran renombre y campanillas. —¿Y...? —¡Ah, sí! El doctor Mateo Rosas novió con la preciosa hija, ¡una beldad! Siguieron otros datos antes de despedirse los dos amigos.

Al día siguiente volvió Teo a anunciar su visita por teléfono. El padre, aunque zarandeado por contrarios sentimientos, se ablandó en el más amoroso sentir paterno.

—Papá —le dijo de entrada el joven doctor—, mucho me alegra proporcionarte una gran satisfacción con mi título.

El padre asiente y con dulzor pregunta:

—¿Cuándo se viene al todo, mi doctor Mateo Rosas, a vivir con los suyos y a atender su bufete de abogado?

—¡Hemmm!... No pienso establecerme en Mendoza, debo hacerlo en Córdoba.

Dolorosamente sorprendido, el amante padre queda en suspenso.

—Tú comprenderás, papá... Mis vinculaciones y, además...

—Además, ¿qué?

—Bueno, mi novia... Ah, debo avisarte que contraeré enlace dentro de un mes con una distinguidísima señorita cordobesa, de familia prestigiosa y pudiente.

—Ah, ah... ¡Nada me habías dicho! Yo y todos tus hermanos pensamos que aquí, en tu tierra. En fin... ¡Así son las cosas! Iremos con tus hermanos a tu casamiento.

—¡Hemmm! ... Tu comprenderás, papá, que yo debo... Bueno, en Córdoba soy el doctor Rosas, de antigua familia mendocina.

—¡Hijo!... Comienzo a comprender. Sí, la familia Rosas, ¡de piel blanca! es del tiempo de la Colonia... Nosotros, los Rosas... pardos... somos, ¿cómo te diré? ¡Más nuevos! —Papá, no te entiendo.

—Estamos comenzando a no entendernos, hijo ... Pero aquí viene tu madrina, ¡mi santa comadre Estanislada! ¡Bésala, hijo, que ella te salvó la vida cuando eras así de chiquito y te agarró la pulmonía doble! ¡Bésala por todo el bien que te hizo y por la ayuda ¡sin precio! que me dio en los momentos más terribles de mi vida! —Y avanzó a las renqueadas la pobre viejita curcuncha, de piel aceitunada en negro. Y ella se reía de tan alegre que estaba al ver a su ahijado triunfante... Se le arrugó la cara terriblemente y mostró su boca sumida, de labios temblones, desdentada pero

con dos dientes largos que le temblaban en las flácidas encías. Y le estiraba sus manos garrientas, despellejadas, con sus dedos torcidos de lavandera incansable. Esos brazos sarmentosos querían llegar al elegante joven abogado. —¿Teíto? —dijo con voz de carrasperas crónicas y de fuelle roto—. ¡Teíto, que la Virgen te bendiga, pueh... —El doctor Mateo Rosas hizo un gesto de repulsión. Con visible esfuerzo venció su repugnancia, le estiró su mano a la vieja madrina y la mantuvo a ceremoniosa distancia.

—Gracias, madrina —contestó, señalándole una silla—. Siéntese allí.

El mulato Mateo se levantó, enérgico y digno. Tomó delicadamente a su santa comadre y le ayudó a sentarse con toda delicadeza. Se le salió el decir con voz candente:

—Parece que su ahijado, el doctor Mateo Rosas, ¿no la recuerda!

—Papá —abrió la brecha el doctor Rosas—. Debo hablar de asuntos serios, me casaré dentro de un mes... Es conveniente que arreglemos mi hijuela... Tu comprenderás, necesito dinero. Ella es rica y... —¡Hijo! Veo que mi batallada vida es salir de un pozo para caer en otro. Hace tres meses vi morir a mi peor enemigo, pero, ¿no es así! No era él mi único enemigo. ¡No! Me has ofendido a mí, has ofendido a tus hermanos y ahora ofendes a tu santa madrina. Si la pobre mulata de tu madre viviera ¿también la ofenderías a ella con tus desprecios! Está bien: ¿no soy el primero que cría cuervos!... ¡Hijo! Por momentos mi corazón, ¿mi duro y castigado corazón!, se ablanda al recordar al mayorcito de mis hijos estudiando en el Colegio Nacional para dar brillo a su familia, y por ¿momentos se me endurece como el yunque al recibir los martillazos del desprecio ingrato. Seis años has estado separado de nosotros, los pobres mulatos que hemos sudado noche y día mientras que vos, el orgulloso, el distinguido, te codeabas con los soberbios de la Universidad, pero quiero que sepa el señor doctor Rosas, solamente dos cositas que le voy a decir con las del alma y que se le van a grabar para siempre por sobre todos los Códigos. —Fue a la caja de hierro y extrajo una valija que le pasó al hijo—. Aquí tiene, doctor Mateo Rosas, el regalo de bodas que le guardó el mulato de su padre, ¿el cochero Mateo! ¡Ábrala y cuente los billetes que contiene esa valija! —Amilanado el doctor Rosas, abrió la valija y contó los billetes.

—Son quince mil un pesos —dijo el joven abogado. —Hace diez años yo, el negro cochero Mateo, alcé a un inglés, pagador del Ferrocarril. El gringo debía alcanzar al tren que ya partía. En su apuro me dejó en el pescante, al bajar corriendo, un peso en pago del viaje, pero olvidó la valija en el asiento... Yo la vi con el rabo del ojo y, rápido y certero, la enganché con el cabo del rebenque y la escondí bajo el pescante. Salí al galope con mis matungos y me fui al Puente Verde. Allí, en un sucucho vivía mi comadre, su santa madrina Estanislada. Me bajé dos cuabras antes y, ocultando esa valija bajo mi saco, me deslicé hasta su ranchito y le rogué por todos

los Santos que escondiera ese tesoro de cien mil pesos que Dios me mandaba. Y me alejé a toda furia y comencé a changar con mi destartalado coche por calles alejadas... Y la santa de tu madrina, arrastrando el tremendo peligro de ser llevada a la cárcel por encubridora, envolvió esa valija en trapos mugrientos y la bajó con un alambre herrumbado ¡al pozo de la letrina! Nadie podía imaginar que en esa hediondez inaguantable se ocultaba una mina de oro... ¡Y todo lo hacía por su pobre compadre Mateo, cargado de hijos y con mujer enferma! ¡Eso hizo esa santa que usted desprecia!... Yo sabía que no iba a escapar de la policía, pero me juraba ser más duro que la piedra. A la hora de almorzar caí a mi rancho y me pescó el más terrible de los comisarios. Me llevó preso por haberme reconocido el inglés pagador. Allí, en esa prisión llena de piojos y con espía veterano y después de aguantar el hambre, ¡y la terrible sed con el bacalao salado!, y castigos a rebencazos, comparecí ante el juez y negué y negué y juré que no había visto la tal valija. Cansados el juez y los más avisados pesquisas, acordaron largarme bajo vigilancia, más porque tu madre, casi enloquecida, fue llevada al hospital. La pobrecita daba a luz dos meses después al último de tus hermanitos... Me soltaron, sí, pero tuve arriba al ojo buscón del más terrible olfateador. ¡Durante diez años me siguió los pasos y yo viví esa inmensa pesadilla y para descaminarlo tuve que deslomarme en un trabajar sin treguas. ¡Esto lo sabe todo el mundo, menos el doctor Rosas! Para explicar ante todos y por sobre todo a la justicia, el continuo aumento de mis bienes, yo tuve que privarme de dormir y apurar a los míos a que trabajáramos sin parar. Siempre, ¡siempre dale que dale con el martillo y las riendas! Pero, qué iba a poder progresar con ocho hijos tragones, con las enfermedades que nos caían encima y con vos que pedías buena ropa, libros, pensión ¡y lujos! Ah, nadie sabe ni sabrá nunca las penurias del cochero Mateo, que se deslizaba de noche hasta el sucucho de su comadre Estanislada para sacar algo de ese tesoro y comprar herramientas y montar una herrería y después una pobre fábrica de carruajes que fue en continuo aumento. Toda esta grandeza se debe al dinero de esa valija y ¡a mi porfía por ocultarlo a fuerza de trabajos! Esa valija, con ser mi fortuna, es mi infelicidad, porque desde el momento que la oculté ¡se acabaron los descansos y distracciones! ¡Hace diez años que vivo en un infierno de fatigas y economías! ¡Trabajo y hago trabajar a todos y a tanto llegó la pobre de su madre, que murió reventada! Sí, distinguido doctor Mateo Rosas, reciba usted para su aristocrático casamiento los quince mil pesos ajenos que restan de esa valija y ¡un ¡peso honesto que me pagó el inglés por llevarlo a la Estación! Con este caudal y quince mil pesos más que me pidió hace dos años usted, mi doctor, conquistó a una niña rica y distinguida, pero no pudo gastar veinte pesos para venir a Mendoza a ver a su madre entre las cuatro velas del velorio...

—¡Papá!

—Espérate, hijo ingrato, que falta la segunda. Nos has dicho que te conocen en

Córdoba por el doctor Rosas, de antigua familia mendocina. Cierto, ¡ciertísimo!, pero es bueno que sepas que nosotros, los Rosas negros y mulatos, hemos sido esclavos de la antigua familia Rosas y, como bien lo sabes, los esclavos no tienen apellido propio: lo toman de sus amos. Sí, eres Rosas, nieto de esclavos, porque mi madre, ¡fue de las últimas esclavas! Y cuando la pobre parió a su hijo Mateo, ¡tu padre!, se escondió en una cueva para parirme y esconderme... ¡Que no se enterara el amo que había andado con un mulato, también esclavo! Sí, mi doctor Rosas: ésta es la historia de su familia y... ¡que no lo sepa su distinguida novia! Pero usted, mírese al espejo a través de sus lentes de oro y verá motas y por más que se refriegue con jabón su color aceitunado le gritarán ¡por toda su vida! que la sangre de los esclavos negros, que soportaron látigos y cadenas, le alientan su vida orgullosa. Y ahora que oyó las verdades de su fortuna y de su sangre, le pido que salga de esta casa honrada. ¡váyase con su título que no quiero verlo y sí descansar mis pobres ojos en mis otros siete hijos, mulatos como usted, pero, ¡tan dignos, humildes y agradecidos de sus padres! ¡Ésa es la puerta de mi casa honrada! ¡Salga por ahí antes que yo me plante en medio de la calle a gritar ante todo el mundo lo que acabo de enrostrarle al hijo ingrato!

—¡¡Papá!! —El joven letrado miró a su padre colérico, a sus hermanos acongojados, y sintió en sus carnes los novedosos jaqueos de la pena humillada, de los amargores rústicos; pero luego, en un trabajoso reponerse, entrevio a su novia ¡tan gentil y distinguida! La hermosa niña lo miraba con sus grandes ojos amorosos y él, hombre joven y enamorado, sintióse bañado por los efluvios de la vida en flor. Ella lo prefería entre cien profesionales de alcurnia y de fortuna y arrostraba, por quererlo, la oposición de su encumbrado padre. ¡Por sobre todo, ella era su destino en la vida! Nada ni nadie podría desviarlo. Hizo un gesto de inmensa comprensión y de perdón a los simples, que no comprenderán nunca lo que es bello y distinguido... Se inclinó respetuosamente ante su padre, hizo gestos de despedida cariñosa a sus hermanos, guardó la valija y salió a pasos muy medidos...

Entraron los silencios de las penas y se posaron en los ojos de todos. Poco a poco se fue reanimando el mulato indoblegable; se acercó a sus hijos y los acarició. De rodillas cayó ante su santa comadre Estanislada, le tomó las manos con inmenso y santo cariño y juntos, muy juntos los dos aceitunados, musitaron el palabreo llavero que venía de las lejanías de la sangre esclava, sufrida, abnegada...

—Mamita... Mamita...

Avanzaba la noche maduradora de sentires profundos. La comadre Estanislada, siempre en escucha y en atisbos, se dejó decir:

—Mateo, la vaina de porotos tiene ocho granos; siete buenos y uno solo podrido... ¿De qué te quejáis?

—Cierto... ¡Cierto! Sin embargo...

Al otro día Mateo amaneció bufando ánimos. Reunió a su pollada y con sus

inapagables fuegos les largó el ventarrón de su diana:

—¡Muchachos! Quiero que vean a su padre alzar el combo y torcer el fierro a combazos... ¡Viva la Gran Fábrica de Carruajes y Cochería La Regia! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siete granos salieron buenos y tan solamente uno, podrido... ¡Buena cosecha! —Y alzando el pesado martillo con su brazo desnudo, martillaba el hombre y respondía la canción del acero...

¡QUÉ BÁRBARO!

Mi abuelo, don Dionisio Lucero, habíase establecido con un negocio de ferretería en Los Sauces, cerca de la Villa Seca de Tunuyán, por allá por 1865.

Bajaba con sus carretas a la ciudad de Mendoza para surtirse de mercancías. En los grandes comercios mayoristas de la Calle de San Nicolás mercaba cuanto cosa solicitaban sus clientes y luego de cumplir con las visitas a la parentela y compadres y antes que despuntara la estrella de la mañana, uncía sus bueyes a las carretas y retornaba en dereceras del Totoral. Era peligroso el cruce del río Mendoza en sus crecidas de verano, cuyos brazos debía atravesar a la altura de Lujan de Cuyo.

La travesía de la Pampa del Sebo le demandaba dos días. Cuatro tardaba en llegar a sus lares a descargar sus carretas. El vecindario entero lo esperaba para admirar las «hechuras gringas» que traía del pueblo. Los mocetones guitarreros se surtían de nuevo cordaje para sus instrumentos; los cazadores, de pólvora, munición, balines y fulminantes para sus fusiles de cargarlos por la boca; los labradores, de azadones, palas, picos, horquillas y punteras de hierro para sus arados de palo; las niñas, de cintas de todos los colores; los fumadores, del tabaco de Tarija; los materos, de azúcar de Arequipa... Mil cosas traía para su negocio de fronteras, que habían llegado por vía de Chile, de Buenos Aires o del norte. Por aquel entonces las casas de negocio en las avanzadas del sur ostentaban el más variado surtido de mercancías. Se solicitaba de todo en esos comercios que abarcaban bazar, ferretería, pulpería, mercería, botica... Si era una admiración y un encanto.

Y con ser apacibles Los Sauces y la Villa Seca, se sufría, y muy mucho para el tiempo del maíz, por el terrible azote de los malones de los indios del sur. En son de guerra, de justiciera reconquista patria y de desquite, rebasaban el fortín del Alamito, los fuertes de San Rafael y de San Carlos y caían a los poblados avanzados en demanda del botín, de viriles aventuras y de las codiciadas mujeres blancas; porque ¡mataban a los hombres y se llevaban cautivas a sus tolderías a las blancas cristianas! Allá, las pobrecitas lloraban la muerte de los suyos y el más triste cautiverio entre los infieles. Una que otra lograba retornar a sus ansiados lares, ya trocada por aguardiente con los tokis por el padre Moisés Burela, ya porque el bravo comandante Torres, el Toro Torres, lograba rescatarlas con astucia y valor legendarios. Alguna podía fugarse a uña de caballo, y tras mil penurias por esas travesías, llegar hasta los suyos... ¡Tiempos terribles!

En uno de los más fieros malones que azotaron a los Sauces y Villa Seca, logró quedarse un indio viejo. Se escondió de sus compañeros y cuando volvieron a sus saqueadas casas los pobladores, él se presentó con palabras y señas de mansedumbre

y sumisión.

Don Dionisio Lucero lo tomó a su cargo. Lo vistió, le brindó techo en su casa, lumbre en su cocina y lo hizo cristianar. Le impuso por nombre el muy dulce de Manuel:

—En adelante te llamarán Manuel —le dijo con imperio protector.

Y el indio viejo se rió y se llamó a sí mismo Mamul, que en su armoniosa lengua precolombina significa árbol, leña...

El indio tenía una patatas tan grandes que no podía calzarse. A pata pelada andaba de día y de noche, tronchando espinas y aplanando ripios, y gracias si admitía el chiripá porque el ajustado pantalón pueblero le estorbaba para caminar. Era su gusto y contento cubrirse con un poncho del rojo color.

Manuel era muy servicial, pero tan cimarrón y mano dura que no se le podía encargar trabajo delicado. Para cuidar la boyada servía y la demás animalada de montar y de labranza. Mentada habilidad tenía para hallar las nidadas de los avestruces y para la caza del quirquincho; pero lo realmente grande en él era acreditarse el más señalado de los servicios, que tanto le agradecían los pobladores: el anuncio con antelación de los temidos malones. Y nunca erraba. En la noche antes de la que él señalaba, había pegado su finísimo oído en tierra y oía el trotar de la indiada guerrera a muchísimas leguas de distancia. Daba, su fiel voz de alarma y el vecindario enterraba, presuroso, sus prendas más valiosas, abandonaban sus hogares y todos, hermanados y unidos, se concentraban en la más resguardada casa, de altas paredes, sin ventanas. Desde ese techo disparaban sus fusiles y con una culebrina de bronce que cargaban hasta la boca con balines y trozos de hierro, atronaban el descampado en cuanto asomaban los bárbaros. Hombres y mujeres hacían desde esas murallas los más vistosos alardes y aspavientos, armados con espadas, bayonetas, cuchillos, chuzas y demás armas blancas. Los indios se apartaban de esa casa fuerte. Cometían sus «fachudas» en las casas desguarnecidas, ranchos y sembradíos abandonados.

En adelante la enardecida indiada buscaba afanosamente al renegado Manuel para lancearlo por traidor. Muy escondido el indio viejo, temblaba de miedo entre los cristianos y más se aliaba a los huincas cuando sus antiguos compañeros le gritaban:

—¡Mamul! ¡Mamul, cortar lonco! (cortar la cabeza) —¡Cómo sufría el pobre!

Pasado el malón volvía el vecindario a reconstruir sus casas incendiadas; a resembrar las mangas y a desenterrar sus prendas. Retornaba la vida de los días tranquilos.

El indio Manuel gustaba comer carne de yegua con mucha sal. A pesar de su vejez se bañaba en lo más crudo del invierno en las aguas del arroyo. Los criollos tiritaban de frío de verlo romper la escarcha con su cuerpo.

Después de un terrible malón, previsto a tiempo por el indio convertido, don

Dionisio prometió un premio:

—¿Qué querís que te regale, Manuel?

—¡Ir pueblo! —solicitó muy interesado.

—Bueno: te llevaré a Mendoza. —Y en la primera ocasión lo llevó consigo a la capital. Con la picana en la mano, Manuel guiaba las dos yuntas de bueyes de la carreta puntera. Por ratos caminaba delante de las mansas bestias y por ratos subía al entoldado rodado y dirigía por las hondas huellas de la Pampa del Sebo. Todo era novedad para él: el río Mendoza, Lujan de Cuyo, Cruz de Piedra, San Vicente... Por fin llegaban a los extramuros de la gran ciudad. Entraron de noche.

Al otro día no pudo Manuel resistir la curiosidad. Se tentaba por ver y mirar con detención al famoso poblado. ¡Tanto había oído hablar de sus grandezas! De madrugadita se levantó y se largó a andar por esas calles. Tomaba por una y doblaba por otra. Rumbeó para el Pueblo Viejo, mirando y remirando todo con la más concentrada atención y todo lo hacía pensar mucho, ¡muy mucho!... A los gestos y murmullos andaba y sumando asombros.

Al atardecer volvió a la posada. Hablando solo venía y haciendo ademanes los más raros. Don Dionisio le preguntó qué había visto por esas calles ... Y el indio Manuel por medio de señas y palabras de ponderación quiso decir y dijo que había visto ¡tantas ruinas! Casas y más casas caídas; paredones afirmados unos en otros; iglesias altísimas con murallas y techos caídos y al caerse; techumbres incendiadas; puertas y ventanas destrozadas; calles cortadas con derrumbes de edificios. ¡Ruinas y más ruinas! Y se tomaba la cabeza a dos manos para decir en la forma más clamorosa que no le cabía en su pobre seso que pudiera haber tanta ruina y desolación. Ya más calmado, preguntó si habían venido muchos malones de indios.

—No, Manuel —contestó don Dionisio—. Hasta aquí nunca llegan los indios en guerra. Fue obra del gran terremoto del 20 de marzo de 1861.

—¿Qué ser eso?! —preguntó el indio con ojos espantados.

Don Dionisio no sabía cómo explicar al indio lo que era un terremoto; no hallaba palabras. Para hacerse comprender atinó a poner sus manos sobre los hombros del indio preguntón y lo remeció brutalmente, al tiempo que le explicaba:

—Es Dios que remeció así, así, esta tierra ¡y se cayeron todas las casas!

—¡¡Qué bárbaro!! —gritaba el indio Manuel, horrorizado.

LA BANDERA ARGENTINA DE MI MADRE

Muerto mi padre, la familia en decadencia tomó el rumbo de los bajos. De la espaciosa casa del Tapón de Sevilla fuimos a rematar a Los Tamarindos. La madre y sus cuatro niños fundieron en comer y vestirse el capital heredado, a pesar del almacencito que la valerosa viuda abrió con cuatro botellas y docenas de paquetes de mercancías.

Un nuevo tumbo y caímos a la calle de La Plata, en la capital.

Calle de La Plata.

¡La Plata!

En una casita de adobones, vieja, de techos ahumados y llovidos, con tres piecitas, corredor pandeado y una huertita. Ahí nos cobijamos los cinco.

La venida del campo a la ciudad fue en solicitud de escuela, de beneficios urbanos.

¡Era tan bruto el descampado por 1907!

Pero en el campo abundaba la leña para el fuego, fruta que se caía de los árboles y otros recursos que en la ciudad, plagada de pobres, solo se conseguían con platita en mano. Para más, las necesidades aumentaban porque en el campo se vivía con ropas viejas, con remiendos; se criaban gallinitas y otros animalitos para el consumo, sobraba la tierra para las verduras... Pero en la ciudad había que vestir decentemente, mostrarse en forma por consideración a los conocidos de tiempos mejores.

Además...

—Además, ¿qué?

—Bueno; en el campo nadie anda haciendo observar leyes y reglamentos. La basura se tira al bajo y se bebe el agua del canal. En la rumbosa ciudad se deben pagar derechos municipales, de Obras Sanitarias y ¡pare de contar!

El caso fue que por vivir a dos cuadras de la calle San Martín, la más rumbosa de la ciudad, aunque alejados del centro, los gastos subieron por interminable escalera y las entradas cesaron. Ya no teníamos ni la viñita de espalderos ni el campito de Los Tamarindos.

¡Caramba! Comenzaron los dolores de cabeza por cuestión de monedas.

Mi madre, la pobre, estiraba la cuerda elástica de los recursos hasta lo imposible. Con solo veinte centavos se las componía para acallar los aullidos de las tragaderas. Sí, señor. Me daba la más grande de las monedas y, por ser el mayor, me enviaba «a los mandados» debidamente aleccionado.

—Con estos veinte te compras diez de huesos en la carnicería. Fijáte que el cortador de carne te los dé bien sustanciosos y con carnecita y no te muevas hasta no recibir el vuelto de los diez centavos... Te vas al almacén y con esos diez centavos te

compras diez de harina de segunda. Fijáte bien en el peso de la balanza, porque...

Mientras tanto, mi hermano Dionisio recogería unas leñitas por ahí.

A la hora volvía con el cestito lleno de huesos y harina. Ya hervía el agua en la olla. La harina de segunda se convertía en fideos disformes, de todos los anchos, que daban tumbos con los huesos en el caldo grasoso. El todo era un riquísimo puchero que ¡completaba el almuerzo!

Al caer la tarde, la madre nos mandaba a recoger más leñitas por ahí. Siempre había sarmientos y troncos de parra que los podadores amontonaban al lado de los cercos. Con estas «ayuditas de Dios», como decía la madre, teníamos lumbre y calor para las noches de invierno. Se recalentaba el puchero del mediodía y había cena para esa noche. Para la mañana siguiente el desayuno de mate, muchas veces amarguito y con yerba servida y la tortilla al rescoldo hecha con el resto de la harinita del día anterior. Algunos chicharrones daban más atractivo a algún resto de torta.

Largo, largo es el camino del pobre y más del que por haber gozado de discreta abundancia en la niñez, cae dando tumbos a la leprosería de la miseria. De noche, cuando la falta de dinero nos acorralaba, llorábamos con la madre el recuerdo de los buenos tiempos, de cuando el padre, enérgico italiano, mantenía holgadamente la bien montada casa, coche, caballos y ¡hasta fonógrafo! Como que don Aquiles fue el primero en tener un fonógrafo de cilindro en el Tapón de Sevilla. Soñaba con que sus hijos fueran ingenieros.

Yo arribaba a los 11 años. Con el segundo grado en la primaria, ya acunaba ambiciones de alto vuelo: ¡quería ser maquinista de locomotoras ferroviarias!

Viéndolo ya en trance de muerte a mi padre, sus amigos, sus grandes y queridos amigos, le aseguraban una y otra vez que protegerían a la viuda y a los hijos.

Ya huérfano de padre y mordido por las miserias, visité a uno de estos amigos. Le pedí trabajo en su taller de tapicería.

—¡¿Trabajo?! Pero, Juancito... ¿Qué sabes hacer?

—No sé... ¡Pero aprenderé!

—No. No tengo trabajo ni tiempo para enseñar.

Con la gorra en la mano, me dejaba estar ahí... ¡Con qué placer anunciaría a mi madre que había hallado un conchabo! Esperaba, esperaba... Y el hombre que se sentó muchas veces a la mesa de mi padre, molesto por el muchacho pegajoso, tomó una resolución:

—Toma esta naranja —y me pasó la fruta al tiempo que, palmeándome, agregaba —: Ándate ligerito a tu casa porque tu mamá puede creer que te atropello un caballo. ¡Ándate!

¡Una naranja! ¡Fue toda la ayuda que recibimos de los que prometieron al padre enfermo, ya en su lecho de muerte, no desampararnos! ¡Ah, la viuda cargada de hijos! Los que no saben de estos rigores harán bien en callar la boca y saber que hay héroes

y heroínas que no registra ningún libro. El que padeció estos sufrimientos del tremendo desnivel social, soportando mugres y miserias, aguantando rigores y humillaciones, mira de modo muy particular a los «héroes» que ganaron batallas y dirigieron pueblos. ¡Cuánta mentira glorificada! ¡Cuántos sacrificios anónimos de gente ignorada!

La vida de la derrumbada familia en la calle La Plata, íbase yendo a los hondos de la miseria. Se vendió el sulky, la máquina de agujerear hierros y los últimos martillos y tenazas del taller de carrocería del padre muerto. Con esto se pudo tirar un tiempo más, hasta que volvió a asomar esa mujer alta, flaca, huesuda y buscona que se llama doña Miseria.

Un día no amaneció en la casita ni la moneda de veinte para los huesos y la harinita morena de segunda. ¡Ni un cinquito!

Era un día frío, nublado y torvo de invierno.

Golpearon a la desvencijada puerta de calle. Salgo a ver y cuasi disparo al encontrarme a un catarato que quería hablar con mi madre. Salió la pobre y se enfrentó al milico.

—De parte del señor Comisario, que dentro de una hora pasará por aquí para hablar con todos los dueños de casa. ¡Adiós! —Hizo la venia el del machete, se fue y quedamos todos muy pensativos.

Vistió la pobre sus mejores ropas y nos empaquetó a todos los muchachitos. Yo barrí la vereda de tierra después de regarla y hasta tiré unos baldazos de agua a la calle polvorienta. ¡Iba a venir el señor Comisario!

Al rato salimos todos a la calle. El vecindario, ya avisado, comentaba a viva voz qué tendría que ordenar el jefe de la seccional. Se hacían las más encontradas suposiciones.

Apareció la temida autoridad al principio de la calle. Avanzó al vistoso paso de su caballo y habló en voz alta al primer grupo de vecinos. Luego del discurso, picó espuelas y con su brioso al galope atravesado, se acercó a otro conjunto de vecinos y, por los ademanes y voces altisonantes que apenas acapizábamos, se notaba que dirigía la palabra al pueblo sobre algo de mucho bulto. Su inquieto caballo, acuciado por dorados espolines, se movía fogoso y amenazaba pisotear a la gente. Algunos vecinos retrocedían y otros apenas avanzaban, al compás de los desplazamientos del bruto.

Por fin el señor Comisario llegó hasta donde, con el corazón tun-tun, estaba mi madre y otras vecinas con infinidad de mocosos. Recuerdo a dos respetables viejones con tamaño coto saliéndoseles de la camisa.

Rayó su gran caballo obscuro, mantenido a pesebreras oficiales y, adoptando una actitud de alto rumbo, dijo con voz que llegaba a los corazones:

—¡Es llegada la ocasión que los vecinos de esta calle se acuerden de rendir culto

a los héroes que nos dieron patria! ¡Obligación y honra de todo argentino es festejar las fechas gloriosas del 25 de Mayo y 9 de Julio! ¡Solamente los bárbaros anarquistas y otros disolventes, niegan a nuestro glorioso pabellón! ¡Yo quiero y mando que nos agrupemos todos alrededor de la enseña que Belgrano nos legó! ¡Porque, desde el fondo inmortal de la historia, el clarín de la patria resuena! ¡Hem!... Pasado mañana, 9 de julio, quiero ver en todas las puertas de la calle La Plata a la bandera azul y blanca. ¿Han oído?

—Sí, señor Comisario —contestaron treinta voces dispares.

Volvió a picar espuelas el señor uniformado y de espada. Dio un espectacular salto su bien cuidado caballo y quedó la «desparramadera» de respetables vecinos. El señor Comisario dirigía ya, con grandes ademanes y tonantes voces, la proclama a otro grupo de moradores de calle arriba. Su caballo, cada vez más encabritado, mantenía en movimiento a los obligados oyentes.

¿Bandera? En nuestro feliz tiempo de abundancia teníamos una grande azul y blanca y la vistosa tricolor italiana, pero la intrusa señora Miseria nos hizo arriar banderas. Sí; fueron arriadas sin proclamas ni caballazos. Silenciosamente y por vía de tijera y aguja sirvieron —¡perdonen, señores patriotas— para camisas... ¡Qué le vamos a hacer!

¿Bandera? Se pidió a los vecinos, pero nadie tenía una de repuesto para prestar.

8 de julio y sin bandera, ni plata con qué comprarla, pero ni siquiera un veinte para los huesos y la harinita.

A media tarde se oyeron tres golpes en la puerta de calle. De nuevo era el milico.

—Manda avisar el señor Comisario, de parte de la Central, que el vecino que no coloque bandera al frente de su casa, ¡se hará pasible de la multa de 25 pesos! —Y se fue el catarato a llamar a otras puertas para anunciarles la buena nueva.

(Señor Comisario —pudo haberle gritado el Espíritu de la Patria—, ¿sabe usted que la mortalidad infantil, el bocio, la peste, la sífilis y otros azotes de la insalubre ignorancia y pobreza martirizan y diezman la población? Claro que el señor Comisario no lo sabía y que el Espíritu de la Patria, ¡tampoco!)

—¿De dónde sacaremos bandera, mamá?

—Ya veremos, hijo. ¡De peores hemos salido!

Avanzó la negra noche, fría, hostil, con nubarrones de llovizna invernal, azotadora de pobres y desvalidos.

Medianoche. Mi madre seguía cavilando, mientras mis hermanitos menores dormían. De pronto me dijo la luchadora:

—Vaya a dormir, hijito, que Dios dispondrá.

Me eché a la cuja bajo cobijas y trapos sueltos.

Al otro día, muy de mañanita, me despierta mi madre:

—Hijito, vaya al cañaveral del Alto de Godoy y tráigase una caña gruesa y larga.

—¿Y la bandera?

—Haga lo que le digo. Vaya a traerme esa caña.

Salí a la calle con un cuchillo grande. Vi que sobre desaparejos frontispicios ondeaban banderas. Llegué al Alto y elegí la caña más robusta. La corté y la traje a mi casa. Mi madre me esperaba y, juntos los dos, aseguramos una banderita que la pobre había confeccionado con unos jirones de lienzo, debidamente lavados, y una pollerita azul, desteñida de vieja, del vestidito de mi hermana Zulema.

Con toda alegría y aire de victoria izamos la enseña patria al tope de bizarra caña. La aseguramos sobre el marco desvencijado de la destartalada puertita de calle. Allí la amarramos con herrumbrados alambres de fardos de pasto y allí quedó, firme en el asta y ondeando gloriosamente.

Más tarde, después del yerbeado chirle, salí a la calle. Varios muchachos del barrio tomaban «el solcito» al pie de una larga pared de adobones que daba al costado sur de la calle. Comentaban con aires chocarreros cuál bandera era la mejor. Los hijos de padres acomodados se lucían ante los boquiabiertos proclamando en alta voz el grandor de la bandera que lucían sus casas. Sobre esto las opiniones no solo eran dispares, sino violentamente opuestas y encendidas. Unos por largas, otros por anchas; éstos por la viveza del celeste y otros por el mástil pintado y terminado en lanza y alguno más por los cordones dorados y escarapelas que lucían, la cuestión se avinagraba cada vez más con fermentos detonantes.

—Bueno —intervine yo—; ¿y qué les parece mi bandera?

—¿Ésa? ¡Puh...! —vociferó Enrique, el más ricachón de todos, regordete y bien vestido, señalando ostensiblemente a la banderita que se alzaba sobre la puerta de mi casita—. ¡Ésa es tan solo media bandera!... ¡Y gracias! —Algunos de los pudientes asintieron, otros se llamaron a neutrales, pero los más pobres y rotos me miraron amistosamente.

La discusión crecía y tomaba espirales inflacionarias. Habíase demarcado patente división entre los muchachos de banderas rumbosas y los otros, los de bandera descolorida y pobrecita... De repente, al son de gruesos insultos, sonó una cachetada y ya sonaron diez sopapos y comenzaron a las zancadillas, empujones, gambetas... Se arremolinaban los gallitos y nos vimos envueltos en la sopapeadera, unas veces arriba y, otras, abajo. En un claro del bochinche, aproveché la ocasión de tenerlo a tiro al Enrique, ese que había rebajado a media bandera la que tanto costó lucir sobre mi casa, y le acomodé uno de aguante y le colorí las ñatas, pero de contragolpe recibí un sopapo a lo huaso en la oreja que me hizo arar la tierra... Con el oído zumbando y tapándome la oreja recalentada, me alejé del combate y me puse a mirarlos desde lejito...

Con porfía remiré a mi bandera, y ya sea porque me desorientaba el oído aporreado con más la burla de Enrique, lo cierto es que me parecía algo rara. Era, sí,

la bandera argentina azul y blanca, pero... Y volvía a curiosarla con afanes discriminatorios. Seguía diciéndome que allí había «algo» que... descomponía; pero, ¡era azul y blanca! Sin embargo ...

No bien se hizo la noche, bajamos la bandera. Vi que mi madre se apresuró a descoserla.

—Yo me pelié con un muchacho —le dije, enseñándole la oreja enrojecida— porque dijo que ésta era tan solo media bandera, ¡y gracias!

—Yo no tenía —contestó mi madre, terminando de descoserla— nada más que un pedazo de lienzo y el vestidito azul de tu hermana Zulema, que lo puse al medio, a lo largo. ¿Qué más podía hacer? Y ahora este generito azul vuelve a ser vestidito. —Y le fue dando la anterior forma por vía de aguja y paciencia.

A pesar de mi oreja aporreada y del odio que le guardaba a Enrique, vi que el tal tenía razón. Sí, él, que lucía la más hermosa bandera de la calle La Plata, de una mirada se había percatado de lo que yo no había podido darme cuenta. La pobre banderita de mi madre no ostentaba, como la de él, las dos franjas externas del hermoso color del cielo. Él solo vio dentro del color blanquecino del lienzo una sola franja azul al medio... Pero yo, en mi odio al soberbio ricachón visualizaba a mi pobre enseña patria —media banderita, ¡y gracias!— ondeando graciosamente con la brisa pasajera mientras que la de él, con ser grande y perfecta, caía rígida porque el aire le negaba sus caricias. «¡Pero te costó sangre de narices», me dije en alta voz, mientras me sobaba suavemente mi oreja aporreada.

Esa bandera así labrada será para mí en todos los tiempos, vengan las que vengan y se enoje quien se enoje, ¡la más hermosa de las banderas argentinas! Fue compuesta con trapos de miseria, en noche de desvelo y bajo el temor a la espada tirana!

EL CAZADOR DE CHINCHILLAS

Fui conociendo de a poco a don Lucas, el mentado cazador de chinchillas. Sin saber cómo y atraído por la novedad del asunto, entré en una pesquisa que acabó por conquistarme. Alguien dejó la novedad que había un raro cazador en lo alto de la sierra.

—¿Por qué es raro? —pregunté.

—Porque no caza como los otros cazadores, a bala o con trampa.

—¿Y con qué caza?

—Con un hurón.

—¿Con un hurón? ¿Y cómo?

—¡Ah! Eso no lo sé yo...

Me quedó sobrenadando en la memoria los recursos de este cosechador de los riscales.

¿Se puede cazar chinchillas con hurón? ¿Cómo es posible que yo, que me tengo por un diligente compilador de caudales folklóricos, no lo haya sabido antes? ¡Siempre me quedo dormido!, me recriminaba.

Comencé a tejer la maraña para conocer en su medio al cazador extraordinario.

Ya en tren de averiguaciones hablé con alguien que se dejó decir que, «perdido en la alta montaña, vivía un cazador muy raro que cazaba chinchillas con un animalito amaestrado». Para mejorar noticias me señalaron a una viejita, pariente del cazador. Allá fui a dar.

—Sí —admitió la pobre después de un largo y pensante silencio—; Lucas caza las chinchillas con un hurón que le costó años amaestrar; pero más le costó conseguir que su aliado de cuatro patitas le trajera las chinchillas sin dañarles el cuerito que tanto vale ... —Ahí se plantó la vieja y no quiso dar media palabra más.

Busqué a un viejo que andaba enemistado con el cazador. Le hurgué el asunto, pero no conseguí sacarle algo. Apelé al recurso de hablar pestes del pesquisado.

—Sí; lo conozco al ladeado de don Lucas. ¡Es un vivo atado de mañas y no da puntada sin nudo!

Seguí el machaque hasta conseguir que agregara:

—Sí; tiene un bicho que, en mañas, se le iguala y los dos, que se entienden a las maravillas con musarañas, consiguen pillar a las pobres chinchillas... Si siguen así, ¡no van a dejar ni una sola en esos riscales! Es un viejo caviloso y retorcido del que hay que cuidarse.

Pero otro noticiero me arrimó datos más amistosos. Según él, don Lucas era un hombre que, aunque muy caviloso y apartado, había puesto sus cinco sentidos en pasarle habilidades y recursos, propios del más fino y ahondado cazador, a un hurón.

Tanto había machacado en el entendimiento del animalito que había conseguido sacar provecho de ese azote de los gallineros.

—¿No le parece cosa de admiración y encanto?

—Así es —le contesté.

—Es caso muy señalado —siguió diciendo él— que no solo hay inmedible caudal de paciencia en esa obra. ¡Hay ciencia muy bien encaminada y hay un punto de arte, el más escondido! ... Conozco a los hurones porque tuve un parcito de ellos y los quise amaestrar, pero, ¡eran de cabeza dura! Al fin los maté, aburrido; pero ese don Lucas es de los más finos y de alargados recursos! Es la misma imaginación en los lindes del entendimiento... ¡Uh!

Pasó un año antes que yo pudiera aclarar la verdad en que sobrenadaba aquel haz de noticias trucas, dispersas, opuestas, pero realzadoras de las habilidades de un hombre humilde, soterrado en las más fragosas alturas. Arribé al parecer que don Lucas poseía una gran facultad inventiva, pero también admití que todos los informantes se reservaban un resto de información que tomaba las dereceras del misterio...

Fue en mis vacaciones, en pleno verano, que pude emprender el ansiado viaje a la alta montaña. Llegué en autobús hasta el pueblo más cercano. De allí me interné en el Ande a lomo de mula; pero antes porfié en ciertas averiguaciones.

Pregunté a la señora de un arriero sobre las andanzas de don Lucas. Tomó resuellos para hablar largo y dijo:

—Por ahí andan diciendo y andan hablando que es un viejo idioso que se pierde del poblado por un año para, al fin, aparecerse con un montonazo de cueros de chinchillas que cosecha, angurriente, por esos peñascales malditos... Yo no sé decirle si es derecho o torcido ese tal don Lucas, pero doy crédito a los que andan murmurando que tiene tratos y mantiene relaciones con el mismo Diablo —¡Ave María Purísima!— porque nunca se lo ve por la iglesia...

Quedé más descaminado que antes.

Luego tiré sondas a su marido, el arriero. Éste escupió varias veces, hizo gestos de distanciamiento y, por fin, bajó a decirme:

—¿Ése?... ¡Uh! A mí, que no me vengán con el cuentito del hurón ... —Y bajando el habla y atisbando a los lados, se dejó decir:— Pa mí que es contrabandista... ¡Y de los finos! ¡Nadie quiere caer en la cuenta que está apostado en el camino de Chile!

Un bolichero, al que le alquilé la mula para ir a la casa de don Lucas, me alumbró más el camino. Despaciosamente y con un desganado dejo de misterio, me anotició que el don Lucas había amaestrado, con alabada paciencia y querencioso aliño, a un hurón, primero en su casa y luego en los mismos rodados que cubrían la ladera de un cerro. En esos yermos, en esos páramos, al rayo del sol reverberante en verano y

lanceado por los fríos en invierno, había conseguido que el animalito supiera introducirse entre los resquicios de los peñascos escombrados y se allegara mañosamente hasta el lugar mismo donde se guarecían las codiciadas chinchillas. Aparecía el hurón, se apoderaba de una de ellas con sus fuertes dientes, sujetándola por la nariz y, retrocediendo, no paraba hasta entregársela a su dueño. Luego repetía la hazaña, ¿cuántas veces? No lo sabía, pero sospechaba que el hurón cazador rendía gran provecho. —¿Cómo lo sabe? —le pregunté. —Uh... —me respondió muy seguro—; ese hombre vive muy regalonamente y tiene sus buenos depósitos en los bancos. ¿De dónde saca tanta plata? ¡Lo conozco bien! Es tan avisado como cauteloso... ¡Uh!

Un último informante, un agente de policía de campo, me dio una pintoresca semblanza del sospechado.

—¿Ese viejo? ¡Es un macuco! (engañador) ¡Y de los finos! No solo le halla la vuelta a las pobres chinchillas sin el menor ruidito, sino que sale muy seguro con su gran tesoro de pieles por caminos riesgosos, donde nada cuesta matar a un hombre; pero él se las compone y llega sano y salvo al poblado sin que nadie lo ataque. Ahí está su mayor habilidad.

Ya con este cuadro, dispar pero nutrido y facetado, me aventuré a un riesgoso viaje en mula para tan solo estudiar al mentado cazador. Me llevaba también el deseo de enriquecer mi colección de folklore y de arqueología. Montado en mansa y baqueana mula, tomé el camino de Chile. Tuve la suerte de agregarme a un arreo de vacunos que seguía la misma ruta. Pernoctamos en unos ojos de agua y al otro día, de madrugada, seguimos camino cuesta arriba. Así como al mediodía y en llegando a una senda que se apartaba al norte, me indicó un arriero que la siguiera que, cosa de media hora, llegaría a las viviendas de ese viejo endiablado que... Seguí esa senda y luego de sostenida marcha divisé los techos de sus casas de piedra, en cuanto salí de un portezuelo. Al rato llegaba y batía las palmas.

—¡Dios gracias! —grité atenciosamente. Muy luego salió una señora bien puesta, que me invitó a bajarme. Bajé y pedí noticias del dueño de casa. —Hasta el atardecer no vuelve —me informó. —Señora: tengo una carta para don Lucas y, si no molesto, quisiera quedarme.

—Pase, don y reciba asiento —contestó ella con gentileza, ofreciéndome una cómoda silla. Me senté y observé que sobre un varillón ondeaba una banderita colorada. ¿Era una señal? Al ratito ya saboreaba unos bien cebados mates. Así pasaron unas horas.

—Por allí viene llegando el dueño de casa —me anotició de repente le señora.

Posé mi vista en un hombre que venía lentamente. En la diestra traía a dos chinchillas muertas, pero lo que atrajo fuertemente mis ojos fue distinguir sobre su hombro a una alimaña que pegaba su cabeza a la de don Lucas, quien se regodeaba

con su servidor. Me quedé fascinado por ese cuadro. A pasos muy gobernados se llegaba el habiloso con su ayudante sumiso. Pensé, al examinar al hombre y a la bestezuela, que allí había algo más que un maestro y su discípulo. En aquellos dos seres, ¡tan apartados en la escala evolucionaría!, cabía un entendimiento, un pasarse de ideas, un labrado compromiso que los hermanaba en el asocio ocasional. Se hacía patente una alianza, amasada en la cavilación de los peñascales derrumbados; sobresalía un original entenderse, por medio de señas y miradas. Dentro de la humana dignidad sentí inquietud al ver hermanados al hombre y a la bestia. Recordé aquel asocio sospechoso del quechua con la llama, que causó tanto resquemor a los conquistadores... Sin embargo, recapacité: la alianza don Lucas-hurón era de habilidad e inteligencia bajo el signo de la ganancia mutua; porque es de saberse que el muy pícaro del cazador no daba de comer a su ayudante si éste no le traía una chinchilla. Tal señuelo explicaba el contrato no autenticado. En mi caviloso bucear admitía que no era inmedible la distancia psíquica que separa al hombre de la animalidad inferior; pero me parecía realmente admirable la obra del rústico cazador cerrero, que había logrado pasar su pensamiento al dañino de los gallineros. ¡Cuánta paciencia! ¡Cuántos recursos puestos en juego! Don Lucas era un inventor que en materia creacional no se alejaba del tipo modernísimo del que revoluciona a la industria con sus aportes mecánicos. ¡Este hombre, en otro medio y con muy diferente cultura, hubiera hecho andar una fábrica! Me resultaba dificultoso admitir que un ingeniero germano o anglosajón, abandonado en este páramo azotado por los vientos helados, hubiera llegado a adobar la mentalidad de un hurón para el real beneficio de la industria peletera.

Miré al hombre. Era alto y huesudo. Cara muy afilada con lo moreno del sol y lo curtido de los fríos. Frente estrecha, inclinada. Cejas hirsutas; ojos chicos, acerados. Nariz respingada, mostrando casi verticales las ventanas de la nariz, barbilla huidiza, poblada por algunas cerdas. ¡Diablo! Nunca había visto una cara tan parecida a la del hurón... Llegaba don Lucas. Observé que cuatro ojos se clavaban en mí: los dos hurónicos del cazador y los dos humanos del hurón; cuatro ventanucos acerados, puntudos, horadantes. Esos cuatro ojos eran manejados por una sola idea.

—¿Quién es éste? —preguntaban, inquisidores, al clavarse en mí y penetrarme. Me pareció que mis más íntimos y resguardados pensamientos eran leídos por esos ojillos malignos y sagaces.

Tracé mis planes: me allané a aparecer en sumisión amistosa. Saludé muy cordial al dueño de casa, eché una mirada de cariñosa novedad al hurón y dije al pasar una carta:

—Buenas le dé Dios, don Lucas... En esta carta, que le manda su compadre, verá que vengo a estos campos a recoger tradiciones criollas.

—Uh... Uh...

—Y me he tomado el atrevimiento de venir a visitarlo, don Lucas... Usted dirá si puedo quedarme en su casa honrada dos o tres días. He traído algunas provisiones —agregué, pasándole las alforjas a la dueña de casa.

—¿Y cómo no va a poder quedarse?... Aunque no tengo comodidades.

—Estoy hecho —dije con modales camperos— a quedarme en los despoblados. Yo duermo en mi recado. Soy un campesino.

—Vaya desensillando, no más, don... Y arrímese al fuego para que comamos una merienda.

Desensillé. Puse mi recado bajo el corredor y llevé la mula al corral.

Entramos a una espaciosa cocina ahumada. Sentóse don Lucas en un banco y permitió que el hurón bajara por su rodilla a tierra y ganara un lugar sobre blandos pellones, donde se echó a dormir. Pero observé que no dormía y que no separaba los ojos de su dueño, al tiempo que meladeaba miradas de prevención.

—¡Qué lindo animalito! —dije yo, en vías de congraciarme y sacar noticias.

—Así, no más, es —contestó muy parco don Lucas—. Y ahora cuénteme cómo le ha ido en su camino y qué miras lo traen por estos campos tan encumbrados y ariscos.

«Esto es venir por lana y salir trasquilado», me dije yo. Y tuve que contar a don Lucas todas mis andanzas hasta dar con su paradero. Él me seguía los pasos...

—Uh... Uh... —no más, murmuraba. Terminé mi relación y dije:

—Aquí me tiene, al fin, en su casa honrada. —Uh... Uh...

—¿Sabe, don Lucas, que son muy mentadas sus habilidades de cazador?

—Uh... No les haga caso. ¿Y para cuándo piensa volver al poblado?

—Para dentro de tres días si usted no dispone que sea antes.

Sacó cuentas mentales don Lucas y hasta le oí murmurar algo ininteligible, muy preocupado.

—Quédese cinco días; así lo acompaño a su vuelta. —Así lo haré, don Lucas —repuse muy halagado por la sorpresiva invitación. Aventuré mis averiguaciones—. Usted, ¿es chileno o argentino?

Se clavaron en mí sus acerados ojos...

—Soy de los altos de la sierra.

—¿Cómo hizo para amaestrar al hurón? Son tan salvajones...

—Con paciencia se consigue el cielo. —Miró con intenso cariño a su compañerito de caza. Afinó la voz y los modales y le dijo:— Venga con su tatita... Venga, don Huro... ¡Venga, le digo!

Y el hurón dejó su lecho de lanas, vino al amo, subió a sus rodillas y se echó allí ¡muy regalón! Me dirigió miradas muy expresivas. Luego trepó por el pecho y se acurrucó en el hombro izquierdo de don Lucas y juntó su cabeza puntiaguda con la oreja de su amo. Para mí que le musitaba algo y tuve la inquietud lastimante de creer que se entendían... De nuevo sorprendí cuatro ojos clavados en mí en un preguntar

cauteloso. Cuatro ojillos asociados en un profundo inquirir con toda la cavilosidad de los peñascales escarnecidos. Me pareció ver en la doble actitud a la dura vida en sus resguardos defensivos. Yo era un intruso que ¡quién sabe qué intenciones traería! Y de nuevo me sentí penetrado y en trance de ser descubierto en mis más recónditos pensamientos. Y más cuando observé que el hurón arrimaba su hocico a la puntiaguda oreja de su dueño. Un arañazo alertador me decía que hombre y bestia se entendían. Recordé lo malo que se decía de don Lucas... ¿Tendría tratos con el Diablo? ¿Era de recursos fronterizos? ¿Había realmente algo misterioso y prohibido en sus maquinaciones? Una inquietud nacida de las raíces me alcanzaba. Yo era su huésped y quedaba a su merced en la remotísima noche cordillerana.

—Don Lucas —dije como recurso de allegamiento— ¿puedo servirle en algo en la ciudad?

—En mucho, si ésa es su fina voluntad —me contestó muy humanizado el viejo—. Aquí vivimos como abandonados y una amistad verdadera en la ciudad es de mucho valor. Tal vez me pueda llevar algún bultito al pueblo; despacharme cartas a Buenos Aires y cobrarme alguna cuentita.

«Todas estas palabras —une dije— no son de un campesino del montón. Este hombre es “otra cosa”. Aquí mora una inteligencia ignorada...»

—Todo eso puedo hacerlo con el mayor gusto, don Lucas —le contesté levantando la voz—. Deseo servirlo en todo lo que me sea posible.

—Despuesito hablaremos como buenos aparceros —me contestó con voz muy amiga.

Llegaba la noche. Cenamos y nos entretuvimos al lado del fuego en sostenida charla, pero sin largarme ningún dato. Él tenía el arte de desviar y diluir mis preguntas en algo reidero.

Sin embargo, ya pasada la medianoche y luego de paladear unos vasitos de vino añejo que le llevé de regalo, se allanó a noticiarme que su «animalito» era su gran amigo y que le bastaba hacerle una señita para que fuera a traerle una chinchilla. También sabía «hacer gracias», como ponerse en dos pies, «como la gente» y hasta «hacer unas ocurrencias».

—Mire —me dijo de repente don Lucas—, tan solo para usted haré que don Huro haga unas gracias, que no las ha llegado a merecer mi mejor amigo —me advirtió casi solemne—. ¡Mire si me habrá comprado usted!

Le dije algo a la bestiezueta y la animó pícaramente con gestos y señas y el muy pícaro de don Huro se puso eréctil en dos patitas traseras, y con las delanteras me hizo unas señas bastante maliciosas y, ¡esto llegó a crisparme!, la bestia humanizada ¡me sonrió y con sus vivaces ojillos me hizo tales señas que llegó a las cumbres reservadas al Hombre! ¡El hurón había sobrepasado las fronteras de la animalidad inferior y subía, con el gráfico lenguaje de los gestos y miradas picaras, a introducirse

en los encumbrados resguardos humanos! Temblaba yo al ver estas transgresiones que me maravillaban y me hacían daño. El muy atrevido del hurón quiso seguir sus intrusiones, pero, de repente y con severidad, su amo lo llamó a contenerse. Al rato nos retirábamos todos a dormir.

Mucho me costó entrar al sueño. El hurón se me aparecía tomando las formas del Hombre y cuando yo quería, ya en el entresueño, sublevarme por el atropello, veía al Hombre bajar hasta convertirse en hurón.

Al otro día, muy de mañanita, me despertó el dueño de casa y me invitó al corral donde se veían ovejas y cabras. Tomamos leche tibia y comimos tortilla al rescoldo. Luego se completó el desayuno con mates. Ya alto el sol hizo preparativos don Lucas para ir de cacería y me invitó a acompañarlo, siguiendo el pedido que yo le formulaba con los ojos.

—Vamos —me dijo—, ya que usted quiere ver cómo se las arregla don Huro para darme gusto.

Tomó al animalito, se lo colocó en el hombro y haciendo él de puntero, inició el camino de los riscales. Pronto llegamos a los primeros pedruscos. La marcha se hizo penosa al avanzar por el afilado lomo de los escombros. Era andar a los saltos por los perfiles roqueños. Las agudas aristas de los pedruscos caídos de un impresionante farallón dificultaban el avance. A cada rato debíamos detenernos, so pena de zafarse a las peligrosas hendiduras. Altísimos murallones de piedra maciza se desmoronaban en impresionantes rodados, que se partían en mil pedazos al caer y chocar en el fondo del valle. En los resquicios de tantos escombros hallaban sitio propicio las chinchillas para guarecerse. Era imposible llegar hasta sus mismas moradas y el cazador común debía esperar, fusil en mano, a que asomara alguna de las ariscas. Estos raros animalitos poseen el pelaje del mismo color de los pedruscos y resulta difícilísimo distinguirlas a alguna distancia.

—Por eso —me advirtió— tuve que apelar a la ayuda de don Huro... ¡A veces me pasaba semanas enteras sin moverme detrás de un peñasco, espiando a las chinchillas, para merecer cazar tan solamente una sola! ¡Eso no era vida!

—Así es —le respondía. Movido por su industria, este avezado cazador extendió su brazo por medio del hurón amaestrado con indecible paciencia. La alimaña, alumbrada por el entendimiento humano, llegaba al fondo de las hendiduras, se apoderaba de la pieza y la entregaba al amo. Era la peste negra de las chinchillas.

Avanzamos haciendo equilibrios y, a pesar de mi agilidad, muchas veces tuvo que esperarme don Lucas. Yo miraba aterrorizado los amenazantes huecos entre los peñascos amontonados por los derrumbes. Escapar un pie, resbalar, dar un tropezón, podía significar la quebradura de una pierna o sobrevenir otra desgracia... ¿Cómo salir de aquel escombral con una pierna a la rastra? Esto no lo valoraban los detractores del cazador; mas tampoco él le daba importancia. Iba de camino como por

senda trajinada, rozando espantables abismos.

Una hora más de penosísimo y lento caminar y detenernos en un sitio, el más quebrado y espantoso que pueda imaginarse. A 60 pasos de distancia, don Lucas me hizo señas que me detuviera y me ocultara detrás de un gran peñasco. Él bajó de su hombro al hurón y le señaló un lugar hacia adelante. El animalito caminó un momento por sobre los pedruscos caídos y amontonados. Lo vi bien a su cuerpo elástico, cuya plasticidad quebraba las rigideces del peñascal abatido, hasta que desapareció entre las hendiduras abismales y quebradas. Lo perdí de vista, pero mis ojos e imaginación me lo representaban deslizándose diabólico, porfiado, inexorable, hasta el nidal mismo de la indefensa chinchilla... Saqué mis prismáticos y me hundí en el crispante placer de las contemplaciones de un mundo caído. Frente a mí se alzaba y nos cubría con su cavilosa sombra un farallón que parecía llegar al cielo. Los sucesivos derrumbes le daban las más curiosas y llamativas apariencias. En partes se adelantaban castillos medievales, misteriosos, siniestros en su pétreo faz, con bastiones, torres y atalayas tan avanzadas que ofendían el mirar. En otras habían quedado en increíble atrevimiento vertical, alminares que se alzaban por un capricho de la ley de gravedad. No faltaban los palacios malditos, de la más increíble arquitectura, unos avanzando tanto sobre el vacío que daban vértigos y otros escondiéndose en las oquedades de recientes derrumbamientos. Con el auxilio de los prismáticos, yo me ausentaba a otros mundos en descomposición geológica, lastimado por caprichos fantasmales y arabescos de pesadilla del murallón rocoso en disgregación... Lugar de fantasía lunar, de piedra doliente en su silencio roqueño, realizando un sufrir inhumano por colores vivos unos y apagados otros. Aquella riqueza de formas y cromatismos desconocidos daban a latigazos la impresión del desconcierto, de lo monstruosamente magnífico, pero con sobrepasadas medidas y con potencias ofensivas de fuerzas ocultas. Exaltaba la opresión vistosa de la gran masa vertical el ver los barroquismos laboreados de la piedra, trazados por la maza del escultor más descomunal, y la terrible certeza que de un momento a otro, con horrisono estruendo y estremecimientos de tierra, se producirían espantables derrumbes y lluvia de peñascales. Aquella multitud de congojas asomadas a la piedra vertical, amenazante, tenían vida efímera en el transcurrir de los milenios por obra del socavar pluvial y eólico. Los cinceles del frío y los mazazos del calor martillaban la piedra cavilosa, labraban arquitecturas de mil formas y luego las derrumbaban y volvían a la interminable obra de presentar la novedad de edificios inverosímiles... Allí se admiraba la plástica dura, primitiva, de medida andícola, para hombres de prehistoria. Esos colosales tajos en la piedra me lastimaban en lo hondo de mi ciudadana sensibilidad.

Pequeñísimo detrás de un pedrusco, yo trataba de acomodar mi espíritu a aquel paisaje escombrado, geológico... Sentía los fuertes mordiscos de la fuerza mineral,

hostil, grandiosa. Cuchilladas de otro sentir me temblaban en las carnes. El resollido de tanta piedra vencida clamaba bajo el reverbero del sol indio. Las altísimas murallas, en trance de caer y aplastarnos, aguantarían aún siglos de verticalidad amenazada, agrietada, hasta que al fin cederían y se abatirían sobre el lecho de peñascales. Todo ese mundo de piedra en lucha, levantaba remolinos desconcertantes en mí... Pero sobresalía como esfuerzo paciente y dominante, la prueba del luchar humano con el signo de la superioridad, todo en la figura cenceña de don Lucas. Él representaba al Sombre que domestica a la bestia, que usufructúa los escómbrales del páramo, que ennoblece con los signos del espíritu a la materia ciega, aunque vaya detrás del lucro. Don Lucas empuñaba la luz del Hombre en aquella noche geológica.

Pasaban horas y horas en las pruebas de la paciencia serrana. Cansado, lastimado por mundos disformes, consideraba lo muy poco que podía ver del mentado arte de cazar del hurón. A distancia, guardando celado silencio y escondiéndome por recomendación, solo podía echar furtivas miradas en busca de la bestezuela domesticada. Todo era paisaje ofensivo para mí... Al fin apareció sobre el lomo filoso de un negro pedrusco y haciendo visible esfuerzo por arrastrar, retrocediendo, una chinchilla que gritaba desesperadamente. Apenas pude apreciar esta escena. Don Lucas se precipitó al encuentro de su servidor, le arrebató la pieza y no vi más porque el cazador me daba las espaldas.

Me sentía burlado. No podía yo descubrir las habilidades del hurón por no haber visto nada. ¡Y pensar que yo me prometía hacerme lenguas ante los tradicionalistas sobre esta habilidad que para mí caía dentro del folklore laboral! Levanté la vista al cielo y solo vi un gran cóndor que trazaba círculos en el azul. Algún pajarillo descolorido coronaba algún pedrusco. Todo trascendía a lastimante soledad, a sobresalidas medidas, a reventones geológicos...

Me allegué a don Lucas. Alcancé a ver cuando retiraba un alambre de fino acero del cuerpo de la chinchilla: le había traspasado el corazón sin estropear el valiosísimo cuero. El animalito se agitó en los estertores agónicos y fue entrando a la muerte. Con gran aparato, don Lucas me mostró la chinchilla.

—¿Ha visto? ¡Ya sabe cómo cazo con ayudas!

¡Y ahora, vamonos!

Comprendí que el cazador quería alejarme de allí. ¡Ya había «visto» demasiado! Desencantado, di vuelta y comencé a caminar cuesta abajo. Murmurando iba contra el don Lucas. Muy pronto me alcanzó y pasó adelante.

—Apurémonos —me dijo— que está listo el almuerzo y en estas alturas baja el hambre con más ganas.

Quería serme agradable, pero yo iba empacado.

Malició el cazador mi cavilar y me dijo:

—Yo, la verdad es que nunca he visto cómo se las arregla don Huro para cazar.

Lo cierto es que se me aparece con una chinchilla cuando vuelve del mandado, aunque a veces no caza ni medio... Una vez me lo corrió un zorro culpeo: apuradazo me lo tuvo; yo lo defendí a tiros.

Lo cierto es que don Lucas no dejaba jamás a su Winchester.

El cazador con su hurón al hombro, caminaba seguro y despacioso sobre los pedruscos caídos. La alimaña conquistada, vuelta con la cara hacia atrás, me espiaba con sus dos brasas busconas. Sospeché que le pasaba datos sobre mí a su dueño.

¡Dos horas de fatigoso caminar! ¡Dos horas de escapar a tremendas resbaladas! Por fin salimos al portezuelo y dejamos al valle escombrado de muerte de la piedra. Al rato llegábamos a las casas. Salió a nuestro encuentro el hijo mayor, que se hizo cargo de la chinchilla. En un momento la cuereó sin hacerle un rasguño a la piel, le echó un desinfectante por la parte interna, ya dada vuelta al exterior, y con cuatro estaquitas la extendió sobre una tabla. Allí se secaría en forma comercial.

Almorzamos. Don Lucas estaba muy decididor. Alababa mi baquía para caminar sobre los peñascos de filosos bordes.

—No es de creer —ponderaba— lo liviano y habiloso para caminar sobre el peñascal amontonado. No he visto a ningún pueblero que se atreva a hacer eso.

Comprendí que quería aturullarme con palabrerío hueco y quitarme toda ocasión de pedirle informes importantes sobre su método de caza. Bastante empacado, guardé silencio, pero él supo romper mi hurañez. Llamó a don Huro y lo hizo erguirse sobre sus patitas traseras y con las delanteras y guiños y visajes me hizo «picardías», que para mí traspasaban las fronteras de la animalidad. Me reí, pero me quedó espina en el alma. Allí había «algo» que me abismaba.

Muy tarde de la noche nos acostamos todos, pero antes me previno don Lucas que ¡por nada del mundo! tratara de salir de noche de mi pieza.

—Si le ocurriera algo —me aclaró— llámeme y yo le proporcionaré lo que necesite.

Bastante intrigado, tardé en dormirme. El silencio resollante de las hurañas alturas, de los ariscos y cavilosos peñascales, nos envolvía.

Al otro día don Lucas no fue de caza. Se dedicó a preparar, asistido por toda su familia, a unos misteriosos paquetes y bultos, pero nada en limpio pude trasegar. Me dediqué a andar curioseando por aquí y por allá, cerca de las casas. De repente reparé en algo interesante: había un solo perro en las casas.

Yo había oído ladrar a muchos de noche. ¿Dónde los escondía?, me preguntaba. Pero algo realmente curioso me absorbió. ¿Cómo no había reparado antes?

La vivienda de don Lucas y su familia constaba, en realidad, de tres casitas independientes, separadas. Cada una era de tres piezas, comunicadas entre sí mediante puertas interiores, pero con una sola puerta al exterior, ubicada en la pieza del medio. En las tres casitas ¡no había un solo ventanuco! ¡Aquello era un fortín

disimulado, incómodo para vivir pero con la suma de la estrategia defensiva! Con razón había notado en la pieza en que dormía un ambiente realmente pesado, aparte de ser obscura. Lo curioso era la disposición de las tres construcciones que, siendo independientes, formaban un triángulo perfecto con base al norte y un ángulo abierto, de entrada, al sur, por donde debían forzosamente entrar los de fuera. Estudié con espíritu crítico aquella disposición realmente admirable para la defensa. Finalmente vi que, paralelamente a cada construcción, tanto por el interior o patio como por el exterior, corrían fuertes alambres a flor de tierra, asegurados en sus extremos a barretas de hierro.

A la hora de la merienda, haciéndome el distraído, pregunté a don Lucas si no tenía temor de vivir con su familia en tan desamparado lugar.

—Peor es tener miedo al peligro. Encaro de frente a los enemigos y les quito las ganas...

—Yo creo —le contesté con sorna— que usted lo encara por los costados.

Y le relaté mis observaciones sobre el emplazamiento de las tres construcciones. El cazador movía la cabeza sin dar su parecer. Por fin dijo:

—Si a mí me atacan, pongamos por caso, tres forajidos con armas, tienen que entrar forzosamente por el sur al patio abierto y sin reparos. Como las tres casitas no tienen ventanas y sí solamente una puerta maciza que dan al mismo lugar, los asaltantes estarían expuestos a los tiros cruzados que les hagamos desde dentro. Llevan las de perder. ¿Logró descubrir otra «cosita» por ahí?

—Unos alambres que corren por dentro y fuera, a la par de cada construcción.

—Robustiano —llamó a su hijo mayor—, anda y tráete las perras. Ya va siendo la hora.

—¿Perras? Yo solo he visto a un perro.

—Una vez, en Chile, un habiloso ladrón conquistó a los perros más feroces que guardaban un palacio ¡con una perra en celo!

—¡Ahora caigo!

—Mire y vea lo que hace mi hijo mayor.

Y vi que Robustiano ataba una perra con una pequeña cadena a uno de los tendidos alambres. La feroz guardiana cubría holgadamente un lado del triángulo interior, sin peligro de enredar su cadena con la de la otra, que ató en el alambre siguiente. Luego completó la trinchera de feroces defensoras con cinco perras más. Tres por dentro y tres por fuera.

—Está bien tirada la doble línea defensiva —dije admirativamente a don Lucas.

—Seis guardianas velan el sueño de nosotros, aparte de ocho bocas de fuego que están siempre con bala en boca y de doña Cuzca. ¿A qué hora la sacan? —preguntó.

—Ya viene —contestó la señora. Y, en efecto, apareció una perrita insignificante. Fea y lanuda. Quise acariciarla, pero me rechazó violentamente.

—¡No me le haga nunca ningún cariño a ningún perro en mi casa! Ni comida, por rica que sea, le recibirán. Haga la prueba —me alentó, alcanzándome un pedazo de carne asada.

Ofrecí a la perrita la carne apetitosa y a pesar que la olfateó, le hizo un manifiesto desprecio y trató de encararme a mordiscos.

—¿Comprende? Si alguien quiere conquistarlos o envenenarlos con comidas ¡pierde el tiempo! Toma, doña Cuzca —le dijo a la perrita, ofreciéndole el mismo trozo de asado, que se apresuró a comerlo vorazmente—. Pasa todo el día encerrada en un pozo oscuro en el corral de las ovejas. Así la obligo a dormir de día y a velar de noche: es la avisadora y animadora de los otros. Ninguna de mis perras ve nunca gente extraña; quedan encerradas todo el día en un corralito de paredes altas.

—Hasta aquí van siete perras que le cuento —le dije—. ¿Hay más?

—¿No se fijó anoche que una perra duerme con nosotros? Hay una en cada casita. Si fuera necesario que ataquen a alguien, las largamos. Las atadas a los alambres solo pueden morder a los que se ponen a sus alcances. Estas otras tres, al quedar sueltas, dominan todo el campo.

—¿Hay más perros? —pregunté.

—El macho que sirve de padre. También es bravo. Anda siempre suelto y es el único que ven los forasteros. Se hace amigo de todos. Sirve para engañar...

—¡La Diabla! No se le escapa ni una, don Lucas...

—Siquiera fuera cierto eso. ¡Siempre queda un lado flaco! Si usted lo ve, dígamelo, por favor. En estas tremendas soledades y con lo rico que me creen, ¡toda precaución es poca!

—¿No le sale muy caro mantener a tanto perro?

¡Son once! —Con las mismas chinchillas... Además cazamos vizcachas y guanacos.

—Y, dígame, don Lucas: ¿si realmente un viajero necesitara llegar a esta casa de noche?

—¡No lo recibiría! Yo no puedo entregar la vida de todos nosotros a un fulano desconocido que puede ser la cabeza de una banda de forajidos.

—¿Y si estuviera realmente enfermo y necesitado de ayuda?

—Que espere a que llegue el día y entonces lo atenderemos. Nada se le negará. Aquí llega gente y se la recibe y atiende, siempre que sea a la luz del sol. Ni después ni antes que lleguen porque...

—¿Por qué, don Lucas?

—Bueno, ¡porque «no pueden» venir...! ¡«Algo» les saldrá al camino!

Esto lo dijo con temblor en la voz y cortándose en seco. Me miró fieramente, llamándome al orden en mi preguntar imprudente. Yo acepté que el hombre tenía razón. En tan lejana serranía, en esas fragosidades impera la ley primitiva del vivir en

guerra contra todos. Cualquier flaqueza puede significar la propia destrucción. Si se pusieran en movimiento los huesos de los asesinados en el camino de Chile, se vería una blanca caravana en marcha. Hay crímenes antiguos y recientes de los que jamás tuvo ni tendrá conocimiento la justicia, a pesar del ostentoso aparato policial. Don Lucas, librado a su propia defensa y poseedor de un gran capital en pieles finas, vivía entre el cuchillo y la bala. ¡Y él bien lo sabía!

Necesité salir afuera un momento. Tuvieron que acompañarme para mantener alejadas a las feroces guardianas. Jamás olvidaré la rabia canina, el odio concentrado y la porfía por mordirme de que hicieron gala aquellas perras. Sentí pánico y me abracé a don Lucas que se reía por lo bajo, muy satisfecho. Me quedó por días y semanas la visión patente de aquellos colmillos desgarrantes y sus ladridos siguieron atormentándome como pesadillas. Volví temblando a mi cuarto y me gané a la cama como salvado de las fieras.

Todos se retiraron a dormir. Ya hacía mucho que Robustiano y su hermanito menor se habían ganado a «su casita». Lo mismo había hecho a la suya el hermano de don Lucas.

Los calofríos provocados por las perras guardianas me desvelaban. Para tratar de distraerme me puse a contar las personas que esa noche dormíamos en las tres casitas. Éramos siete, con cinco Winchesters cargados, pero además se contaban otras armas largas y cortas. Ya en los lindes del sueño, me pregunté si realmente éramos siete... Sí: don Lucas, su señora, su hijo mayor Robustiano, su hija del medio y el hijo menor, además del hermano y yo. El hermano, sí, que era el hombre más silencioso y huraño que yo hubiera visto en mi vida. Era realmente inconquistable y esto es, precisamente, lo que más apreciaba don Lucas, ¡siempre en guardia contra una falla en sus defensas! Ya casi en el sueño, se me apareció don Huro. Lo veía levantarse en las dos patitas traseras y agitar «sus manos» como si se ganara, contra todas las leyes biológicas, a la dignidad del Hombre. Yo lo rechazaba a portazos, pero él se escurría y me mostraba sus picaras actitudes humanas. En esta lucha, ya en el entresueño, se me desbarataron más las cuentas porque lo «vi» al hermano de don Lucas ¡que era más hurón que don Huro!...

Bien temprano me despertó el cazador. Me invitó al corral a tomar leche tibia. En realidad salí de mi cuarto como escapado de una barraca maloliente: olía a cueros. Salí y respiré ansiosamente el aire libre de la fresca mañana. Ya se habían llevado las perras, que estaban aseguradas en su encierro y la perrita en el pozo con tapa arriba para tenerla en obscuridad. Únicamente vi al perro que andaba a su gusto por ahí. A ése lo podían conquistar. Era el engaño más fino que entraba en los planes...

—¿No hay por aquí otra trampita contra los salteadores?

—Usted mismo la puede descubrir si es que hay alguna... Tal vez haya... Mire...
Vea...

—Yo le guardaré el secreto de sus defensas.

—¡Al contrario! Es de mi conveniencia que las proclame por ahí. Me ayudan.

Y con porfía me di a buscar otros recursos defensivos, pero solo descubrí a unas barretas de hierro, semienterradas y muy escondidas entre las piedras. Se me ocurrió que podrían servir para tender alambres a poca altura, de noche. En ellos tropezarían gentes y cabalgaduras. A mediodía me preguntó don Lucas, con aire taimado, si había hecho algún «descubrimiento».

—Unas barretas a poca altura, medio enterradas... ¿Para qué son?

—A veces se hace preciso atar las mulas de los forasteros que llegan —dijo como al descuido.

—A otro perro... —me susurré por lo bajo—. Esta trampa no le conviene que se sepa.

Se me ocurrió aventurar una tonta mentira con miras de sonsacarlo.

—He visto algo nuevo por ahí. Es una cosa de brillo... —dije sin ton ni son. ¡Di en el clavo! Don Lucas levantó la cabeza y me miró con profunda prevención. Contestó algo que me dejó pasmado.

—Hay gente atacante que no teme a los vivos, ¡pero que tiembla ante las apariencias! —Se interrumpió en seco, arrepentido de haber largado prenda.

¡Diablo! Yo había provocado un tiro al aire. La cuestión era hallar el significado. Me perdía en un mar de deducciones. Él tampoco estaba seguro que yo pisara tierra firme. Nos quedamos intrigadísimos, expectantes...

Al terminar el almuerzo, el cazador me presentó muy cumplidamente a doña Hura.

—¡Cómo! —reaccioné yo—. ¿Es la señora de...?

—¿Y que no puede tener su dama el pobrecito? ¡Y tienen dos niñitos!... A ver, tráiganme a los huriñitos. —Y la hija trajo delicadamente, uno en cada mano, al parcito de hurones.

Miré a las bestiezuelas. Eran tontas de remate, pero don Lucas sabía despertarlas a la Luz de la diablura humana. Antes que el padre muriera ya se procuraba suplentes. ¡Ah, viejo prevenido!

Aquello de las apariciones seguía martillándome el cerebro. Sospechaba estar ante el más hábil recurso de don Lucas, mas no le hallaba el hilo... Dos palabras llaves comenzaron a sobrenadar en este choque impensado y eran: «brillar» y «apariencias». Apelé a los más recónditos recursos del folklorista en trance de descubrimientos para arribar a alguna conclusión. A las cansadas, cuando ya la cabeza me daba vueltas, creí a medias hallar el hilo de la madeja. ¿Qué es lo que al brillar es una apariencia? Para hacer luz en este enigma se hace necesario salir de noche a verificar. ¿Cómo hacerlo aquí con esas perras guardianas? Y yo porfiaba en repetir tontamente: «Brillan las apariencias»...

—¡Arriba el pueblero! —me gritó don Lucas, despertándome—. Hoy es el último día de campo.

Me levanté con la idea fija de descubrir el embrollo que me desvelaba. Ya puestas en lugar seguro las perras, salí a caminar por los alrededores. ¡Mucho anduve en incansable pesquisar! ¡Nada pude descubrir! Me figuré estar trabado en lucha de inteligencias con el avezado cazador y me humillaba que ese viejo primitivo, aindiado, me venciera. Vuelto a las casas, noté que todos apresuraban los aprestos para la partida. Muchos bultos acondicionados en cargas, se agrupaban en el patio. Forrados en arpilleras y carpas no dejaban ver el contenido.

Don Lucas le pasaba el habla al impenetrable de su hermano. Lo dejaba al cuidado de las casas mientras durara la ausencia de los demás. Le machacaba con porfías mil encargos de prudencia y de reservas. Le adelantaba prevenciones de contingencias imprevistas y el muy huraño solo movía la cabeza sin soltar palabra. Para mí, que se estaba volviendo piedra.

En estos aprestos llegó el anochecer y, a una orden, desaparecieron del patio todos los bultos y se ocultaron, en iguales proporciones, en las tres casitas. Todo quedó limpio.

Antes de cerrar la noche me pidió don Lucas que me ganara a mi cuarto. Oí que ataban las perras guardianas de dentro y de fuera de las casas. Tanto él como la señora y la hija me aturullaban con atenciones para distraer mis investigaciones. Cenamos temprano y de inmediato el hijo mayor y el hermano fuéronse prestamente cada uno a su casita. Don Lucas atrancó cuidadosamente la maciza puerta, después de echarle llave. Quedamos todos encerrados como en un fortín. Él mismo comprobó que mi wíchester andaba «al pelo». Lo colocó al lado de mi cama y me advirtió que si ¡me gritaba de noche era «porque algo sucedía».

Todos nos acostamos con la prevención que nos levantaríamos de madrugada. Don Lucas, su esposa y su hija seguramente dormirían cuando yo me desvelaba. Un penetrante olor a cueros con desinfectante me daba asco, pero el fantasear me llevaba sin descanso. Percibía claramente los manoseos del fuerte viento cordillerano en los techos y muros. Parecía lamerlo todo con quejidos errantes. Mensajes doloridos eran de la piedra infinita. El viento mañero, rezongón, traía la palabra de los peñascales en pena; era el chasque del fenecido Incario con deletreos del quipo y las pictografías indescifrables y hasta llegué a sospechar, ya en los lindes del sueño, que le traían mensajes a don Lucas, amauta redivivo y vigía de los Incas andícolas.

—Quién sabe —alcancé a decirme— lo que el Hombre y el Ande acuerdan en la quietud de la piedra... Y piedra se iba volviendo todo porque lo veía caminar espectralmente al cazador por un camino rectísimo —el camino del Inca—, hasta que sus movimientos acompasados se aquietaron más y más y acabó por convertirse en piedra vertical al lado del camino.

—¡Arriba todo el mundo! —gritó ásperamente Don Lucas. Encendieron lámparas y comenzó el ajeteo. Me levanté y vi que en las otras casitas ya había febril movimiento. Cada uno ocupaba su puesto con disciplina tiránica. Se trajeron ocho mulas del corral, seis silleras y dos cargueras y prontamente se ensillaron las primeras y se atalajaron las últimas.

Todavía era obscuro. Tomé unos tragos de café, pero yo quería apartarme al campo para verificar eso del brillar; mas estaban las perras guardianas. Preparadas las mulas, fueron atadas a las varas en espera de la partida. En todas las silleras y aun en la mía iba, a las ancas, un gran bulto muy bien acondicionado. Las dos cargueras, prácticamente se ocultaban dentro de las cargas. Don Lucas revisaba todo tiránicamente. Un solo murmullo de desaprobación se le oía. Ya los claros querían amarillar por el naciente.

—¡Listos! —gritó el dictador. Se apretaron y revisaron las cinchas; se examinaron por última vez las monturas y cargas y él dio el visto bueno final. —¡A montar! — Todos ocuparon sus cabalgaduras. Yo hacía lo que veía hacer.

—¿Lleva su Winchester con bala en boca? —me preguntó imperativamente don Lucas. —¡Con bala en boca!

—¡A no mezquinarlas si llega la ocasión! ¡Adelante! Robustiano es el puntero. Sígalo a cuarenta pasos de distancia y ¡conserva siempre su lugar!

Partió la caravana de seis jinetes con más dos mulas cargueras al cuidado del dueño y dueña de la casa. Yo, segundo en fila india, debía seguir al puntero. Nada más.

Salimos de las casas y ganamos la senda en procura del camino de Chile. Como a doscientos pasos y apenas más allá de los dos peñascos, que como menhires se alzaban a ambos lados del camino, se me ocurrió volver la vista y apareció algo que, entre calofríos, me aclaró el rebuscado misterio. En la cima de los dos pedruscos y al pie de los mismos se veían aún, débilmente, fosforescencias rojizas. Miré aquel «brillar» con la más concentrada atención y observé que si bien la creciente claridad del sol, que aún no aparecía, iba apagando a aquella especie de fuegos fatuos, debían resaltar impresionantemente en la obscuridad de la noche. Al mirar a esas «luces malas» en cada uno de los centinelas de piedra, me di cuenta cabal del formidable sistema defensivo del cazador de chinchillas. Esas fosforescencias o brillos, conseguidos con el ardid del fósforo comercial, les salían al encuentro a los salteadores y lograban, con las temidas fuerzas jaqueantes del misterio, doblegar a los más atrevidos y audaces. Todos los que estudiamos folklore en estas tierras sabemos del poder terrible, del hálito lastimante del espanto agazapado que tienen las «apariciones», asomadas a este mundo con las garras y aullidos del temido más allá. No hay nativo, por valiente y arrojado que sea, que pueda resistir a estas pruebas. Los cuchilleros más avezados en el crimen, se sienten lamidos por invencible pánico ante

«la luz mala», una de las formas más trasminantes de las «apariciones». Don Lucas, conoedor a carta cabal de los hombres de esta tierra, tiraba seguras cuentas.

Asomó el sol por el portezuelo en momentos que llegábamos al camino de Chile. Al torcer al oriente pude ver bien la fija india de que formaba parte. Puntero el hijo mayor, le seguía yo a cuarenta pasos; a igual distancia de mí, la hija; luego don Lucas, a quien le seguía su señora y, finalmente y cerrando la caravana, el hijo menor. Todos separados por igual distancia y, absolutamente todos, con su Winchester a la derecha: la culata sobre el cabezal de la montura.

En una ocasión se me ocurrió ingenuamente detener mi mula para hablar con don Lucas, que venía a 80 pasos atrás. Observé que paraba toda la caravana, conservando celosamente la distancia, mientras que don Lucas me ordenaba con imperio: —¡Siga! ¡Siga!

Cada tanto nos gritaba el cazador que había que «entrar con sol al poblado». Con esto nos apuraba y mantenía la velocidad de la marcha. A eso del mediodía cada uno comió, siempre en su cabalgadura, su ración preparada de quesillo de cabra, higos pasas y trigo tostado.

Pero yo marchaba tocado por dos ideas dominantes: las fosforescencias en misión guardiana y la facuidad que ofrecía este camino quebrado, propio de la sierra fragosa, para que un tirador apostado detrás de un peñasco diezmara a nuestra corta caravana... La fina sagacidad del cazador se me hizo luz en el cerebro. ¿Cómo dificultar al máximo un ataque para apoderarse de tan rica carga de pieles? Pues, yendo todos armados y conservando una distancia calculada entre uno y otro jinete. No cabían más recursos defensivos... ¿No? ¡Hum!... Cuando nos aproximábamos a algún pedrusco que dominaba el camino, se me encogía el corazón pensando que yo pudiera ser muerto por un tirador inatacable que, de mampuesto, nos hiciera disparos. Y ahora se me hacía patente otro recurso estratégico de don Lucas. ¡Me aprovechaba al máximo sin yo saberlo! Mi visita precipitó este viaje con cargas al poblado. Yo era un pueblero importante. Un profesor conocido, vinculado a gente de arrastre. Matarme a mí era algo muy diferente que asesinar a un desconocido campesino de la sierra. ¡Ah, cazador de ocasiones! ¡Me sentí manejado y tuve oleadas de rebeldía! ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Tenía cara de idiota yo?

A mediodía salíamos de los primeros contrafuertes de la Real Cordillera de los Andes y entrábamos a los grandes acarreos, siempre bordeando al río. Ahora se dominaba con la vista una mayor extensión y el ataque era más difícil; pero don Lucas era el mismo avezado vigía. Por medio de silbidos nos manejaba a todos, de tal manera que la caravana maniobraba según sus cálculos. Llegando a una gran explanada donde no había peligro, permitió a todos que bajaran de las bestias, que fue aprovechado para las necesidades de cada uno. Luego un silbido ordenó montar y proseguir la marcha.

A eso de las cinco de la tarde entrábamos a los primeros callejones del poblado. La consigna era llegar con sol. Siempre conservando la fila india, pero con distancias muy acortadas llegamos hasta el primer puesto de policía. Ya habíamos ocultado las armas entre las cargas. Rápido y seguro echó pie a tierra don Lucas, habló con el oficial encargado y le obsequió una piel de chinchilla. Despidióse muy atenciosamente con promesa de nuevos regalos. Montó en su mula y seguimos hasta el almacén de Ramos Generales del turco Ahmed. Bajamos todos y en un santiamén fueron descargadas las mulas. Calculé, por el grandor de los bultos, que traíamos más de cien pieles de chinchilla. ¡Una verdadera fortuna! Don Lucas y el turco se encerraron en una habitación a conferenciar. Al rato apareció el cazador contentazo y despejado. Suspiraba de alivio y nos miraba a todos muy alegre y con gran descargo. ¡Se había sacado de encima un polvorín! Supe que atesoraba un impresionante cheque a su orden y bastante dinero en efectivo.

—Ahora —nos dijo alegremente— vamos a regalarnos con refrescos y golosinas—. Entramos al bar adosado al gran almacén a darnos un opíparo banquete, de mal gusto, pero ansiado después de un día de apuros y peligros.

—¿Dónde se aloja usted? —me preguntó el cazador.

—A pocos pasos de aquí. En lo del turco Elias. —¡Miren qué casualidad! Ahí mesmito vamos nosotros. —Y nos fuimos todos para allá. Llegando entregué mi mula alquilada y me recogí a mi pieza. La familia de don Lucas se repartió en dos cuartos bien tenidos. Con promesa que al día siguiente irían de compras y paseos, se alegraron la esposa y los hijos, pero don Lucas quería hacerme unos encargos. Vino a mi pieza.

—Usted me ofreció, como buen criollo, hacer algo por mí. Le traigo este paquetito para usted, pero no lo abra hasta llegar a su casa. Este otro le ruego que me lo mande a Buenos Aires; ya tiene escrita la dirección. Écheme, también, en el correo central estas dos cartas por certificado. —Recibí todo y prometí cumplir sus pedidos.

Pero yo tenía cuentas pendientes con aquel hombre. Me mordía la certeza que me había aprovechado a su servicio y que reservaba una pobre idea de mí. En este lugar neutral yo provoqué una explicación con el taimado y recordé todo lo malo que de él me habían dicho.

—Don Lucas —le dije con brusquedad—, mañana parto a casa. Tal vez no nos veamos más.

—¿Tan mal lo he tratado que ya no quiere volver a verme?

—Yo habría querido saber muchas cosas que usted me ha negado.

Meditó un momento el hombre. Me dijo: —Si llegara un forastero a su casa, hurgándole su vida, averiguándole sus defensas, ¿le entregaría usted las llaves de su vivienda? —Yo no le he pedido ninguna llave. —Entiéndame; si fui descomedido, usted sabrá disculparme. Otra vez lo atenderé mejor.

—Don Lucas —porfié en mi afán de punzarlo y perdiendo completamente los estribos al tomar un rumbo tan impensado como ridículo. Dominado por la idea de reírme de él, apabullándolo en un mundo de abstracciones y retorcimientos filosóficos y como quien tira una piedra a un cristal le pregunté—: ¿Qué es el cine?

—Uh... Una sola vez lo vi. Sombritas vanas que se mueven con cuerdas. Nada queda.

—¿Conoce la radio? —En el patio del hotelucho nos fastidiaba una con su bullicio.

—Voces perdidas yo no las quiero.

—¿Conoce Buenos Aires?

—Ni necesito conocerlo. En todas las ciudades hay tontos que van y tontos que vienen.

—¿Qué es lo que vale según usted?

—El hombre en soledad cuando sabe vencer.

Vi una postura para la valoración del ser humano. Era individualista, pero valoraba solo hechos triunfales contra la Naturaleza hostil.

—¿Qué es lo que le causa admiración a usted?

—La inteligencia de don Huro.

—Ahora sí que se me fue al pozo, don Lucas. En algunas cosas es usted admirable, pero cuando afirma que don Huro es inteligente, ahí fracasa. Esa bestiecita es como los loros: repite lo que ve hacer. —¡Es dura la cabecita de los puebleros! ¡A fuerza de tragarse libros muertos no ven la vida que aletea a su lado! ¡Jamás me vio don Huro meterme entre las rendijas de los peñascos, donde apenas cabe él, a sacar chinchillas por la nariz! Sepa usted que don Huro piensa, medita, razona y sabe cuándo y cómo debe tomar determinaciones. Mil veces he discutido con él y mil veces su razonar me ha encaminado. ¡Don Huro es la conquista más grande del Hombre sobre la Tierra! Usted pasó por su lado y no supo valorarlo. Es que hay burros... —¡El burro y medio es usted! —contesté violentamente al rústico atrevido—. Y ahora, en calma, le voy a probar que don Huro ¡no es inteligente! Llévelo de mi parte este regalo —y le entregué un bombón de chocolate finamente envuelto en papel de plata—. Si ese estúpido lo desenvuelve con delicadeza y después de examinarlo comprende que no debe destruirlo y se las arregla para envolverlo nuevamente y se lo devuelve intacto, entonces habrá demostrado que es inteligente. ¡Pero no lo hará ese sucio bicho!

Don Lucas levantó su vista con mucho enojo; le devolví fieramente la mirada y, por un momento, estuvimos así, crispados. Luego, con superioridad, salí afuera y me fui a caminar por la calle. Volví ya bien de noche.

No volví a ver a don Lucas...

Para el Instituto de Historia de mi Universidad copiaba yo interminables

documentos en la Public Library de Nueva York. Tres meses de continua labor más el ruido de la gran urbe me habían agotado. Próximo a finalizar mis trabajadas vacaciones, apuraba las copias, pero mis pobres ojos ya no me respondían. Muerto de sueño, con la vista fatigada y enferma, seguía penosamente mi labor... De pronto reparé que se sentaba a mi lado una altiva y hermosa dama; de reojo la miré tan insistentemente que perdí la ilación de mi quehacer. Ella, sin reparar en mí, leía, displicente, una hoja escrita. El ambiente cálido del aire acondicionado de la célebre Biblioteca hizo que la molestara el cuello de su riquísimo tapado de pieles de chinchilla. Con sus blanquísimas manos tomó las solapas para echarlas atrás, pero tropezó con un pequeño inconveniente que me precipitó, gustosísimo, a brindarle mi ayuda; mas fui rechazado con altivo gesto aristocrático. Alcancé, sí, a digitar el finísimo pelaje de la suntuosa piel e, instantáneamente, tuve la impresión de verlo de contraluz a don Lucas, el originalísimo cazador de chinchillas... El tremendo choque me hizo musitar palabras sin gobierno.

—Estamos en la Quinta Avenida... ¡En Nueva York!

—Uh... Piedra sobre piedra. Palacios más altos y airosos los tengo yo en mi farallón.

—¡Ahí se alza el famoso Empire State Building! —Más empinados y altísimos son mis castillos y miradores...

—Pero se caen... Se convierten en escombros. En rodados... con chinchillas.

—Estos también caen ... Piedra rodada serán con fierros retorcidos... Los míos son de antes de Cristo. Existieron todas las edades y cambios del Hombre...

—Aquí están los sabios más admirables. Crean maravillas con máquinas increíbles.

—Uh... Quisiera verlos allá, en las soledades de piedra... Se morirían de hambre y de sed.

—Triunfa la televisión... Descomponen el átomo...

—Uh... ¿Le darían alma y entendimiento a don Huro? ¿Serían capaces estos gringos de vivir con sus artificios en el lugar que me da vida y recursos? Llegué aquí acompañando a esta dama que lo hechiza y lo deslumbra y que ni siquiera repara en usted, pobre rata de archivos y bibliotecas. Esas pieles de chinchilla, maravillas del esplendor y la riqueza, las arrebaté a los peñascales de los riscos más espantosos de los Andes, gracias a que supe pasarle artes y recursos ¡y picardías! a don Huro, mi gran amigo y ayudante. El hombre, vuelvo a decirle, vale cuando en soledad es capaz de vencer las ciegas fuerzas contrarias de la Naturaleza... Usted, con aires de burro con anteojos, insultó a don Huro y lo sometió a la muy dura prueba del bombón envuelto en papelito de plata. ¡Y él supo vencer en la trampa de inteligencia! Y ahora, en su nombre y pensamiento, lo pongo a usted en prueba igual. Es ésta: sacarle el riquísimo tapado de pieles de chinchilla a esta aristocrática dama, ya sin él, mirar y

remirar a este bombón, el más maravilloso que pueda usted ver jamás... Después de tanto mirar sin tocar, volver a ponerle delicadamente su riquísimo tapado... Inmediatamente volver a meter las narices en esos documentos apolillados y seguir y seguir copiando como sonso las mentiras de la Historia...

EL ALABANCIOSO

En la Pulpería del Gallo Pelao se reunía lo piorcito del barrio del Infiernillo. Allí se lo pasaban los vagos y mal entretenidos entre nubes de humos y charlas de perdición. Topaban en tal lugar gente del amaraje y de otros carguíos. En perdidas hablas, sin fin ni rumbo se les iban las horas, ya afirmados en el macizo mostrador de adobes o ya apuntalando las paredes, pero ni por esto dejaban de tirar bolazos a todos los rumbos, como quien tira piedras. Bebidos y amanecidos, medio se sostenían en un estar entre dos luces y aunque no perdían al todo el entendimiento, el aguardiente les hacía ver luces perdidas y huyentes. Y parlaban deshilvanados sobre las mil bolas que ruedan por los descaminos del mundo. Carreteros, arrieros, maruchos, gente de boyadas, piones de finca, puesteros criadores de cabras y algunos malos artesanos del fierro y de la madera, dejaban allí sus pocos riales. Y se dejaban estar, renegando contra la famosa papeleta de conchabo que les reclamaban a cada paso los inquisidores decuriones en su afán de avinagrar la vida del pobre criollo. La gran mayoría eran solteros, pero no faltaban los casados que, en vías de perdición, olvidaban a la pobrecita de su mujer y sus hijos!

En un extremo de la pulpería, la destinada al beberaje, sentados en desvencijados y grasientos bancos y frente a tres mesitas, jugaban al naipe los más perdularios. En el monte y la viscambra perdían los más lo que embolsicaban los menos. Avispados eran éstos y de mirada ¡tan caladora! que trasminaban hasta las murallas para descubrir donde se aposentaban los pesos fuertes. Palabras coloradas envueltas en llamas y en el tono más subido se soltaban de cuando en cuando y más de una diestra se corría a la cintura; pero al final se apaciguaban a medias los perdidosos... Más a la esquina y ya en espesa penumbra, como conviene a los cantores finos, tres mocetones de chiripá y de sombrero arrequintadlo, y bastante achispados con el trago, ensayaban, en los lindes de las escondidas hermosuras, los rasguídos y punteos de sus guitarras brujas. El amor, el violento y contenido amor, los ardía en sus abrasadores fuegos. Asomaban a sus apasionados ojos, entrecerrados y fogueadores, la perdición del hombre por la mujer en la conquista a deshora y en callejones oscuros. Y volvían a ensayar la muy escondida forma del punteo al aire, seguido de rasguídos conllevadores, al tiempo que ensamblaban sus voces para florear la tonada más donairosa o la cueca y el gato más florido de las chinganas de renombre. Por fin los mozos guitarreros sacaron a luz el canto estremecedor de la tonada «La pastora», a cuyo aletear se enternecen los hombres y mujeres en vías de pasión.

Apenas nace la aurora se anuncia el alba y el día...

Ha bajado una pastora al pie de la serranía...

Pobrecita la pastora que ha fallecido en los campos...

¡Que Dios la tenga en su gloria por haber sufrido tanto!...

Gritos de guapeza y de amor en vano se levanta, ron como rescoldos en nubazones del criollismo y corrieron los vasos de licor, brindados a los cantores finos.

Pero en la puerta esquinera de la Pulpería del Gallo Pelao, y desbordándose a la vereda, se regodeaban media docena de palanganas. Allí se habían apostado para tirarles cuchufletas a los jinetes mal montados, según y cómo fueran los pingos que jineteaban, porque para burlarse de la gente eran como mandados hacer. Pero lo que más apetecían, y con sed de pasión fogosa, era remirar y soltarles flores del habla a las niñas que por allí pasaban: en eso sí que no perdían el tino y la afición. Entre ellos y con renovados afanes, por ratos se asomaba y por ratos volvía al mostrador, el famoso Hurón que, como siempre, andaba buscando bochinche con el tiento desatado de sus ojotas para que algún desprevenido lo pisara y ¡al tiro! armarle camorra a guantones.

Entre los mirones a la calle estaba Chayanta, el mozo jarillero con fuerte olor a los montes del cerro; el viejón Verdolaga, mudancista de remesuras, serenos y malambos, que todavía y con veterano lucimiento verdegueaba entre la mocedad locona y parrandera; Guandacol, del barrio de los Higuerales, sobador de cueros y tronizador de lazos y cabezales; el Chiñe, del barrio del Zanjón, con su poncho negro listado de blanco, que se iba en hilachas; Posiderio, de la Cañadita Alegre, boyero de raras mentas por su escondida habilidad para agujerear por el fondo a las hojitas de vino y aguardiente, que en carretas y arrias partían a Buenos Aires y, por último, para suma de quebrantos, Polilludo, mozo ya pasadito y arrugado, alto y flaco como varejón, con su nariz grasienta y aflautada, que a cada rato se acomodaba su quepis colorado, dado de baja de la Guardia Nacional. Se señalaba por sus ojos redonditos de ratón quesero y sus abiertas orejas de murciélago, que movía a voluntad con gracia titiritera para risión y desfogue de todos. ¡Si no había más que decirle: —Chey, Polilludo, mové las burreras...—, y el muy tal por cual las movía ligerito, de atrás para adelante, como si espantara moscas! Pero era poco frecuentado por ser garrero fino para pitar, comer y beber de arriba, ya que a todos y a cada rato les caía con pedimentos. Pero lo más pior de todo es que se las componía para aguar toda fiesta por más alegre y entregada que fuera.

Allí, tapando la puerta esquinera de la pulpería, se dejaban estar unos y otros, vaso en mano, unos bebiendo despacito para mejor gustar la ginebra; otros armando cigarritos y alguno sacándole chispas con el eslabón a la piedra para encender el yesquero y volver a prender el pucho de tabaco tarijeño, remojado en el cruce del Desaguadero ...

Chayanta sacó a relucir su preciosa tabaquera chuspa de cogote de choique, bien sobada y con rebordes guarnecidos de seda color de fuego; se demoró en armar el

cigarro de hoja de chala.

—¿Querís humiar? —le preguntó, zalamero. Polilludo, en espera y mención que le pasara tan laboreada prenda para fumar; pero Chayanta, sin mirarlo siquiera, armó su cigarrito, arrolló primorosamente su preciosa tabaquera y cuando se la guardaba en el bolsico, contestó—. ¡Quiero! —y lo dejó con un cuarto de narices al pedigüeño Polilludo que se fue a jeringar a otros.

En eso estaban los de aquí y los de allá, cuando se oyó un vivo taconear por la desapareja vereda. Los más gavilanes estiraron el cogote para afuera y ahí se quedaron ¡chilín campana! y como encandilados. Es que venía en luz de la calle, altiva y donairosa, la Jesusita, flor del barrio del Infiernillo, y flor de la canela, al decir de la mocedad ansiosa... A todos se les iban los ojos en el más goloso remirar y más estiraban los cogotes para más ver, lograr ser mirados. Y llegó la niña agraciada y sin ladear sus ojos, puestos en soñada lejanía y huyentes brillazones, pasó delante de todos como si entre piedras pasara y, segura y rumbosa, siguió calle arriba igual que perdiz entre zorros deslumbrados. De arriba abajo la acariciaban el remirar de los codiciosos, mientras se oían ruidosos e intencionados suspiros y se escapaban contenidos. —¡Quién pudiera!... ¡Adiós, corazón!..., —y otros tiros del apasionamiento criollo. Y más la fogueaban con miradas flecheras, pero ella pasaba y pasaba mientras el vaivén de su larga y ancha pollera, mostraba los armoniosos tobillos al son de su garbosa marcha... Y se desparramaban los desbordes del palabrerío del amor. Quien alababa más esos ojos de un mirar lejano y soñador; quien ese cuello blanco y gentil; quien esos pechitos movedizos y tentadores; quien esa cinturita fina; quien esa cadera redondeada y, por último, ¡esos tobillos! Y todos se atropellaban desgranando flechas del dorado amor, como ramo de flores lanzado con arco de ensoñación.

—¡Véanla tan soberbia y regalona! —le suspiró Chayanta, siguiéndola golosamente con devoradores ojos.

—Y tan tiesita que va y con pasos ¡tan medidos! —le sumó el viejón Verdolaga, acariciando como veterano conocedor el continente de la hermosa.

—¡Sí! —le sumó Guandacol—. ¡Y ella siempre donairosa y en lejanía para ser más remirada!

—¿P'ande irá? —medio inquirió el Hurón, chasqueando la lengua como si probara licor dulce.

Y Posiderio, que se iba detrás de ella con los ojos y el pensamiento, vino a decir:

—¡Y con esas lumbreras por ojos que alegran la mañana como cantitos de pititorra... Ah, malhaya, quién pudiera!...

—Si no hay dos como ella, calle arriba y calle abajo —metió cuchara el Chiñe entre contenidos suspiros y gustoso blanquiar de ojos.

—¿Y esos pechitos que quieren gritar albricias a la mocedad? —volvió a sumarle

Chayanta.

—¿Y esas anquitas que son de: miráme y volvéme a mirar mirando —volvió a la carga el viejón Verdolaga.

—Por los tobillos que por ratitos asoman, se adivina lo demás y no paro hasta las bien trenzadas chapecas que le acarician los dos lados de la nuca —se saboreó Posiderio.

—¡¿De quién están cacareando tanto y con tan burladas ganas?! —les cayó como agua fría Polilludo.

Y luego, con el mayor y el más circense de los desganos, se asomó a la calle y ostensiblemente medio miró a la Jesusita que ya llegaba a la otra esquina, y después de escupir por el diente en señal de asentamiento y con aires de muy aburrido, hizo un gesto de suseñor. Y él, que ni había mirado antes ni tirado flores amorosas como los otros, se empinó en medio de todos, y alzando sus cejas y medio cerrando los ojos, logró atraer la atención de los entusiasmados... Tomó resuellos, compuso el pecho, entornó los redondos ojitos y acabó por subirse a la positura del que va a anunciar novedades de alto vuelo con decires resonantes. Al fin vino a soltar prenda como quien premia las largas esperas. Dijo de a poquito y estirando los labios como si hablara sin ganas: —¡¿Ésa?!... ¡Puh! Se hace la muy santita pa tan solamente levantar polvareda, pero yo que noche a noche le caigo a su cuarto... —Y siguió propasándose, noticiero malicioso, con palabras que eran martillos y campanas y ¡al momento! todas las orejas se ladearon para recoger tan tremendas novedades y luego rumiar huesos tan sabrosos... Verdolaga, el más veterano de todos en lides de esta laya no se pudo aguantar más y se adelantó—. ¡Ah, tigre! —le dijo guaposamente—. Si de medio sonso no tenis más que el airecito que te persigue onde quiera que vayas.

Más se estiraba Polilludo, cimbrando glorias y haciéndose el dormido, mientras recibía palmadas de felicitación por tan resonante triunfo y era requerido por sabrosas intimidades.

—Aquí va este brindis, amigazo —le sumó Guandacol, pasándole un vasito de coñaque—. Si a los que parecen caídos del catre, los alumbrara rara estrella y caminan por un hilo de plata hasta llegar a la misma gloria. ¡Sos de mi flor un gajo!

Y el siempre emponchado Chiñe le acarició la cabeza, al tiempo que le decía:

—Y son estos descuajeringaos los que, por la noche oscura para no asustar, entran a las cuidadas alcobas.

Llovieron otros decires de admiración a tan escondidos recursos de conquistador de mozas del barrio y algún abrazo por haber sabido rendir a tan resguardada y airosa torre. Y el muy consentido de Polilludo, levantándose en el centro de la mocedad alborotada, ya ni hablaba sino que, medio cerrando los ojitos y estirando los labios gustaba, regalón, traguitos de ginebra. Con vivezas repentinas contestaba a las preguntas más intencionadas con un pestañeo convencional y picaros guiños al caso.

Pero Chayanta sufría en las honduras del pecho herido. Se puso jetonazo de rabia y desencanto.

—¿Con que la Jesusita era una?... ¡Ah! —se laceró en sus rigores al recordar que, como a tantos otros, lo había desairado una y otra vez cuando, al pasajero compás de una cueca, le volcara al oído solicitudes de amor... Y se le aparecía la despreciativa como algo muy mansiado y bajo—. ¿Será posible que este despatarrao haya llegado a tanto? —Y volvía a mirar a Polilludo, el último de la carnada del barrio del Infiernillo, quien, en lo más alto de su gloria, se acomodaba y volvía a acomodarse su quepis colorado. ¡Si le daban ganas de atropellarlo con el cuchillo, pero ¿a qué ensuciarse con esa borra?

Y el muy gloriado seguía babosiendo a la Jesusita que había tenido la debilidad y el quiebre de caer a lo hondo ¡y con el peor de todos! —¡Ah, las mujeres!... —se decía, pero al volver a mirar al desastrado y sonso, comenzaron a nacerle a Chayanta como cosquillitas de dudas que se fueron agrandando y... sin despedirse ni dar razones a nadie, se fue. Se fue con la mirada baja y mascando furores y después de dar mil vueltas calle arriba y calle abajo, enderezó para la casa de la madre de Jesusita, y en llegando a la bien cuidada casita de adobones, rodeada por jardines y huertas, entró sin saludar a nadie y menos a ella. Y se dirigió al final del corredor donde la pobre viejita de la madre tomaba su mate con hojitas de yerba mota. Y el mocetón amargado se sentó al lado de la pobre vieja y le rechazó guasamente el mate que ella atenciosamente le pasaba, y con la jeta tan larga y los ronquidos de los amargores le volcó a la admirada madre todo el penar de su pecho y a lo que había llegado la arrastrada de su hija, que andaba de boca en boca entre lo más malo de la Pulpería del Gallo Pelao.

—¡Jesús, por Dios!... —alcanzó a decir la pobre vieja antes de venirle el mal...

Y el sábado siguiente, cuando se juntaban los mismos vagos y mal entretenidos en la pulpería de la perdición, les cayó la Jesusita. Taconeando con furia venía por la vereda, pero en vez de pasar de largo como siempre y con los ojos puestos en un brillante mirar lejano, allí se plantó en todo su ser para encararse con los mirones, y con ojos que echaban chispas quemantes, les buscó la cara de a uno en uno. Su punzante mirar entresacó a Polilludo que se asomó sin saber lo que pasaba. Roja de ira y dando pataditas al suelo, le fue diciendo una y otra vez al gran conquistador de mujeres.

—¿Con que sos vos el que me va a manchar el crédito en el barrio del Infiernillo? ¿Conque sos vos el que entra a mi cuarto por las noches? ¡Gritálo bien fuerte cuándo has merecido, pililo milagriento, verte tan solo a mi lado en la calle y al paso! ¡Mírenlo al patas de loro barranquero! ¡Cogote de gallo pelajiao! ¡Canillas chorriadas de buey herrero! ¡Cara de sopaipilla pasmada! ¡Ojos de urraca descosida! ¡Nariz de higo pasa! ¡Orejas de laucha cieneguera! ¡Tampoco con ese quepis colorado el nido

de pericotes que tenis en la cabeza! ¡Y ya mismo salí a la calle a gritar qué has conseguido de mí! ¡Decílo a gritos y delante de todos, te mando!!!

A las pestañadas y haciendo pucheritos aguantaba la tormenta Polilludo. Se le chingó una escupida por el diente, porque ¡ni saliva le restaba en la boca! Al fin y mirando bajito después de caérsele el quepis colorado y como quien escapa a una cueva y con media y trizada voz, alcanzó a decir:

—¿Ve?... ¡Siyo, todo lo que hi dicho fue lo que soñé la otra noche que dormí sin cabecera!

EL SOLDADO DE CHILE

Don Ceferino Cortez, vecino de Mendoza, casado y con cuatro hijos, vivía de sus trabajos en corta de adobes, o ya levantando una pared, ya trayendo leña en su carro de mulas o cargando arena en las ripieras... Siempre en fatigas para mantener a su mujer y a sus hijos.

Había nacido en Colchagua por el año 60. En su tierra se había criado trabajando en labranzas en los fundos vecinos.

Se allanaba a todos los quehaceres y fatigas. Buen vecino, medianero en los pleitos del barrio, su voz reposada y amiga era norte de las partes en discordia. Conseguía mucho más su mediación componedora y complaciente que la intervención autoritaria del comisario de policía.

¿De dónde le nacía a don Ceferino Cortez ese don mediador, esa paz trascendida? ¡De los terribles sufrimientos soportados en la Guerra del Pacífico! Aquí van algunas de las peripecias que logré apuntar, hace años, cuando al lado del fuego y rodeado por sus hijos y amigos, contaba sus penalidades en trance de dolorosa evocación.

Declarada la guerra por Chile, corrió a enrolarse en las filas patrias. Formó parte de un batallón de infantería que partió para el norte, el disputado territorio de las salitreras. Su memoria, en tanto borrosa, salpicaba de involuntarias lagunas a su relación, pero recordaba bien que se embarcaron en Valparaíso y después de una semana de navegación llegaron al puerto nortino de Antofagasta, —«si la memoria no me falla». Como a los 20 días los volvieron a embarcar para otro puerto «más nortino» y después de unos días de navegación, bajaron a tierra. —Allí estuvimos haciendo ejercicios militares y al término de un mes nos llevaron a un lugar que no recuerdo, y ya fue caminar sin descanso por pampas desoladas, con solazos que nos traspasaban el alma. El rifle, las municiones y el rollo que llevábamos a la espalda, nos pesaban tanto, que algunos abandonaban todo, menos el armamento. Yo y mis compañeros teníamos los pies llagados y más de una vez nos tiramos al suelo, vencidos y sin alientos, pero con la fresquita de la noche, nos juntábamos varios y seguíamos los rastros de nuestro batallón hasta darle alcance donde hacía noche. Después de mil marchas, las más penosas y dolidas, se nos anunció la batalla. Estábamos a media legua de distancia, pero la salvamos volando. Hicimos alto casi frente a los cholos y nuestro capitán nos acordó un respiro y nos previno que íbamos a entrar en combate. ¡Lo que es la mocedad! ¡Nos alegramos todos! ¡Y principió la terrible batalla, señor! Nuestra artillería avanzó con muchos caballos de tiro y les mandó unos «bombazos», pero el enemigo de coyas y cholos nos contestaron con otra de bombazos y nos llovían balas y vi caer a los nuestros y se me calentó el cuerpo y más cuando reventó un polvorazo cerquita. Ya se hizo general la pelea y

recibimos orden de vencer o morir por nuestra bandera. Avanzamos por unos arenales ardidos y salitrosos con los pies llagados y la boca amarga. Habíamos ya vaciado y tirado la caramayola para andar sin impedimentos y cuanto más veíamos caer a los nuestros más se nos subía el coraje a los ojos. Como locos desembocamos en una pampita cubierta de enemigos y los rifles se nos ardían en las manos de puro hacer fuego. Ya apelamos a las bayonetas y allí permitió Dios que nos ensangrentáramos hasta lo imposible. Aquello fue un mar de sangre entre hombres enfurecidos y con el *celebro* empantanado en odios y pólvoras... ¡Qué terrible se vuelve el cristiano en la guerra! El hambre y la sed nos hacían más herejes. Así como a la media tarde entró en sosiego el batallar después de redotarse el enemigo. Entonces hicimos como un alto para juntarse los desperdidos de nuestro batallón, pero de seguida se recibió la orden que había que perseguir a los vencidos celando que no se rehicieran para batallar. Nuestro capitán nos dio voz de mando y, poniéndose a la cabeza, partimos como 25 soldados para el naciente, en seguimiento de un resto de enemigos que se veían a lo lejos. Cansadazos y con hambre y sed, nos dimos en seguirlos, sin advertir que nos metíamos en una cerrilada que nos tapaba toda vista. En la fiebre de avanzar y con la esperanza de encontrar unos ojos de agua, no nos dimos cuenta que se nos venía la noche encima y que nos perdíamos al todo. Y así fue. En lo obscuro, y con eso de tomar uno para un lado y otros para el otro lado en buscas del noticiado manantial, apenas si logramos juntarnos cuatro. Subimos a un alto y con toda precaución y acallando la voz, llamamos a nuestros compañeros, pero nadie apareció. En este trance acordamos el volvernos, pero en lo obscuro de la noche desembocamos en un quebrado peñascal hasta caer en la cuenta que estábamos *bien* perdidos. Juntamos unas leñitas y al reparo de un peñasco nos acogimos a la lumbre de un fueguito para olvidar el hambre y la sed. Allí estábamos los cuatro soldados hablando bajito y haciendo acuerdos para volver en cuanto aclarase el día a nuestro batallón, cuando ¡Dios me libre!, de repente recibimos una granizada de balas. Cayeron mis tres compañeros y yo atiné a refalarme a un costado del peñasco y de allí me fui arrastrando a lo culebrón hasta ganar el fondo de una barranca. Al rato y de lejitos pude distinguir a la lumbre del fuego a una patrulla enemiga que se arrimó a mis compañeros caídos a los que desvalijaron. Recogieron los rifles y balas, pero en balde buscaron agua y comida. ¡Bien se veía que ellos también padecían hambre y sed! Al fin se fueron para el lado de Bolivia. Yo quedé solo y en desamparo, sin poder allegarme a la lumbre por miedo de recibir otra descarga. El terrible frío de la noche me engarrotó, pero permitió Dios que hallara unos manojos de pastos secos y que me cubriera con ellos. Así me halló el día: perdido y castigado por el hambre y la sed. Para aguaitar si había enemigos, atiné a asomarme a unos altitos. ¡Ni un alma se divisaba y solo se oía el lamentarse de un compañero herido! Al rato me le arrimé y fue para ver la más triste desventura: dos compañeros muertos y otro herido, que me

clamaba por todos los Santos que le diera el fin. Me agarré la cabeza a dos manos y me puse a considerar... Al cabo de mucho pensar y sufrir todos los encontrones, me determiné a dar sepultura a los muertos. ¡Con cuchillo, señor, cavé una media fosa y allí los enterré! Recé todos mis rezos encomendando sus almas a Dios, pero lo que me partía el corazón era el compañero herido, por momentos en razón y por momentos en desvarío. Como una campana que golpeará mi seso me clamaba que lo despenara de una vez. De repente me agaché, lo tomé debajo de los brazos y quise alejarme con él de ese lugar tan penoso y maldito, pero no me dieron las fuerzas para andar más de veinte pasos. Allí nos cayimos los dos y yo ya veía visiones de tanta sed. En este penar se me fueron las horas de la mañana, hasta que me dio como una «repentina» y tomé esos campos ¡a perderme!... Caminé y caminé y tarde vine a darme cuenta que me gastaba caminando en vano por los alrededores de mi compañero herido. Es que me tiraba el no abandonarlo y al mismo tiempo el querer alejarme para no matarlo. A eso de la oración me dominé y me allegué a su lado. Ya el pobre herido llegaba a las últimas, pero alcanzó a reconocermé y a clamarme por dos cosas: ¡un traguito de agua y después que lo ultimara! ¡Señor! ¡Señor! ¡Por qué permitiste que yo viviera! Y seguía como a campanazos pidiéndome la muerte para dejar de sufrir y yo a los vaivenes en un sin saber qué hacer... Tanto él como yo tocábamos los lindes de la castigada razón. Pero él, en su martillar por la muerte tenía un punto en qué hacer pie; yo estaba entre que era y no era. Apenas alcanzo a recordar que nos volvió a tapar la noche, él con su clamar por la muerte y yo con la cabeza a dos manos. Ya no sentía ni hambre ni sed y solo me trabajaban dos ideas: «si lo mato o no lo mato». Así se nos pasó la triste noche. Con la fresca del amanecer volvió de su último desmayo el moribundo y fue para clamarme, ya con voz desvanecida, que le diera la pronta muerte. De un repente me levanté, furioso, hecho un tigre y tomé una piedra, una gran piedra y la levanté ¡la levanté todo lo más que pude y para no arrepentirme, cerré los ojos!... Con la cabeza aplastada lo enterré al pobrecito, apenas a una cuarta bajo tierra. ¡Qué! Si ya ni fuerzas tenía para cavar una tumba. Con dos palitos le armé una crucecita, la clavé en tierra y salí como maldecido. Alcanzo a recordar que tomé una senda que yo creía que iba para el lugar de mi ejército, pero era a la contraria. Llegué a una altura y grité, llamando a mis compañeros, pero, ¡ni una señal, ni un humito ni una nada! Bajo un sol quemante caminé y caminé cuanto pude. Al fin caí a un río seco y seguí caminando, caminando... En eso alcanzo a ver entre neblinas a un soldado afirmado en la barranca. Era un enemigo que se reía y me miraba con fijeza. Ya sin importarme ni la vida ni la muerte, me allego a él, le extiendo mano de amigo y le pido por todos los Santos ¡un traguito de agua! Nada. Le paso voz de amistad, voz de cristiano en trance de muerte, pero él seguía tan tieso su reír sin bulla. Más me le allego y le toco el cuerpo y la cara y cae al suelo, tieso como un cartón... Alcanzo a darme cuenta que

está muerto y hecho una momia con esos aires tan secos. Así y todo y ya en los lindes de la vida, le sigo pasando el habla y le cuento las grandes desdichas mías, pero el soldado enemigo, de cara al cielo, me sigue mirando y mirando como si estuviera «más allá», y ya no me comprendiera. Al fin me doy cuenta que es en vano todo lo que estaba haciendo y logro seguir mi camino con pasos trasperdidos y pasando mis palabreos al viento. Sigo caminando y llega la noche y me doy un topetazo en un barranco y caigo a la arena, desmayado de sueño, de hambre, de sed, de ganas de morir... Al otro día amanecí entumido. Para medio calentarme me dispuse, en los entresueños, a caminar y seguir caminando hasta encontrar a la de la guadaña... Qué, si ya mis ojos estaban turbios y la razón no me asistía. Seguí y seguí y de lo único que me acuerdo, entre nubes pardas, es que yo miraba a mis pies que caminaban y caminaban por los pedregales de la sed... Mis piernas se iban solas... No sé más.

«Después, por lo que apenas me acuerdo y me contaron, abrí los ojos y vi a un indio coya inclinado sobre mí y a su lado, unas llamas».

—¡Agua! ¡Agua! —le clamaba yo con todo mi ser.

—¡No dar agua! —me contestaba y me fue dando, muy de a poquito, leche de llama. A cada rato me repetía la racioncita de leche y ya al anochecer me sentí algo repuesto. Por dos días quedó a mi lado, cuidándome el pobre indio coya, mientras sus compañeros seguían viaje con la recua de llamas. Al otro día, ya más repuesto con leche, maíz y charque, pude dar cortas caminatas y, día tercero, seguí a cortos pasos a mi indio salvador. Él me esperaba cada tanto y me animaba a seguirlo. Días y días caminamos hasta llegar a Oruro, donde vivía el indio arriero. En su pobrísima choza acabé de reponerme y no bien tuve fuerzas tomé varios trabajos para medio pagarle a mi salvador lo que hizo por mí. Me hice conocer como entendido en herrería y me llovieron los encargos para arreglar punteras de arados y herramientas de labranza.

«Me conseguí fragua, yunque, martillos, tenazas y pude encarar varios trabajitos de fierro fino y esto me dio calce para embolsicar alguna moneda. En viendo mi habilidad me pedían que me quedara en Oruro, pero me tiraba a estar donde hubieran cristianos más adelantados. Supe que nuestro ejército había entrado en Lima, pero yo no tenía medios para llegar hasta allá. Pasó un año y pasaron dos y supimos que se habían firmado las paces».

«Yo podía volver a Chile, pero temía que pudieran creerme desertor y eso me contenía».

«Acordé acercarme a mi tierra: estar siquiera frente a ella. Me junté con unos arrieros que iban a Salta y con mucha pena dejé a mi indio salvador, después de corresponderé como cristiano agradecido. ¡Que Dios le haya premiado su buen corazón! Pisé tierra argentina y entré al servicio de un caballero salteño que hacía viajes de comercio con La Rioja, y con él llegué hasta ese pueblo. De ahí pasé a San Juan para venir a parar a Mendoza: estoy ya cerca de mi tierra».

Y aquí miraba apasionadamente a su esposa, y agregaba:

—Di fin a mis andanzas por mediación y gracia de los ojos negros de una cuyana.

Cuando en diversas ocasiones los diarios levantaban algaradas sobre límites con Chile y algún joven hablaba de guerra, don Ceferino Cortez lo miraba con toda la humanidad sufrida de sus ojos que lloraron martirios y le volcaba estas palabras:

—Que nunca por nunca haya guerra entre estos pueblos hermanos... ¡Se sufre muy mucho! —Y seguidamente contaba, con voz dolida, algunas de las penalidades de la Guerra del Pacífico. Por estos relatos, no siempre comprendidos, los vecinos lo designaban con el mote de: El Soldado de Chile.

La última vez que narró sucesos guerreros, trasegó conclusiones maduras en la lucha por la vida. Enfrentado a tremendas realidades, domado por un trabajar sin treguas y siempre en la miseria, percibía el Gran Engaño escudado tras el tambor que hace marchar a los pobres enchufados en uniformes. Dijo el sufrido: «Y pensar que tanta sangre y fatiga fue para que los ricos se hicieran ¡más ricos! y los pobres de Chile, que dieron su sangre para la guerra, bajaran a los reprofundos de la miseria!»

Murió a fines de setiembre de 1916.

Días antes, el 18, íbamos con él y su esposa por la Avenida Sarmiento. Al pasar frente al Consulado de Chile, se detuvo a contemplar la bandera de su patria, que pendía hasta casi tocar el suelo. Seguíamos nuestro camino cuando, de repente, él se volvió, entró al jardín y llegándose al pabellón con la estrella de Araucania, hincó su rodilla en tierra y abarcando unos pliegues con su mano, los besó, al tiempo que se ausentaba a sus inenarrables recuerdos.

El cónsul, señor Stoppel y su familia, miraban con respeto esa muestra callada de cariño patrio.

Al rato se levantó don Ceferino Cortez y salió con escondida, lejana tristeza. Se nos agregó y seguimos en silencio nuestro camino.

Pocos días después moría en su casita a orillas del Zanjón Frías.

Por siempre recordaré a este hombre pensativo, de caudalosos sentires, humilde y medianero, llevado por el sufrimiento al amor a la Humanidad. ¡Para mí será siempre, más que el Soldado de Chile, el cabal e ignorado Soldado de la Paz de América!

ÁRBOL CASTIGADO

Nadie sabía con justeza cuántos años tendría este peral, pero el caso cierto y verdadero es que, ya por falta de riego o por ser más que viejo, iba dejando de dar sus codiciadas peras. Año tras año mermaba sus cosechas hasta que llegó el verano que negó al todo sus frutos, esto es si no contamos una media docenita de peras pasmadas y sin gusto que vino a ofrecer a su resentida dueña.

Así doña Javiera aumentaba año a año sus quejas contra el peral mañoso que, en vías de mermar su ayuda y comedimiento, ya no contaba como árbol frutal sino que apenas si servía para dar sombra, y esto bastante rala, y ser paradero de algunas aves de vuelo. Cierta era que por medio de vieja y rota escalera, sirviera, también, para aposentar algunas gallinas y a un gallo viejo que gustaban dormir fuera del sucio gallinero y eligieran al tal peral, y esto que aguantaban los castigos de las rigurosas heladas del invierno.

Murmurando y soltándole choques lengüeteros contra árbol desganado y en desvío andaba doña Javiera. Si era fama en tiempos pasados que ese árbol de fruto se luciera al brindar peras que se deshacían en la boca, donde dejaban preciados dulzores y aromas del gusto. ¡Si habían sido un encanto esas peras gustadas por el agüelo, el tatita y por ella misma y sus comadres hasta hacía pocos años! Y agora, por cuestión de algo que no se sabía, iba negando sus regalos hasta el extremo de no dar ni medio puñadito de peras. No; el árbol frutal tiene señalado por Dios su derrotero: dar frutos para el solaz del hombre y el día que no los dé... Bueno, para eso está el fuego que acaba con todo. Y el fuego da calor y sirve para hacer la comida.

—Sí; ¡al fuego, al fuego! —amenazaba en voz baja doña Javiera a su peral sin fruto y que antes había sido el regalón de la casa y que año a año se saliera lejos de los cariños, por más que fuera casi el árbol familiar y sirviera de aposento a las aves de vuelo que venían a distraerla a fuerza de cantos en la soledad de esos desiertos, y también sirviera a las gallinitas para medio dormir en sus ramas. Pero es que el árbol de fruto ¡tiene señalado su rumbo frutal! De ahí ni pueden ni debe salirse por ser ley de Dios. El peral ha de dar peras y guindas el guindo, si no ¡no es trato! Y volvía la imagen del fuego devorador a aparecerse en los devaneos de doña Javiera, en vías del castigo a los desviados.

Y es de saberse que doña Javiera y su peral eran las señas de ese apartado campo. La gente decía: «Vamos a lo de doña Javiera», o «Vamos en dereceras del peral de doña Javiera», y todo era la misma cesa. El peral y doña Javiera, doña Javiera y su peral tenían el mismo paradero y medida en el decir y pensar de los poquichichos pobladores del pago. Único peral de la comarca, no se sabía a ciencia cierta ni quién lo plantó ni quién lo trajo de quién sabe dónde.

Y el alto peral era hasta la señalación de los campos. De muy lejos se lo divisaba sobresaliendo de chañares y algarrobos. Si se lo tomaba de rumbo y de seña cierta en el desconcierto de los cuatro vientos.

—Por allá, por el peral de doña Javiera, andan unos novillos orejanos —decían los agauchados de esos campos para dar relación de vacunos cimarrones—. Desde el mismo arroyo del Tulumaya y en dereceras del naciente se puede ver, en días claros, el peral de doña Javiera —decían los de vista de águila, y lo cierto es que su verde claro lo apartaba de los verdes más oscuros de los árboles indios.

—¡Pero todo peral debe aparecerse con sus peras! —se mortificaba doña Javiera, que no se conformaba con que su árbol tuviera solamente fama por lo señalero y hasta hubiera echado raíces en la tradición.

Así vivieron mucho tiempo, separados de la antigua amistad, doña Javiera y el árbol de la casa. Ella rabiando contra el muy mezquino y el pobre árbol sin que se le oyeran sus razones, si es que secreteaba algunas, porque...

Un día llegó de visita la comadre doña Pastora, y en unas hablas y otras vino a saber la buena de la comadre visitante, el sentimiento que a doña Javiera la enconaba contra el famoso peral y las ganitas que andaba teniendo de hacerlo cenizas al de las peras.

—No, comadre —es que le aconsejé—. Ni se le ocurra dar fin y acabo a su viejo peral porque se acabarán las mentas y de tan conocido y famoso árbol en la comarca y todos le echarán la culpa a usted de este daño. Mejor es castigarlo con un justo y señalado castigo y ¡volverá a aparecerse con peras como en sus tiempos abundosos!

—¡Castigar al peral, comadre?

—Mesma cosa, comadre. Castigarlo como Dios manda y como se hacía en los más antiguos tiempos y con esto ¡renuevan su frutecer los árboles del fruto! ... Cierto que los tiempos andan con desvarios de cambiazones, pero los perales siguen siendo perales y los castigos, hechos al son de los antiguos, siguen rindiendo las mismas resultancias.

—No sé cómo no se me ocurrió antes castigar a ese pícaro. ¿Cuándo quiere que lo hagamos, comadre?

—Déjeme, comadre, que pregunte el caso a don Benicio Álamos, el viejo de más antigüedad en estos campos. Él es el sabedor de cómo y cuándo se ha de castigar a los árboles de fruto que apartan su destino de lo señalado. En cuanto me lo diga me vendré y, juntas y a una, lo castigaremos al mañoso.

Así quedaron en convenio las comadres.

Y así pasó otro año y si pocas peritas había dado antes, ¡menos daba ahora!

Doña Javiera se revolvía en un maquinario de mil recursos del sentimiento para que su peral se acordara de las peras, mas, ¡no le hallaba! Al último se inclinaba por la espera de su comadre que le traería el cómo y el con qué para encarrilar al árbol de la

casa.

Y a la entrada de los fríos le cayó, y muy noticiera, la buena de la comadre.

Tomaron mate y se dijeron las novedades y comentarios de por acá y de por allá, hasta que la dueña de casa, que ardía con el cominillo, le sacó la palabra. —¿Y, comadre? ¿Cómo y con qué lo himos de castigar al mañoso?

—Si lo averigüé, comadre. Pero teñimos que esperar a la noche de San Juan, en que florece la higuera y amanece bailando el sol. En tan señalada fecha, entre la noche y el día, es la hora y el momento de castigar a los árboles del fruto que, por sus desvíos, niegan su rinde a la cosecha. Pero han de ser guardadas las antiguas usanzas en un todo: sin propasos ni caer en castigadas faltas, porque al salirse de las medidas, todo será un vano agitarse y el castigo caerá en la misma nada.

—Bueno, comadre: váyame diciendo cómo ha de ser la reprimenda.

—El castigo se hará... —y aquí bajó tanto, tanto la voz la comadre que tuvo que decirlo en la oreja y esto ¡ayudándose con señas repetidas! Porque era de saberse que era ¡tan secreto el modo de castigar! así como los preparos del antes y los manejos del después...

—Ah..., ah ... —no más contestaba la comadre dueña del peral y se iba entrando, pasito a paso, en las más soterradas y antigüísimas maneras de volver a las derecheras los desvíos del hombre, del animal y de la planta. Para todo había remedio en los tiempos remotos, en los que con pocos procederes y acogiéndose a la alta voz del Cielo, todo atinaba a caer al molde que labró el Creador del Mundo, y ya sin restos de malicia por recibir de lo Alto las señas del Norte Verdadero... Pero, ¡eso sí! Había que proceder en el lugar y en la hora de las señales y con lo cierto de los tiempos primerizos del Hombre en sus trabajos.

Al último respondió la dueña de la casa y del peral:

—Bueno, comadre. Así se hará ¡y pobre de él si no responde a la ley! ¡Al fuego ha de ir a parar!

—Cumplirá, comadre, porque ¡se lo vuelvo a decir! que el hombre, el animal y la planta, por ser sustento de la tierra, obedecen fielmente a la Señal.

—Así ha de ser, comadre. Y mientras nos llega la noche de San Juan, yo iré haciendo los aprontes. ¿De dónde sacaremos al niño inocente que nos haga el pedido?

—Hay que buscarlo ¡y hallarlo!, porque sin él...

Y por fin llegó el día de San Juan, día en que aparece bailando el sol y en cuya noche sin par florece la higuera en una sola lumbrarada, como un parpadeo en las negruras.

Ya doña Javiera había conseguido una pesada cadena de carro y pedido a un niño prestado, de no más de siete años de edad. Y aleccionó a la criatura para que dijera tales y cuales palabras al hacerle ella unas medias señitas.

Por la mañana, cuando salía el sol a los centelleos danzarines en los lindes de la

tierra, las dos comadres y el niño se lavaron la cara con el agua del pozo y cada uno hizo su pedido al santo del día.

En llegando las horas del atardecer, se fueron allegando las comadres y el niño al peral acusado y el pobre aparecía más apenado y culposo que nunca. Se estaba escondiendo el sol tras las altas cordilleras del Ande cuando rompió en ásperas hablas doña Javiera. Poniéndose delante del peral y levantando voz de acusadora, se dejó decir:

—Aquí vengo a castigarte con cadenas, peral mañoso. Van pa tres años que me niegas hasta unas miserables peritas y para más tiempo a que me venía haciendo el cuento de las peras con una media docenita. ¿Es peral este árbol o tan solo se hace el peral? Y si es peral, ¿por qué no se aparece con peras, como Dios manda? Y si no es peral, ¿por qué no brinda otro fruto, el de su pertenencia, como es su obligación? ¿Qué es este árbol? ¿Es de fruto o tan solamente de sombra? ¡Pa sombra, prefiero la del sauce y no la que da éste, que es rala y mezquina! ¡Árbol que no es de fruto ni de sombra, yo no lo quiero!

—Es peral y de los buenos —contestó la comadre visitante, haciéndose cargo de la defensa—. Testigos hay que supo dar peras y que las ofreció en sazón a su dueña y a las visitas. ¿A qué negarlo?

—Si yo no niego, señora, que en los buenos tiempos pasados rindió sus frutos ¡y de los mejores! Mentadas fueron sus peras por mi agüelo y por mi tata, pero aquí yo vengo preguntando ¿por qué deja de rendirme peras si sigue siendo peral?

—Tal vez será, señora, porque usted no lo cuida y no lo regalonea. ¿Lo riega de vez en cuando?

—Cierto es y a qué negarlo que me descuido con los riegos, pero ¿ésa es una razón?

—Todo árbol de fruto solicita riego y el trato de un buen hortelano, señora.

—Siempre hice buenos acuerdos de él...

—El buen acuerdo que se hace de un árbol frutal, prueba es de cariño, pero también solicita otros desvelos: ablandarle la tierra y unas ayuditas de guano.

—No digo que siempre lo hice, pero en adelante lo haré; mas yo creo que su ingratitud merece un castigo y ¡lo hi de castigar!

—Bueno, señora. Yo hi defendido al peral y traje las razones que le asisten y si me allano a consentir un castigo, le pido que no se le pase la mano y que después lo consuele con los cuidados del buen trato y ayudas.

—Antes de hablarme de consuelos, hi de hablar de las penas que le acuerdo y aquí van. ¡Duro con las cadenas! Que al hombre, al animal y a la planta que no cumplen con su misión, no merecen sino rigores.

Y en el nombre de Dios que manda que todos rindamos el fruto señalado, ¡allá va el primer cadenazo! —Y comenzó la enojada dueña a azotar al tronco del peral con

eslabones de hierro. Y lo castigaba con rabias que venían de años atrás. Y lo golpeaba con todas sus fuerzas desde lo que sobresalía de la tierra hasta donde en altura le daban sus brazos. Y repetía con ciegas porfías los cadenazos al tronco rugoso que comenzó a descortezarse y a mostrar sus carnes amarillentas. Más se encrespaba la dueña y más lo insultaba al que fue su regalón.

—¡pícaro, que me estás haciendo el cuento de las peras, para tan solo aparecerte con hojas y ramitas sin ganas... ¡Flojo!, el más flojo de todos los perales, ¿qué se han hecho tus mentadas peras? ¿Pa qué me engañas con la promesa de tus flores? ¿O tan solamente te das el gusto de florecer como lo hacen las vanas plantas de jardín? ¡Falso!, que aparentas una cosa y salís con otra... ¡Peral que no da peras, ni es peral ni es nada! ¡Toma este cadenazo por tus falsas promesas y toma este otro por engañar a tu dueña! —Y seguía con la porfía de castigar al árbol, y tanto lo castigaba y por tantos lugares que el pobre peral ya mostraba las carnes vivas al caerse a pedacitos la cáscara que lo vestía.

La comadre visitante rondaba al árbol y a la castigadora y hacía viva mención de intervenir a favor del castigado, pero se contenía, apenada, ante las razones que en alta voz daba la dueña del peral. Por fin y ante una señita que le hizo al inocente niño, éste vino a tomar parte en el pleito.

—Señora —dijo el infante con voz finita y apocada—; ya no lo castigue más al pobre peral...

—Usted, que es inocente y no es de nuestra conciencia, ¿sale en su defensa?

—Sí, señora.

—¿Usted me da su inocente y honrada palabra que este árbol frutal volverá a rendir producto?

—Sí, señora.

—Usted, que es inocente y libre de toda malicia, ¿sale a dar su fianza por este peral?

—Sí, señora.

—Bueno; en siendo así dejaré de castigar a quien su castigo mereció. Y sabe, peral mañoso, que este niño sale con su inocencia y sin pecados, a dar fianza y crédito por vos y que por ser quien es él y por ser quien sos vos, ceso en mi castigar; pero, ¡cuidadito con los engaños! porque ¡al fuego has de ir a parar! No con cadena te castigaré sino con hacha y no pararé hasta verte convertido en vana ceniza, aventada por los vientos...

—Y yo atestiguaré ante todos —intervino la cansada comadre defensora, a fuerza de medir defensas y acusaciones— lo de la falta de frutos, lo del castigo a cadena y lo del pedido de un niño en inocencia y ahora, después de un penar, vengan los merecidos consuelos. Ya mismo nos ponemos, señora, a ablandarle la tierra a las raíces del peral castigado y a darle guano de caballo y de cabra sin que le falte el

riego a balde para que vea el castigado que es cierta la promesa de los cuidados y regaloneos... —Y al momento se avinieron las comadres a remover la tierra, desparramar guanos y regar con agua sacada del pozo. Hasta poco antes de la medianoche se ocuparon en esta labor de hortelanas animosas.

Apenas vencidas las horas que cierran el día de San Juan, se fueron las dos comadres al rancho. Allí se encerraron. Hicieron dormir al niño y, ya al reparo de todo mirar y oír comprometedor, cruzaron sus palabritas.

—¿Usté cree, comadre, que todo nos saldrá bien?

—Ni pizquita de duda que le quepa, comadre. Así lo hizo don Benicio con un peral mañoso ¡y le rindió peras a carradas!

Y así fue. En la siguiente primavera se cubrió de blancas flores el peral ¡y todas las flores cuajaron en fruto delicioso y sazonado!

JESÚS, POR DIOS...

Doña Bibiana, antigua vecina del barrio del Infiernillo, vivía en su sitiecito con sus hijos. Once le había mandado la Virgen: seis mujeres y cinco varones antes de sumirla en la triste viudedad. Y la pobre medio se defendía a fuerza de habilidosas industrias y mil enviones en procura de medios. Sus hijos la ayudaban cuando estaba presente con varilla en mano y prevención en sus ojos vigilantes. Cierto que las travesuras revolvían la casa, pero la buena de doña Bibiana disculpaba a su verde ramazón al decir que los niños, ¡son los niños!

A todos los fatigosos recursos acudía la pobre para mantener a tanta boca, que sumaban dieciséis con dos comadres viejas arrimadas a su calor y dos guachitos recogidos de la calle; pero venían en su ayuda los productos de su huerta y también las cabritas de su majada, que el compadre Prudencio le atendía a medias, por allá, por las ciénagas del Tulumaya.

Al llegar la estación de los calores maduraban las uvas de sus parras. Con los más elegidos racimos hacía «cuelgas» que pendían de los rollizos del techo, y el resto lo destinaba para pasas, un poco de vino y otro poco de chicha espumosa y picantita. Sus nogales le regalaban sabrosas nueces que servían, con los higos de sus higueras, para componer las más sabrosas tortas de higos secos. Pelaba duraznos y se proveía de orejones y descarozados ¡tan gustosos y en sazón! Colgaba de la techumbre membrillos, peras de agua, manzanas, granadas y sartas de ciruelas, y con tan buena mano, que ni la polilla ni la pudrición las dañaba. Pero en donde mostraba su habilidad de criolla hacendosa era en la preparación de los dulces y arropes. Renombrada dulcera, doña Bibiana se lucía con las hechuras de su mano, muy solicitadas por la gente pudiente y de buen gusto en el comer. Ella tenía «su secretito» para darle el más atrayente sabor a sus arropes y dulces. ¿Y sus mentados alfajores y tabletas? Manejando la más justa y celada medida, «daba punto» a los almíbares, ya con la administración de fuego sostenido y el cuidadoso revolver y espumar, ya con las pizquitas, «toques» y pulgaradas del clavo de olor, de la canela, de la albahaca y de otros recursos especiosos. Se ayudaba con menta fina, toronjil, naranja, limón, hinojo, toronja y lima, más la goma del membrillo y de la manzana y una que otra ayudita del tomillo, el zulupe, la fruta del chañar, del piquillín y harina de la algarroba ... Con todas esas «ayuditas de Dios», ella presentaba unos dulces tan bien balanceados que se deshacían solos en la boca. Sus renombrados alfajores eran solicitados por el más encumbrado ricaje y se conocían hasta en Córdoba y Buenos Aires. ¿Y su rubia chicha de uva? Ella la preparaba con tan antiguas y olvidadas industrias para el gusto y la presencia, que la gente caía a su casa con jarrones y damajuanas a disputársela, sobre todo cuando estaba en los restos del hervor de la

fermentación y picaba dulzonamente la garganta al pasar... ¿Y su mano para adobar chanchos y cabritos? Si apenas salían doraditos del horno, ya los golosos los esperaban cuchillo en mano. Para «asentar» estas carnes adobadas, doña Bibiana tenía en su bodeguita casera un Carlón que hacía ver coloridos y musicaleros a los instantes más amargos de la vida ...

Así lo pasaba y así lo iba tirando la pobre de doña Bibiana. En su humilde pero bien tenuta casa no faltaba una nada, y su despensa podía hacer frente a las solicitudes de tanto comilón que sentaba a su mesa: Dios proveía. «¡Si tuviera mejores ojos!», reclamaba, ansiosa de nuevos trabajos.

A doña Bibiana se la podía ver en la ahumada cocina, ya condimentando la sabrosa carbonada, ya pelando un chanchito, ya espumando los hervores de su gran paila de cobre, o regando y barriendo el soleado patio o el reparado corredor. Pero muy luego se iba debajo de la ramada a preparar los almíbares, cuando no estaba en su huerta regando a tanta «plantita», o recogiendo los frutos en sazón caídos sobre lecho de hojas marchitas. Sus higueras y sus parras gozaban de su justiciera preferencia porque se sentía ¡tan correspondida por esas ramas y sarmientos amigos! Había que ver con qué gusto regaba su huerta con la agüita que la hijuela volcaba a su acequia regadora, y cómo carpía y desyuyaba su territa generosa y agradecida. Lástima que la vista no le ayudaba a la pobre.

Pasaban los tiempos y sus hijos crecían. Las niñas, que eran las mayores, se ganaban a mozas donositas y risueñas. Poco a poco iban cambiando la casa y aparecían vistosos floreros, espejitos, cojines, costureros recamados con Conchitas ostentosas y mil embelecocos y cosas de niñas. Todos estos cambios se hacían en son de guerra sorda y agazapada. Doña Bibiana se oponía a tanta novedad pueblerina y tentadora, pero al fin triunfaban las hijas embelequeras y antojadizas. Todo este embelequerío acarreaba más fatigas y sinsabores a la pobre vieja porque los gastos aumentaban y las ayudas venían mermas. Y los vestidos de las presumidas, con vistosos volados y mil cintas, al par que sumaban encanto a las niñas, cargaban de problemas a doña Bibiana, que veía naufragar sus ahorros y autoridad, aparte de aguantar la presencia de duendecitos señaleros y guiñadores que desviaban a sus hijas. Muchos secretitos, guiñaditas, suspiros y trucas palabritas calentaban las mulleras de las niñas. ¡Así se le enturbiaba el entendimiento y se le acalambraban las espaldas a la pobre de tanto trabajar! Las telarañas de sus ojos se le tupían tanto que, al recoger los higos caídos al suelo al pie del higueral, los mezclaba en sus paseras de cañizo con basuritas y piedras, y era para que se rieran las traviesas de sus hijas. Si ya no podía pelar duraznos ni mondar descarozados; pero ella le prendía velas a Santa Lucía... La Javierita cumplió sus 19 añitos y fue poniéndose cada vez más rara. Le daba por apartarse y quedar como alumbrada por otra luz; los imposibles la cercaban. Su madre le retaba de tarde y por la mañana, encaminándola con razones

prevenciosas, pero la muchacha no la oía y se inclinaba a las tentaciones. Con los más rosados pétalos de las rosas se coloreaba los labios y mejillas y con corcho quemado acentuaba las sombras de sus ojos y daba resalte al lunar que le agraciaba la cara, y ennegrecía sus párpados y pestañas. Con fraganciosos claveles y jazmines, disimulados bajo los cabellos que le cubrían las orejas, se envolvía en aromas llamadores... A la Javierita la imitaban sus hermanas menores: la Tomasa, la Isidora, la Jesusita y ¡pare de contar!

Aparte de tantas contrariedades, comenzaron a caer a la casa de doña Bibiana, amiguitas y amiguitos de tanta niña, y la pobre vieja tuvo que comprar candado para la puerta de su despensa y guardarse la llave, colgada al pecho como escapulario. Pero las embajadas y pedimentos de la mocedad alegre del barrio acabaron por quebrantar la antigua disciplina: que un bautizo por allí, que la celebración de un santo por allá, aparte de los casorios y cumpleaños y otros festejos, todos con comilona, bebida y baile... Y los arropes, alfajores y las otras celebradas hechuras de doña Bibiana se iban hundiendo al son de bullarangas. Y a tanto llegó el atraso que la pobre vieja se llamó a sacar bravas cuentas y de la hilera de tantas y tantas demasías le salió un fuerte decir: «¡Aquí me planto para refregarles un no a las embajadas que vienen a sonsacarme las hijas! ¡Mis hijas solo saben de trabajos, no de bailes!»

—¿No? —le contestó un mocito cantor y guitarrero—. ¡Pregunte quiénes hacen los mejores contoneos y zarándeos en las cuecas, gatos y refalosas!

—¡Ave María Purísima! —gritó doña Bibiana, persignándose.

Frente a la vieja casa de adobes de doña Bibiana pasaba un acequión con su caudal de aguas correntosas y parleras. Para bajar a la calle había que pasar por sobre esa correntada de aguas por tres teleras mal avenidas y desaparejas y la pobre de doña Bibiana, con sus ojos turbios y rodillas temblonas y doloridas no tenía ánimos para correr el riesgo. Pero muy bien que lo pasaba y a cada rato la muy traviesa de la Javierita, que había tomado la afición de salirse a la calle y pasar las horas allí, al lado del cañizo que hacía de frente. Nada que le gustaba a doña Bibiana la nueva inclinación de su hija mayor. Comenzó a desasosegarla el cominillo de una «idea». Más de una vez le pareció oír la voz de un hombre entre las risitas cosquilleras de la Javierita, pero el rumor de las aguas correntosas del acequión era como para engañar... La pobre vieja se hacía cruces. Además, le parecía ver... pero sus ¡tan cansados ojos no le ayudaban!

Un día el hermano menor acusó a la Javierita de quedarse al otro lado del acequión hasta bien entrada la noche con Remigio, el mozo más arrequintado y picaflor del barrio.

—¡Callate la boca, calumniador! —le gritó la Javierita, pero a doña Bibiana le quedó el incordio.

Esa tarde la pobre vieja sancochaba en la paila cáscaras de sandías para el arrope

cuando, en un decir «amén» se le desapareció la Javierita, que le ayudaba, y pasó corriendo por sobre el acequi6n. Su madre la vio pasar el puente cimbrante y quedarse al otro lado. Ya prevenida, la mir6 con todo su mirar inquisidor y distingui6 el bulto de su hija, pero repar6 que otro bulto se le acercaba. Aguz6 el o6do y la atenci6n y, por sobre el rumor del agua correntosa, percibi6 claramente la voz de un hombre y las risitas de su hija como si le hicieran cosquillas. No aguant6 m6s.

—¡Javierita! —previno, cavilosa y en6rgica—. ¿Con qui6n est6s hablando?

—¿Yo?... Pero, ¡mamita! —le respondi6 con el tono m6s inocente y sorprendido, y levantando los brazos al cielo en prueba de sinceridad—. ¿No me ve que estoy sola, s6lita? ¡M6reme bien!

Volvi6 a aguzar su cansado mirar doña Bibiana y esta vez distingui6 claramente que se aparecía un solo bulto: el de su hija.

Y la pobre y santa vieja, arrepentida y pesarosa, murmur6:

Jesús, por Dios, si cuando una llega a vieja, ¡un bulto parecen dos!...

PANCHO PÉREZ, ¡VALE PLATA!

Alcancé a conocerlo en el solar de la señora Carmen A., en Corralitos. Don Pancho era tan de la casa que se sentía alcanzado por todas las alegrías y pesares de sus patrones. Tendría unos 90 años cuando murió, en 1950. Había venido de Chile por 1907.

Ocurrió así: montado en su yegua, llegaba de su tierra. Al pasar frente a las casas, se le ocurrió entrar en lo montado a pedir «una agüita».

La dueña de casa mandó a un chinita que fuera al botijón de la destiladera y con un jarro de cobre sacara agua fresquita y se la pasara al forastero.

Bebió lentamente el jinete y se solazó mirando los anchos corredores de la gran casa de campo. Unos instantes se dejó estar como deleitoso mirón.

—¿Por qué no se apea y se queda aquí por esta noche? —le alcanzó el habla atenciosamente la dueña de casa.

Sintió el cordial choque de la inesperada invitación el forastero; vaciló un momento en un vaivén de pensamientos opuestos y, por fin, hizo mención de apearse...

¡Cuarenta y tres años se quedó en esa casa don Pancho Pérez! ¡Para irse de allí tuvo que bajar a llevarlo la misma Muerte!

Él era de Rancagua. Se vino a la Argentina «por un capricho». Eso repetía él a los preguntones imprudentes, pero cuando el vino lo achispaba, cuando «el thrago» le adormecía las vigilancias y daba salida a los quejidos del alma, se le salía el decir en voz bajita, muy bajita y escoltada por lágrimas abortadas, que era «porque su hijita había perdido el crédito». Entonces don Pancho Pérez lloraba, pero lloraba como hombre. No sollozaba ni hacía aspavientos de mujeres. ¡Se le abortaban las quemantes lágrimas! Mas su noble faz de varón fuerte y digno, aguantaba la tormentosa quemazón con rostro impassible, aunque algún rictus lo traicionara. Se lo veía recibir de pie y en postura de trasegada resistencia la tormenta de lágrimas irrefrenables. ¡Cómo sufría el pobre!

En la antigua finca de los A... se quedó el forastero y fue con el tiempo confundándose con la familia, ya en decadencia económica. Don Pancho «era de la casa» y los atrasos de sus patrones lo tocaban en lo vivo. Se había asociado con el cariño leal de servidor sumiso y fue para sufrir. Vio la muerte del dueño de casa y la disposición de sus hijos que, poco amantes de la heredad paterna, se fueron a tentar el mundo, pero siempre en bajada. Quedó sirviendo a la viuda y se amargaba cuando ella vendía retazos de tierra a sus contratistas italianos y españoles, que fueron arribando a fuerza de duro batallar hasta ganarse a ricos y poderosos, mientras que el antiguo tronco se abatía hasta quedar sin una nada. Don Pancho se lastimaba y se

sentía más ligado a la señora viuda; su lealtad lo ataba a la decadencia. Algunas veces cuando se enojaba, ponía plazo para irse para siempre; señalaba las altas cordilleras nevadas del oeste como se señala a un hito y lo decía con prevención:

—Un día ensillo mi yegua ¡y me voy! Me voy ¡y no vuelvo más!

—¿Y va a tener corazón para dejarnos, don Pancho? —le reclamaba su patrona.

—¡No, mi señora doña Carmen! ¡No la dejaré! —Y rematando su fidelidad a la dueña de casa decía—: Doña Carmen, ¡vale plata!

Cuando hablaba con su patrona ponía las manos en el pecho, en ademán parecido a la iniciación del rezo y bajaba la mirada, respetuoso. Mas, cuando se dirigía a los peones, levantaba la cabeza y les hablaba con superioridad. Su piel era blanca, ojos celestes de mirar franco y profundo. Contrastaba con los criollos morenos, de ojos pardos. Se le notaba la ausencia de sangre araucana; sus ascendientes debieron ser españoles puros. Lo cierto es que sobresalía de entre la peonada anónima. Ostentaba «algo» que señalaba su persona. Y es que era «él» ante todo. Y lo decía con todas las letras y con el tambor de su voz resonante: —Pancho Pérez, ¡vale plata! Los contratistas italianos y españoles que llegaban con ojos ansiosos y con una mano atrás y otra adelante, trabajaban como bueyes, mas al poco tiempo lograban comprar parcelas del antiguo predio. La viuda, siempre en apuros por plata a fuerza de ser generosa y de no acomodarse al brutal cambio de los tiempos, les iba vendiendo, vendiendo, hasta que un día se encontró sin nada que vender. Apenas le restaba la antigua casa con una sobrita de tierra para sus siembras y huerta de frutales. Los que fueron sus servidores se establecían por su propia cuenta y, a fuerza de esquilmar la tierra y de un tremendo trabajar y ahorrar, llegaban a la codiciada riqueza. Y los hijos de los arribantes estudiaban y hacían pie en encumbradas situaciones, con un título bajo el brazo y un alto mirar ...

—¡Yo los conocí piojosos! —protestaba don Pancho Pérez al ver tan grandes cambios de fortuna.

Es que él como su patrona, no comprendían las inexorables leyes de la estructura económica. Se aferraba, como ella, a pensar en los antiguos tiempos, de cuando la gran finca producía de todo y nada se compraba; de cuando se andaba a caballo y no en las «malditas latas lustradas», como le llamaba a los automóviles. En su simplicidad, veía el avance forzado de la industria extranjera, volcada a tierra inexperta, que traía consecuencias descalabrantes a los del antiguo y noble ritmo. Verificaba demasiados derrumbes y surgimientos, todos inmerecidos a su juicio, todos inexplicables porque los medía con rasero afectivo, con la vara del sentimiento, del corazón... Como tantos criollos viejos, acomodados al antiguo andar, miraba la veleidades de la fortuna que se iba del brazo con los «gringos» y abandonaba a los nobles criollos. ¡No! Ni su buena patrona, que regalaba carretadas de zapallos y papas a sus ahijados pobres, ni él, llegaban a comprender el complicado mecanismo de los

tiempos nuevos; de los cambios de los mansos bueyes por el antipático tractor; de la antigua viña de cabeza por las hileras alambradas de parras; de la invasión de frutales extranjeros, de frutas grandes y vistosas, por los antiguos «duraznitos de la Virgen», chiquitos pero dulcísimos; de las antiguas jardineras a tres caballos por los humeantes autobuses que todo lo atropellaban... No. Ni la buena patrona doña Carmen ni él comprenderían nunca los cambios de lo antiguo por lo nuevo; de las costumbres de los abuelos, santas y caseras, por los atrevimientos de la mocosería de ahora, que todo lo pordelanteaba... Y aceptaba don Pancho que él, como los nativos, solamente eran testigos de triunfos ajenos. Al final, después de calentarse la mollera con devaneos sin atadura, se iba al almacén y, en rueda de criollos, pedía su botella de vino...

Pero don Pancho Pérez era chileno. Los domingos, en la mesa de los trabajadores, hacía gala de recordar a Chile y sus grandezas y, llevado por su patrio celo, ensalzaba los «ardiles» del patriota Rodríguez para burlar a los godos. Contaba de su héroe popular cosas que propasaban los lindes ... También recordaba al tremendo Neira. Llevado por su entusiasmo bebía un «buen thrago», se plantaba a lo gallo y, regalón, se decía:

—Pancho Pérez, ¡vale plata! —y remataba su explosión placentera pasándose la diestra por el bigote, de arriba abajo y escondiendo la lengua que un segundo antes había acariciado los mostachos. Era un gusto que tenía ¡tan suyo y tan chileno! Más de un criollo procuraba remedarlo, pero ¡«al ñudo»! Una vez, por un gran disgusto que tuvo, notificó a su patrona:

—¡Me voy a mi Chile! —No hubo manera de hacerlo variar. Ensilló su yegua, alzó sus ponchos y chamantas y salió por el carril para el oeste. A los dos días de marcha llegó a Tunuyán y encaró para el Portillo. Llegaba el invierno con sus nevazones... Al pie de la gran barrera se detuvo a considerar sus 80 años, lo alto y temible del paso y, por sobre todo, los cambios que pudiera encontrar en los suyos. Se detuvo a contrapesar ¡«muchas cosas»!... Dos días al pie de las serranías acampó en un sin hallar qué hacer. Después de mil tironeos por el sí y el no, se determinó a volver a lo de su patroncita. Él había entrevisto, con los ojos de la cavilación, los cambios operados en su abandonado hogar 30 años antes y, de frente a un amargo cuadro presentido, retornaba claudicante a los nuevos amigos. Los suyos ya se habrían acomodado a su ausencia. ¿Cómo se iba a injertar de nuevo entre quienes ya lo daban por muerto? ¿Qué nuevas caras tendría que ver en lo que fue suyo? ¿Qué de cosas tendría que soportar como arrepentido? Y su afiebrada mente le presentaba cuadros de desazón y amarguras hasta hacerlo llegar al acuerdo que «debía» morir para su mujer y su hija, porque lo mejor era dejar las cosas como estaban... Y como antes, no escribió ni una carta a los suyos y se entregó con más cariño a sus trabajos y amistades cuyanas.

Lucía rara habilidad y la más diestra y liviana mano para trabajar corambres. Con

su cuchillo «que cortaba un pelo en el aire», conseguía de los cueros sobados de vacunos y caballares, finos y bien calibrados tientos con los que trenzaba lazos, riendas, cabezadas. Provisto siempre de argollas diferentes y canutos de metal blanco, con ellos daba término a los frenos, cinchas, pehuales y otros útiles del hombre de a caballo y de labranza. Era personalísimo en sus trabajos. Los muchachos abrían la boca viéndolo trabajar con manos y dientes los cueros finos, hasta dar remate a la obra de fina artesanía. Jamás se le vio calzar otra cosa que ojotas de cuero que él preparaba con mucha baquía. Decía que eran sus «chalailas»; invierno y verano las calzaba sin medias. Los criollos admiraban su fuerte y blanquísima dentadura: a los 90 años la mostraba en su esplendor cuando se reía. Con un mendrugo carbonizado que molía, se refregaba dientes y muelas con los dedos para envidia de los viejos desdentados. Su salud era de una fortaleza increíble y esto que los días de fiesta «se propasaba» con el vino, pero aunque se cayera al arroyo en pleno invierno, en pudiendo llegar a su cama y taparse a medias con dos ponchitos, era para que amaneciera sano y fuerte él «a ponerle el hombro al trabajo».

Los reveses de fortuna habían reducido al límite a la antigua finca, pero don Pancho Pérez, fiel a su patroncita, ya vieja y pobre, seguía prestándole sus servicios y la devoción de su fidelidad. Él tenía una manera muy regalona de hablarle a la señora. Cuando necesitaba dinero se le arrimaba con disimulo y, en llegando, cruzaba sus manos sobre el pecho y con voz cariñosa y humilde hacía su pedido y una vez logrado, se pasaba la mano por los bigotes después de chasquear la lengua y se dejaba decir, regaloneando:

—Doña Carmen, ¡vale plata!

A medida que envejecía se tornaba más cariñoso y blando. Si enfermaba algún nietito de su patrona, él sufría tanto que se desbordaba en lágrimas. Lloraba casi por nada don Pancho Pérez y es que en sus lágrimas hallaba un respiro a sus muchas amarguras. Al llorar por los hijos ajenos, lloraba por su propia hijita, la «cabrita descarriada» pero buena y a quien debió encarrilarla, sin dejarla en abandono en un mundo de atropellos. Lloraba por su mujer que lo daba por muerto o errante por tierras extrañas. Lloraba por su felicidad perdida por un arrebató de soberbia y turbación. Lloraba por su derrumbe y arrepentimientos. Lloraba por su tierra a la que amaba tanto, ¡tanto!, que al nombrarla se le adelgazaba la voz. Lloraba por la alta carga de sus desdichas de hombre solitario, de ave sin nido, de animal sin guarida...

Nonagenario ya y en los últimos años de su trabajada vida y con la vista y las fuerzas mermadas, se guarecía bajo un techo de cañas, logrando a ratos el calor del «solcito» en una interminable labor de soba de cueros. Su patrona, ya reducida a la pobreza, había ido a la ciudad a casa de uno de sus hijos y quedaba don Pancho Pérez solo en el resto mermado de la finca. Solo pero con porfías de centinela en un fuerte en ruinas... Penosa fue la cuenta de sus días postreros.

Llegaba el fin. Poco a poco fueron mermando sus alientos. Uno que otro vecino le llevaba una taza de caldo, pero seguían en bajada las fuerzas de su vida.

Un día amaneció muerto en su cuja, apenas resguardada por un «bendito» de cañas.

Había muerto un hombre que sufrió mucho. El mundo en su fiebre siguió rodando con los mil fuegos que nos hacen trotar, que no nos dejan detenernos ni ante la muerte de los justos, de los que, como don Pancho Pérez, se allanaron a salirse en vida del mundo para no hacer sufrir a los que más quería...

EL CHILENITO TRISTE

Descansábamos a la sombra de un sauzal de la finca de don Julio Álamos, en el Barreal de Calineasta, cuando mi compañero me advirtió:

—Ahí vienen llegando dos chilenitos.

Miré. Dos hombres, uno de edad y otro joven, avanzaban hacia nosotros. Venían a pie, cansados, con sus alforjas y ponchos al hombro. Llegaron y con elegidos modos nos saludaron:

—Buenas tardes, caballeros.

—Buenas, ¿de Chile?

—De Chile, nuestra tierra, atravesando tremendas cordilleras. ¡Siete días de caminar entre peñascales! ¡Por la capucha!... ¿No es que tienen algunas tareas para estos buenos trabajadores? —No tenemos. ¿Para dónde van?

—Donde hallemos trabajo, allí pararemos; San Juan, Mendoza...

Seguimos la conversación. Supimos que el de edad era de Santiago y el joven, de Coquimbo. Venían a la Argentina en busca de trabajo. Animosos los dos, alimentaban esperanzas de progresar y volver a Chile con capital para establecerse.

Los invitamos a quedarse esa noche en nuestra casa. Aceptaron. Luego en la cena, sentados junto al fuego, nos pasamos muchas noticias de uno y otro lado del Ande. Yo les informé que todos los veranos me trasladaba a Santiago a investigar en su gran Archivo Histórico. Cité nombres de historiadores chilenos, del director del Archivo, del conservador de la Sala J. T. Medina, de periodistas y autores amigos. De casi todos ellos tenían noticias los dos inmigrantes, con gran admiración de mi compañero que se escandalizaba que dos pobres «rotitos» que la miseria empujaba fuera de su patria, tuvieran informaciones propias de los cultos. Entonces, resumiendo mis observaciones efectuadas en Chile y el conocimiento que tengo del pueblo de mi patria, le aclaré que el peón chileno es, generalmente, más estudioso que el argentino y más hecho a los sufrimientos en un medio más hostil; precisamente ese luchar sin treguas lo hace más habilidoso e informado que el nuestro, que vegeta en un medio carnívoro.

—Pero, ¿y el gran aporte de sangre europea que solo nosotros, los argentinos, tenemos?

—Las tradiciones criollas del tipo gauchesco que, por nacionalismo y orgullo se mantienen en la Argentina, hacen que el elemento de origen extranjero se pliegue a muchas de nuestras tonterías. Los que viajamos por el extranjero hemos podido calar hondo sobre esto.

Mi amigo se enojó y de las resultas de la acalorada discusión que se armó entre estos dos cuyanos, salieron a relucir don Juan Facundo Quiroga, don Juan Manuel de

Rosas, Sarmiento y otros prohombres que aún nos calientan el seso, aparte de los ingleses que nos comen la mejor carne... Los chilenos comenzaron a asustarse y pidieron permiso para irse a dormir. ¡Venían tan cansados!

Al otro día, en la cocina, mientras nos desayunábamos con unas «achuritas» y tomábamos mate, reanudamos nuestra conversación. El de mayor edad contestaba las preguntas con mucha soltura, en cuanto al más joven, era tímido y reservado, pero muy atento y de sangre liviana. Realmente era simpático. Se veía que el mayor dirigía con imperio a su joven compañero y que éste era sumiso a sus directivas. Ambos se mostraban animosos para la lucha y se esperanzaban con un mundo nuevo. Creí necesario darles algunas informaciones sobre Barreal:

—Aquí hay algunos chilenos ricos, como Álamos, Ossa y otros, pero andan centenares de chilenos pobres y la mayoría de los nativos de este lugar, emigraron a las ciudades de San Juan o de Mendoza. Se van en busca de mejoras y ocurre que los chilenos, para estar más cerca de su patria, se quedan aquí y esto los atrasa, porque este lugar no tiene industrias. Solo se crían algunas ovejas y vacas y se cultivan manzanares. —Observé que mis palabras producían penosa impresión en los chilenos que ¡ya habían caminado mucho!

—La Argentina es muy grande —les aclaré— y sus pueblos están muy alejados unos de otros; los que quieren triunfar deben ir a los poblados, no quedarse en estos caseríos sin vida. ¡Hay que seguir caminando! Un camionero amigo, que va a San Juan cada dos días, los llevará sin cobrarles nada. ¡Anímense!

El joven se sumergió en penosas profundidades de la cavilación. Se notaba que sufría y su penar lo tornaba más simpático. Tendría aquel mocetón unos 20 años. Su perfil purísimo mostraba una frente despejada, nariz recta, proporcionada, un bigotito pintón y una graciosa barbilla; pero sobresalían sus ojos grandes, de mirar triste y profundo. Eran ojos parlantes a fuerza de ser expresivos... Carecía del mundo de su maduro compañero; mas eso lo beneficiaba precisamente: el carecer de aquella experiencia que torna materialistas, descarados y antipáticos a los hombres. Su tristeza y humildad predisponían a la simpatía y a la protección. Esto se lo dije en voz baja a mi compañero, pero él explotó:

—¡Serás bárbaro! —me dijo—. A este tipo se lo comen crudo en Mendoza, pero el otro, el maduro, es el que puede triunfar: se ve que es muy ducho y que no se las traga.

Para deshacer la mala impresión de mis palabras, me referí a cosas nimias.

—Aquí —les informé— al ulpo le llaman cocho. —Y les traje unos puñados de este trigo tostado y molido.

—Miren qué cosa... —repuso el viejo. Se puso de pie, oteó al sol mañanero y le hizo señas a su compañero. Le dijo—: Llegó la hora de irnos. Gracias, caballeros y hasta que Dios mande. —Era la despedida. Yo había escrito dos líneas a mi amigo

camionero y se las entregué al joven. Ambos se habían acomodado las alforjas al hombro, recogieron sus ponchos y chamantas y ganaron la calle pedregosa. Tomaron las dereceras del caserío.

Los vimos alejarse con tristeza. ¿Adonde irían? ¿Qué caras, qué modos soportarían en su peregrinaje por trabajo? ¿Por qué tienen que ocurrir estos dramas en las tierras de promisión de América? ¿Saben los «patriotas» que nos gobiernan de estas calamidades?

—Vas a ver —comentó mi amigo— que el viejo se acomoda lo más bien y el joven, o se despabila del todo o se lo llevan los diablos...

Era por febrero de 1948.

Pasaron los tiempos. Con el trajín de la vida se me fue borrando el recuerdo de los dos chilenitos trashumantes... Pero no hace una semana, estando en la feria de Mendoza, siento que me presionan suavemente el brazo; me doy vuelta y me encuentro con un changador que me mira con sonrisa cordial. Me dice:

—¿A que no se acuerda de mí?

—No —le confieso—; pero su cara la he visto en alguna parte, hace tiempo.

—Hará unos diez años. Allá en el Barreal de Calingasta.

—¡Ahora caigo! Usted es uno de los dos chilenos que venían llegando. ¿Cómo le va?

—¡Cómo me ha de ir! ¡Trabajando a lo buey! Gano changuitas y así la paso.

—¿Y su compañero, el chilenito triste?

—¡¿El chilenito triste?! ¡Qué lesera! De golpe hizo la gran changa de su vida y allá lo tienen.

Pensé que habría cometido algún delito y estaría en la cárcel. Sondeé despacio para no zaherir.

—Dígame: ¿se le fue la mano en algo?

—¡Se le fue hasta el codo!

—¡Caramba! Y con ese modito triste que tenía...

—¿Modito triste? ¡Era un macuco de los más finos!

—Pero, parece que lo cazaron, nomás.

—¡Y bien casado! En fin, allá se quedó el señorón, en San Juan.

—A ver: cuénteme las andanzas de aquel mozo de Coquimbo.

—Del Barreal pasamos a Jáchal en un camión. Allí nos conchabamos en la finca de una viuda muy rica. Trabajamos de peones para sembrar un cebollar. La tal viuda, ya viejona, tenía una hija y la tal hija era la que dirigía la finca. Se entendía con todo y parecía muy viva, pero resultó una lesa...

—Explíqueme, amigo.

—En dos palabras se lo digo todo. ¡Todo! ¿No viene la niña rica y se enamora perdidamente de mi compañero y antes que la madre la enderezara, van al Registro

Civil y se casan?

—¡Por la Diabla! ¿Y por qué no se quedó usted allá, con su compañero, ya rico y señorón?

—¡¿Yo?! ¿Yo trabajar para él? ¡Qué más se lo quisiera ése! ¡Al tiro me le aparté y aquí me tiene...! ¡En Mendoza y a las changuitas!

LOS TÍOS CHIQUITOS

En enero de 1950 se le adjudicó a don Pablo Riofrío por el Consejo Agrario Nacional un lote de tierra de 10 hectáreas. Habíase casado don Pablo en 1932. Ese año le nació Pablito, quien casó en 1951 y tuvo su primer varoncito el mismo año. El viejo don Pablo, ya con doce vástagos, había hecho la cuenta de retirarse de... y ganarse a cuarteles de invierno, pero se anotició de que el inciso C del artículo 49 de la Ley Nacional N° 12.636 acuerda un premio del 5% del valor total del predio, en este caso de 80.000, por cada hijo que nazca después de la adjudicación.

—¡Caramba! —le advirtió don Pablo a su consorte—. Es de pararse a pensarla...

El resultado fue que, en 1950, cayó este esforzado agricultor a la Gerencia de la Sección Colonización con la feliz noticia que le había nacido ¡el décimo-tercer vástago!

El señor Gerente lo felicitó efusivamente y sobre el pucho ordenó, con todo énfasis, que se le descontara al adjudicatario don Pablo Riofrío la suma de 4000 pesos m/n. del precio total del predio adjudicado. Contentazo se retiró el viejo a festejar el acontecimiento en el primer despacho de bebidas con unos buenos tragos de tintillo.

Al año siguiente, en la alegre mañanita de un lunes, entró el viejo agricultor Riofrío a la Gerencia con la misma novedad. Nuevas felicitaciones y nueva quita de otros 4000 pesos. Derecho se fue el trabajador del agro a hacer sumas y restas a un boliche, pero se le embarullaron las cuentas al son de un clarete que hacía zancadillas.

El año de gracia de 1952, en cuanto abrió sus puertas la institución agraria, cayó don Pablo con la grata noticia que le había nacido una preciosa nena. ¡Sería agricultura,!, porque todos los de su sangre sentían amor por la tierra. El Gerente lo hizo pasar a su despacho para charlar un rato con él. Lo felicitó muy mesuradamente, lo miró y lo volvió a mirar con mucha curiosidad y atención y le deslizó ciertas preguntitas. A todas respondía con un entonado y fuerte sí el hortelano Riofrío, menos cuando se le inquirió si había agrandado sus muy cortos cultivos.

—No —tuvo que admitir—: pero el año que viene ¡plantaré viña y sembraré papas y zanagorias!... —Bueno: eso es lo principal, don Pablo —le previno el Gerente—. La República Argentina necesita acrecentar su población, especialmente la agraria, que para eso se adjudican tierras casi regaladas. Es una vergüenza que en tres millones de kilómetros cuadrados, apenas lleguemos a una población de veinte millones; pero ante todo y ¡por sobre todo! nuestra patria debe producir ¡y producir tres veces más de lo que produce!

—¡En ésas andamos!... —le interrumpió el viejo.

—En ésas ¡no andamos! —le retrucó el Gerente—. ¡Cada vez producimos menos

en agricultura! Todo se vuelven aprestos con batallas del maíz, batallas del trigo y con tantas batallas, ¡cada vez cosechamos menos! Nuestro lema de argentinos debe ser: ¡menos discursetes y más trabajo! ¡Producir y producir! ¡Necesitamos divisas! ¡Muchas divisas para...!

—¿Y para qué diablos son esas famosas divisas? Yo, por más que me empino y me alargo pensándola, no alcanzo a divisar...

—La verdad, don Pablo, es que a todos nos pasa igual: por más que nos empinemos ¡no se dejan divisar las divisas! Bueno, ¿qué le estaba diciendo? Ah, sí... Sobre la producción, que día a día se va más barranca abajo. Y, a propósito, amigo Riofrío: me han informado que sus hijos mayores, en vez de trabajar la tierra que les ha caído como del cielo, ¡se vienen a Mendoza en bicicleta a hacer de lustrabotas! ¡Está bonito eso! ¿Por qué no cultivan la tierra que usted tanto pidió para hacerla producir? ¡Explíqueme esto!

Pero don Pablo se defendió bizarramente. Era cierto que sus hijos mayores se venían a la rumbosa avenida San Martín a lustrar los zapatos de los parlanchines puebleros; pero, en cuanto a los chiquitos ¡eran leones para el azadón! ¡Había que verlos hacer maravillas con palas y azadas! ¡Si era de pararse a mirarlos detrás de los surcos y camellones! ¡Si hasta se persignaban con la pala! ... ¡Ah!

—Bueno, bueno —tuvo que atajarlo el Gerente—. No comprendo bien eso de que los grandes, que tienen fuerzas para el trabajo de la tierra se vengan a lustrar zapatos y que los chiquitos, que ni tienen alientos ni saben lo que hacen, sean los esforzados labriegos.

—¡Son verdaderos leones para cultivar la tierra! ¡Hay que verlos... Ah!

—Bien; la semana entrante irá el Inspector por su lote para verificar los adelantos que se hayan efectuado. Él me informará sobre lo que hacen esos lioncitos...

En el mes puntero de 1953 volvió a plantarse en la puerta de la Gerencia don Pablo Riofrío para que le anotaran el nacimiento de su decimosexto vástago y, de paso, no se olvidaran del descuentito... Sí, se trataba de un niño que, por lo llorón, prometía ser un tigre para el trabajo. El Gerente, muy preguntón y mirón, fue atajado habilidosamente en sus avances pregunteros sobre el progreso de los cultivos, con grandes ponderaciones a la labor de los chiquitos. Cierto era que los grandes no sentían amor por el arado, pero ¡los chiquitos!... Había que atajarlos para que no zanjaran todo el terreno con acequias que iban de aquí para allá y de allá para acá. Era como una «idea» con que habían sido agraciados por herencia de los antiguos Riofrío, mentados labradores guaymalleninos, que nivelaron y rozaron los campos más rebeldes, de sol a sol y sin parar hasta dejarlos con cosecha en puerta... ¡Ah! Los Rio-frío... Hechos estaban a manejar palas y azadones y, en tratándose de cultivos, ¡nadie los igualaba ni en dándoles ventajas! Lo único que los desanimaba es que si antes el peso valía y se hacía respetar como buen criollo de ley, ahora, por causa de

los gringos, había aflojado tanto que cualquiera lo pordelanteaba... Y sobre este punto, ¿por qué no le rebajaban el precio de lote? ¡Era lo justo! Si bajaba el peso, ¡debían bajar todos los precios para que la bajada fuera a la par y no lo aporrearan, acuadrillándolo por todos lados!

—No —le puso valla el Gerente—, y sepa que con la baja de la moneda usted sale ganando porque el precio del lote es el mismo de antes y usted ahora cobra mucho más en sus trabajos particulares.

Se fue el viejo Agricultor, pero el Gerente no tuvo mucho tiempo para olvidarlo porque ese mismo año volvió y con cara alegre y noticiera. Se lo hizo pasar.

—¡Qué! —le inquirió el Secretario—. ¿Ya viene con la noticia que le nació otro niño?

—No, señor. Pero el año que viene...

—Para el año que viene solo falta medio mes. Estamos en diciembre.

—Y, ¡bueno! Lo esperamos para enero. ¿No podrían acreditarme ahorita mismo el cincito por ciento para darme el alegrón de Navidad y Año Nuevo? ¡Cuanto antes, mejor, y teniendo en cuenta que el peso se sigue desbarrancando, ¿no podríamos darle un envioncito a la descontadita y levantarla, como buenos criollos, al diez por ciento?

Gerente y Secretario no pudieron contener la risa.

¡Había descubierto la forma novedosa de pagar su tierra don Pablo Riofrío!

La verdad que tanto niño se criaba a la buena de Dios en la descuidada huerta. Olladas de zapallos, camotes, choclos y mazamorra se engullían todos los días y claro que los amasijos y el honor no descansaban. Con tecitos de yuyos se curaban los resfríos y otras dolencias propias de la edad temprana. La robusta señora de Riofrío pedía a sus parientes y vecinos todos los sacos viejos, dados de baja, y medio les acortaba las mangas. Y para que no se cayeran y pudieran sostenerse en tan pequeños hombros, les agregaba otra hilera de botones y ojales ... Y era de verlos por atrás, porque los niños ¡siempre iban!, a la larga hilera de sacos viejos que caminaban sin que se les viera las patitas, ya que los caminantes sacos caían hasta el suelo. Era la casa de los sacos que caminan levantando tierrita...

Lo cierto es que necesité, en 1960, hacer limpiar una acequia regadora de mi chacra. Encargué a Blito que me buscara un peón. Blito es el hijo mayor de Pablito, el primogénito de don Pablo Riofrío, y como ya eran tres los de este nombre, se lo llamaba simplemente Blito. Es laborioso, imperativo y ¡más que ejecutivo!

—¿Y por qué no me da a mí el trabajo? ¡Yo se lo tomo por 250 pesos!

—¿No es mucho, Blito?

—¿Quiere que le regale el sudor de mi frente? ¡Y sepa que se lo dejo baratito porque hago trabajar a mis tíos!

—¿A sus tíos?... Bueno: ésa es cuenta suya. ¿Cuándo terminará la limpieza?

—¡El sábado que viene! —Y ya en funciones, salió corriendo a su rancho en procura de herramientas.

Tres días después quise verificar cómo iba el trabajo. Me zumbaba en las orejas aquello de los tíos... En llegando al principio de la acequia, distinguí a Blito que trabajaba afanosamente y, en la otra punta, a su hermanito que cimbraba en su diestra una larga varilla de mimbre. Capataceaba, vigilante y enérgico. Pregunté al empresario cómo iba la obra.

—¡Lindo, nomás! —me contestó, animoso—. Para el sábado que viene queda todo terminado ¡y vaya aprontando el bolsillo porque quiero mi biyuya!

—Está bien, Blito: le pagaré al recibir el trabajo. Pero, ¿no era que le iban a ayudar sus tíos?

—¡Y ahí los tengo, con palas, azadones, picos y horquillas, pues! ¡Qué! ¿No los ve cómo trabajan? —Y señaló hacia adelante.

Miré con redoblada atención y pude ver, ¡sí, señor!, que los montes que tapaban la acequia temblaban reciamente aporreados. Me arrimé a curiosear y distinguí, semitapados por las malezas, a cuatro niñitos, a cual más chiquito y vivaracho, todos enchufados en sacos de adultos. Estos sacos se contorsionaban increíblemente y de adentro salían pujidos y resollidos impresionantes. Ninguno de los cuatro sobresalía del borde de la acequia... Comencé a amoscarme. Pregunté:

—¿Y qué hace aquel que está allá, en la punta de la acequia, con esa varilla?

—¿Ése? ¡Es mi hermanito! ¡Le pago para que me vigile a nuestros tíos! ¿Qué, no ve que está a la salida y con la varilla lista?

—Pero, Blito... No comprendo ni jota: ¿quiénes son aquí los famosos tíos?

—¡Esos cuatrito que están ahí a pujidos con palas, horquillas, picos y azadones! —Y señaló con enojo a cuatro niñitos de 4, 5, 6 y 7 años de edad—. ¡Ésos son mis famosos tíos!

—¿Y por qué ha de estar aquél allí, sin trabajar y amenazando con esa varilla?

—¿No le dije, y vuelvo a decirle, que para atajar a los grandes tíos que quieren escaparse? —¡En mi vida he visto una cosa igual! —¡Es que la que aquí se anda viendo no la pensaron ni los diablos de los infiernos! ¡Y toda la culpa la tiene el viejo cascarudo de mi agüelo, que le da por hacerse el gallo castizo! —¿Y qué tiene que ver su abuelito con todo esto? —¿Que qué tiene que ver? ¡Hum!... ¡Ya anda curcuncho con los años que carga, pero no le afloja! ¡Y lo que más rabia me da es que yo, por ser el mayor y más formal de los nietos, tengo que soportar todas las que hacen estos tíos chiquito! ¡Me hacen morir de vergüenza en la escuela!... Yo estoy en segundo grado y los dos tíos más grandecitos, en primero infantil, y en el recreo, por hacerme rabiar los muchachos, me gritan: «Chey, Blito: mira lo que están haciendo tu grandes tíos!» Y sueltan las carcajadas a costa mía. Y yo, delante de todo el mundo, tengo que hacer de sobrino fenómeno de estos famosos tíos chiquitos. ¡Ya me tienen

patilludo! —Y miró con rabia y ganitas de írseles al humo a los cuatro pioncitos que forcejeaban con los montes. Los chiquitos, que ya conocían los sopapos del sobrino, dejaron las descomunales herramientas y se aprontaron a huir. Parecían quirquinchitos dentro de la caparazón de los grandes sacos.

—Francamente, Blito, es la primera vez que veo estas cosas.

—¡Estoy hasta la coronilla! A mí me gusta tener tíos grandes, bigotudos y barbones, como lo es mi tío Amancio, pero ¡que se me descuelguen con tiitos de cuatro jemes, que no me llegan ni a la rodilla, es pa terminar con mis aguantes!

—Bueno; pero ellos no tienen la culpa.

—¿Que no tienen la culpa? Ah, ah... ¿Ya qué se meten, entonces?

—A qué se meten, ¿a qué?, Blito.

—¿A qué se meten a ser tíos si no les da el cuero pa tanto?

—Pero... ¿qué culpa pueden cargar los pobrecitos?

—¿Qué culpa? ¡Hummm!... ¡Que no los conoce, diga mejor! ¡Se hacen los zorritos muertos pero la llevan bien guardada! Cómo quiere que no esté aburrido si año a año me hacen otra vez sobrino de un tiito ¡o tiita! Y lo peor es que yo solo tengo que cargar con las burlas de todo el mundo y no solamente en la escuela sino en todo el vecindario. Vea la que me pasa con el almacenero de la esquina que, cada vez que voy, me sale con un: «Mira, Blito, decile a tu famoso tío Nicanor que como lo pille otra vez robándome los caramelos ¡lo voy a dejar derecho a guascazos!» ¿Y el verdulero? ¿No me viene con un: «Atendeme, Blito, que ese tío más chiquito tuyo, ese que parece un conejito del cerco, se me sube a la carretela y no me deja zanagoria sana. Vos aconséjalo a tío, porque si no...» ¿Y el vecino Landa? Me cae todos los días con que: «Has de oírme, Blito, que ese tiito tuyo, facha de patito cieneguero, se me entra a la güerta y no me deja un durazno...» O la señora del herrero que, en plena calle y delante de todo el mundo, sale a gritarme: «¿Hasta cuándo, Blito, voy a soportar a tus hermosos tíos que no me dejan un vidrio sano con sus famosas hondas?» ¡Resulta que yo soy el paga cuetes de todos los tiitos que me han caído y me siguen cayendo!

Miré a los cuatro Riofriitos que, alarmadísimos, habían dejado de aporrear a los montes por abarajar el sartal de acusaciones que les caían encima. El miedo los atribulaba y la única defensa era, como siempre, la huida en desparramo, pero el sobrino capataz vigilaba la salida varilla en mano. Me miraron los pobrecitos pidiendo mi protección. Los entendí: me arrimé a ellos y, a guiños y gestos, les garanticé la paz. Con esto retornaron todos al trabajo y palas, picos, azadones y horquetas volvieron a atacar los montes. Al rato solo se oían desiguales resollidos.

Y llegó el sábado, día consagrado al arreglo de cuentas. Fui a examinar la acequia. Estaba más o menos limpia de malezas, sí, señor, pero ¡a lengüetazos! En parte, demasiado raspada y en otras con pasto salado y tronquitos de arbustos sin

arrancar. Se lo reclamé a Blito, pero me contestó con furor contenido:

—¿Y qué quiere que haga con estos que se meten a ser tíos? ¡Los pongo a trabajar para que medio se hagan gente y me pagan con las del chanco rengo! ¡Buenos varillazos les voy a arrimar a los cuatro juntitos en cuanto salgamos! Y no se crea que la sufren mucho porque se encogen como tortuguitas dentro del gran saco que les ha caído encima y más es el ruido que las nueces!

Me acerqué a los cuatro niñitos. Los muy habilidosos, por señas y guiñaditas, me pedían que les pagara primero a ellos. Entendí perfectamente. Dije al sobrino empresario:

—Blito, le voy a pagar lo convenido, pero que cada uno reciba su parte para que no le levanten calumnias de tramposo.

—¡Eso es lo único que me está faltando!

—¿Qué le parece este reparto?: a usted, 100 pesos; a su hermano cuidador, 50; a Sofanor, 35; a Nicanor, 30; a Lindor, 20, y a Antenor, 15. Son justos los 250 pesos tratados.

—¡Aquí sí que me paro a reclamarle que no es trato! De mí no se aprovechan mis tíos, que se vuelven puros pujidos y a los montes ¡ni caso que les hacen! ¡Éstas son mis cuentas bien sacadas! Yo, 140 pesos; mi hermano, 40; Sofanor, 25; Nicanor, 20; Lindor, 15, y el gran Antenor, como el chanco más petiso, que se contente con la colita de 10 pesos. ¡Todas las noches me lo paso refinando y volviendo a refinar estas cuentas!

—Bueno, Blito, así se hará. ¡Que se arrimen todos los Riofriitos a la paga! —Se precipitaron en montón y les fui entregando, ¡a los tíos primero!, lo que les correspondía. Y no bien arrebataban los billetes salían huyendo el primero, el segundo, el tercero y el cuarto saco, sin que se les vieran las patitas, rasando la tierra y levantando gran polvareda...

¡Demoré la paga a los sobrinos hasta ver guarecerse el último tiito con saco y todo en su casa!

EL GRITO DE LA NOCHE

¡A h, la soledad de mis campos mordidos por la Noche...!

Nadie podrá convencerme jamás que no hay una Vida que vuelve, celosa, a desandar pasos de los campos en soledad.

Sé que no defiendo ninguna «causa justa» al apartarme en estas cavilidades a los paraderos del misterio. Sé que no podré explicar ni por qué abordo estos temas que a mí mismo me causan secreto resquemor y lamidos del sufrimiento. Bien sé que todo esto podrá parecer vana fantasía y ensoñación, pero yo mantendré en resguardo por siempre mis reservas. ¡Oh!... Algo se agita y resuella entre los mantos de la noche.

Esto que aquí ocurre lo cuentan los campesinos de los campos más soledosos: los leñadores que por mísero salario esquilman los miserables ripios y arenales de la carcomida vida.

Hay lugares tan alejados, tan apartados de toda presencia humana que al cruzarlos, el Hombre se siente dentro de los alientos en sublevación de la soledad hollada.

Andando por esos desamparos, hoy degradados en desiertos pero partícipes de vida humana en épocas primitivas y elementales, me he enfrentado a la duda lastimante que allí anida, en resguardo, el sentir de los hoy ausentes. ¿Cómo es posible que el Hombre en goce del instinto primitivo no labre en resonancia de inquietudes un recuerdo perdurable en su «habitat»? ¿Es posible que el Hombre, en su penosísimo ascenso milenario, deje un vacío abismal con su ausencia? ¿No quedará allí, aposentada, el aura superior que lo ennobleció? El hombre de pensamiento, aun el más ahincado en la negación, se encariña con el consuelo de que «algo subsiste». Algo queda después de la definitiva ausencia; ese algo desasosiega a quienes presienten su alentar extraterreno, asomante, punzador, misterioso...

En noche que hube de quedarme forzosamente en un «real» de leñadores, trabé relación con unos hombres que esquilman restos de leña de campos ya esquilados. Hachaban troncos de algarrobos que convertían en carbón de cocina. Aquí aconteció lo que narro en voz baja.

Llegué al paradero ya muy avanzada la noche, guiado por ladridos de un perrito y las lumbres de un fuego. Poco baqueano, había perdido el camino de Los Sauces. Con toda complacencia levanté voz en aquellas negras soledades al saludar y pedir permiso a aquellos hacheros para hacer noche con ellos. Fui recibido por dos hombres de edad y un mocito de unos 17 años, todos carboneros. Apenas disponían los pobres de un resguardo de ramas secas. Por esos días debía llegar el carro a mulas a llevarse la carga de carbón y traerles bastimentos y, sobre todo, agua para la bebida.

Apenas atesoraban una cuarta de agua amarillenta y maloliente en el fondo del viejo barril. Esto me lo advirtieron cuando les pedí agua para mi mula.

—A usted le podemos convidar un traguito, pero a su mula ¡ni se le ocurra! Seis leguas quedan al balde más cercano. Mañana, ensille de madrugadita y llegará a la aguada antes que se le corte de sed el sumido animal que monta.

—¡Esto es la «travesía», el país de la sed! —me dije. Desensillé mi mula y la aseguré con el lazo para que se engañara con míseros pastos—. Mañana —le dije bajito en la oreja— te daré pasto bueno y mucha agua fresca.

Me allegué con las alforjas bien provistas a mis ocasionales amigos. Les repartí queso, higos pasas y pan. Unos tragos de vino de mi bota los bebieron ávidamente. Muy luego animaron el fuego y, a su lumbre, creció la cordialidad. Tomaban mate y se entretenían con pan duro. El vino animó las charlas y yo inicié mis averiguaciones sobre caudales nativistas. Este «vicio» no lo puedo ocultar.

—¿Cuentos? —me respondió el más viejo—. Ya estoy muy olvidado y no tengo gracia para contarlos. ¿Tonadas? No. No teñimos guitarra para cantar en el desamparo de estos campos y aquí el canto es como bullaranga en un cementerio. Estos desamparados desiertos devuelven las voces cantoras con acompañamientos forajidos y descaminados... Uh, si ya hablamos bajito como si nos asustara despertar a alguien.

¡Di en el clavo! Ya estaban, en hilván, adquisiciones folklóricas. Era cuestión de seguir la cadena palabrera.

—¿Así que por aquí resuenan otras voces? ¿No será que el campo devuelve los ecos?

—¡Bueno!... Es de pensarlo. Pero a nohotros no nos tienta el hablar fuerte ¡y menos de noche!

—¿Por qué?

—Bueno... Porque pueden atraerse algunas presencias penadoras de estas inmensidades.

—¿Es que hay ánimas en pena por las cercanías?

—Se ve, patente, que usted anda en seguimiento de novedades y nos está tirando la lengua. Le digo por segunda repetida que no es de nuestro gusto tentarnos con «las presencias» porque sobrevienen los castigos. Mejor cambiemos de conversación y así vengo a preguntar sobre cuánto vale el kilo de carbón en los almacenes del poblado.

—¡Hombre! No lo sé.

—Eso es lo que quisiéramos saber porque nuestro patrón, que nos chupa la poca sangre que nos queda, dice y nos vuelve a decir que cada vez está más barato; pero mi compadre Santos me hizo anoticiar, por el contrario, que día a día sube más de precio, como todo. Usted que viene del pueblo, bien pudo traernos lo cierto. Nohotroh, los carboneros del campo, nos quemamos las espaldas al sol hachando troncos,

haciendo hornallas en la tierra y en quemar a fuego gobernado hasta conseguir el carbón, sin gozar de un respiro y todo ¿pa qué? Pa medio ganar la sal...

—Así es, amigo. ¡Es el destino del pobre!... Y, dígame: ¿no han encontrado algunas puntas de flecha por aquí?

—Unas que otras. Dicen que son de los indios huarpes, de la antigüedad enterrada. Aquí tiene unas pocas. —Y me alcanzó una media docena de puntas trabajadas en sílice y obsidiana. Las tomé golosamente.

—¿Me las vende? —pregunté, interesado.

—Yo no vendo piedritas: se las regalo.

—Gracias... ¿No han encontrado alguna cosa rara?

—Bueno... Esto que creo es de cobre. —Y extrajo de los pellones de su recado que le servía de cama, una lámina de cobre trabajado. Era un emblema de mando de la extinguida nación huarpe. Representaba el cuello y la cabeza de un ave de rapiña.

—Esto sí que me lo vende.

—No vendo lo que no me cuesta trabajo. Lo encontré sobre un esqueleto de indio. Ahora, si nos quiere convidar tragos de vino...

Les pasé nuevamente la bota vinera. Bebieron ansiosamente los tres hombres. Con los empujes del alcohol tornáronse más conversadores los hacheros. Esto es lo que yo buscaba de aquellos huraños. Para hacer más viva la reunión y provocar charlas, llené un jarro y lo dejé a mano. Tenté nuevamente tirarles de la lengua.

—Yo sé —les dije campechanamente— que siempre hay qué decir y qué contar de cosas viejas, a punto de hacerse olvido. Hay casos raros que son ciertos y verdaderos, pero que parecen de sueño y fantasía y que solo se manifiestan en los apartados campos.

—Así será, señor —contestó despaciosamente el más viejo y veterano—. Hay desiertos como éstos que son nidales de la sed y del hambre y sin embargo, con ser aposentos de la tristeza y el aplastamiento, de repente se aparece, como en un soñar, un jardín de fantasías escondidas... —Iba a seguir el viejo cuando quebrantó el silencio de la noche la novedad de un grito en las cercanías. Era un alarido penetrante, lleno de salientes punzadas. La noche en sueño fue despertada por ese gritar con la solicitud del contesto... Se me dio por pensar que era un viajero perdido que voceaba para hallar un paradero en la noche. Me levanté y tomé resuellos para contestar con mi fuerte grito al requerimiento.

—¡No conteste! —me ordenó el viejo, valiéndose de los ojos, espantado y en afán de salvación—. ¡No conteste, se lo mando!

Me invadió el miedo. De repente hice cuentas que estaba sólito entre desconocidos. Podrían matarme. Tal vez querían que no viniera ningún testigo...

—¿Por qué? —pregunté alarmado.

—¿Por qué? ¿Quiere ser tragado por los reprofundos? ¿No malicia quién tira ese

anzuelo en vías de la tentación y el agarre?

—No comprendo... Ha de ser un viajero perdido en los campos, cercado por la noche, que pide una contestación para encontrar gente amiga.

—Si fuera un viajero perdido, ¿por qué no gritó antes? ¿Por qué tira sus gritos después que llegaron las Deshoras? ¿No cae en la cuenta que es pasada la medianoche y que «ése» grita en vías de tentación y apoderamiento? ¡Esperó a que el gallo diera la señal con su tercer canto para que abrieran sus portales las Deshoras!

—¿Los portales de las deshoras?

—¡Usté quiere saber mucho y nada sabe de los descaminos en las oscuras del campo! La noche es de Nuestro Señor hasta el tiempo y la medida que va del anochecer a las doce. No bien se vence este medir, sale de sus fuegos el Rey de las Negruras a desandar los caminos del Hombre. Abiertos de par en par sus portales, asoma primero y luego sale el Tentador: viene a largar los anzuelos de la Noche. En la desolación de estos campos, él desparrama sus gritos pegajosos pidiendo una contesta y ¡pobre del que se tiene en responderle! Para el tentado solo cabe la perdición... A ver: siéntese a comer con nosotros el pan de la noche y atienda para que aprenda. Esto se le digo a usté y con palabra ajustada para el que anda curioseando y aguaitando los campos, sin alvertir que lo guía una ceguedad. Aténgase a lo que voy a decirle, que es cierto y verdadero. Siéntese y quédese quieto y no se salga de las defensas de las lumbres de este fuego si no quiere ver cosas de espanto.

Me senté. Parecíame entrever en la obscuridad circundante a las muecas espantables de la Cavilación.

—Una vez, siendo mocito de la edá de éste, ¡Dios lo libre y lo proteja! —dijo el viejo leñador señalando al adolescente—, hachábamos leña en un campo que está entre San Luis y La Rioja. Eran de soledad y desamparo esos desiertos. Cada mes venían carretas a bueyes a llevarse el carbón, y a traernos bastimentos y agua, aunque había por allí unas bateas de piedra que recogían algo de lluvias. Una noche... —Las obscuridades fueron horadadas por otro gritar trasminante, ya más cercano. Esta vez, puesto ya en alarma, lo oí en caviloso vigilar. Contenía este grito un reclamo de contestación, como quien pide algo de alguien. Se me antojó la mitad de una señal que pide la otra mitad para llegar a ser. Había industria hechiza en este reclamar en la perdida noche. Mas también se traslucía al dueño y mandón de los campos. En ese gritar cabían cien gritos menores, desde la solicitud tierna y lastimosa hasta el alarido acaudillador de voluntades ... Los cuatro hombres al amparo del fueguito nos apretujamos en un mismo sentir de hermandad ante los arañantes asomos de las Deshoras.

—Déjelo al Tentador que tienda sus redes... No vendrá. Lo que le iba contando, señor, ocurrió en aquellos campos, tan o más solitarios que éstos. Lo llevo grabado en los hondos del recuerdo, como que fue un lunes que supo ser dos de agosto.

Habíamos cumplido con la tarea de leñar y estábamos como ahora, cuatro hombres arrimados a la lumbre del fuego. Pasada la medianoche y ya en el dominio del Enemigo, contábamos chascarros y tomábamos algunos tragos de vino, cuando se dejó oír el mismo grito que ahora nos desasosiega... Un hachador puntano, que de sobra era valiente, se puso de pie y contestó con guapeza al Grito de la Noche.

—No conteste, amigo —le aconsejó el más viejo de todos.

—¡Qué no voy a contestarle! —retrucó el ardidoso puntano y como luego llegara un segundo grito, ya más cercano y avasallante, el tentado por la Malignidad, contestó a esa nueva señal con el todo del desafío... Valiente y de temeridá era el hachador puntano; a qué negarlo y a qué deslucirlo, pero...

—¿Qué pasó después? —pregunté ansioso y arañado por ariscos puntazos.

—¡Lo que es el destino del hombre! Se oyó el tercer grito: el que marcó el fin y el acabo de los llamados, y el mocetón puntano se bebió un jarro de vino, se empinó al límite y contestó con el todo de su gritar al Tentador, ya en las cercanías... Como no ocurriera nada en esos instantes, se sentó muy orondo y tiró puyas a todos nohotroh, que estábamos abatidos. Así pasaron unos ratos y otros y ya íbamos a acostarnos en nuestros recados, cuando el puntano se quedó con la vista clavada en un desconocido que allí estaba en la más llena presencia. El forastero se hizo manifiesto con todo su ser y estar. Asentaba en peso y en abarque de ojos. Nadie había visto ni oído cuándo ni cómo llegó. Yo alcé mi mirar y pude ver, con apagamiento y ofensa de mis ojos, a un hombre moreno, muy bien puesto. Lucía botas y se cubría con un poncho rojo y negro. Un gran sombrero alón le cubría la cabeza, pero lo que no olvidaré en los restos de esta vida, fue el mirar de esos ojos que parecían mansos y cuasi apagados, pero que trasminaban y forzaban al obedecimiento, tras apagar toda resistencia en el retroceder del cristiano. El forastero que sobresalía en la obscura noche, dueño de todos los silencios y sin gastos de ademanes ni desparramar palabras, descansaba el peso de su mirar dominante en el ardidoso puntano que se tragara con los tres llamados de la tentación. Posaba en él los fuegos del mirar, como si por fin hallara lo que en vano buscó por las lejanías. Sin mudanzas en pestañeos, allí se dejaba estar el aparecido, de frente a su cosecha, sin hacer caso de nohotroh como si no fuéramos nadie y allí no se contara más que uno: el descarriado... Todos nos conteníamos, trabados en un estar en ser, apenas pestañeando y respirando, como quienes cumplen un mandato del Encanto. Al rato sé puso de pie el hachador tentado y sin decir palabra; ni siquiera mirarnos, siguió paso a paso al que se manifestara «en presencia», que se ausentaba, noche adentro... Salió nuestro compañero de las lumbres del fuego y se adentró a los silencios como si lo llevaran atado y sometido. Se fue y se fue. Oímos sus últimos pasos como si bajara a los reprofundos... Nunca más se supo nada de él. Se hizo humo. Desapareció para siempre. No se hallaron rastros de sus pisadas, ni noticias de su paradero, ni mentas de su nueva morada. ¡Se lo tragó la tierra...!

Un tercer grito, ya más cercano y porfiado, partió en dos la soledad tenebrosa. Mi alma, puesta entre los filos, le sumó todas las malignidades. Sentí estremecimientos y ahogos. Mi mula bufaba con espantos y hacía enviones de dispararse.

—No se asuste, don. Ya remató su tercer grito el Tentador y ya falta poco para que las Deshoras vuelvan a la nada. Dio su cantar primera y segunda vez el gallo en anuncios del Retorno; a su tercer canto volverán las fuerzas vencedoras de Nuestro Señor... Además, vamos a rezar las Doce Palabras Redobladas.

Y a una señal del viejo hachador, retornado a la austera actitud bíblica, los otros dos hombres entraron a la creencia con mansedumbre en la voz. Comenzaron la letanía: Una, ¿qué es una?, la Virgen parió en Belén y siempre quedó pura. Dos, ¿qué son dos?, las dos Tablas de la Ley. Una, ¿qué es una?: la Virgen parió en Belén...

Encogido en la Noche, me perdía en los caminos del lastimado cavilar.

LA DEMANDA A LAS HORMIGAS

—**T**un... tun... —¿Quién es? —Yo, pueh, mi señor juez. —¿Y quién anda siendo usté? —La vecina Sebastiana de al ladito del acequión de las de Gómez.

—Ah... ah... ¿Y a qué anda viniendo?

—Por asuntos de demandas vengo, pueh, ya que no me dejan vivir las enemigas... Pero, ¿hi de'poner demanda en el jujao detrás de cerradas puertas?

—No, pueh. Pero ande esperando unos ratos por ai que agorita, no más, me levanto de dormir la siesta.

—Así ha de ser, pueh, mi señor juez del jujao.

—Dése una güeltita por mi huerta y, de paso, y como quien no quiere la cosa, míreme si entra agua por la acequia regadora; me le allega un chorrito al sandialito y otro a los porotos que ya se me secan, y por último, y como al descuido, fíjese si el sobrante saldrá por el desagüe, que está medio tapao, no sea que se derrame. Al entrar verá un azadón: tómelo y me recorre...

—Sí, señor juez. Le recorro la acequia, le hago y le deshago tapones y sin más, le riego las plantitas.

Bienhaiga la suerte. ¡Onde irá el güey que no are!... Y ya me fui, tamién.

Anduvo doña Sebastiana recorriendo los surcos enchipcados, limpiando acequias, regando las plantitas, desyuyendo al paso y mirando por aquí y por allá con celos de dueña y habilidades de hortelana.

Como a las dos horas se levantó el señor Juez de Paz y después de tomar sus matecitos, medio se arrequintó y se fue a ver su huerta. Se había olvidado de doña Sebastiana.

—¡Jesús, por Dios! Al fin lo veo aparecer al señor juez. Mire, pueh, yo venía...

—¿Qué me dice y qué me anda contando, doña Sebastiana?... ¡Ah, sí! Mire: ¡si me había olvidado que usté venía por una cuestión de demanda!

—Ya medio le acomodé su descuidado sandialito y quiera la Virgen que para cuando maduren las sandiyas...

—Sí; ya sé: una sandiyita le tocará. ¿Ya qué vecino o vecina viene a poner pleito?

—¿Vecina o vecino ha dicho?

—Sí, mi señora doña Sebastiana. ¿Contra quién es la tal denuncia?

—Mire, vea señor juez: ni vecino ni vecina. Son las muy picaras de...

—Ah, ya sé. Usté anda queriendo poner demanda contra las del Tapón de Sevilla que cortan el agua dé la hijuela a tierra, con pala y azadón, y no dejan pasar ni gota.

—No mi señor del jujao. Nadita que me va ni me viene con las tales Sevillas y en cuanto a sus tapones, ¡que reclamen los de aguas abajo!, que yo riego aguas arriba y

ni medio daño que me hacen. Mi demanda es contra las muy...

—Ah... ah... Ni pueden ser otras que las hijas del Taita Pancho, que ni dejan dormir ni cesan de majaderiar por andar a puras tonadas por el barrio de las Tortugas, y les quitan la paz y el sueño a los buenos vecinos que de noche reclaman un descansito a sus trabajos.

—Las hijas del Taita Pancho no se propasan a molestarme con sus tonadas y parrandas y aunque las masco, pero ¡no las trago! por sus descaros y mala vida, ¡que a Dios rindan cuentas de sus pecados y demasías! que no me toca a mí el andar soliviantando autoridades contra las tales y cuales. No, mi señor juez. Yo no vengo ni hei venío a poner denuncia contra ellas, sino contra quienes me devoran las hacienditas que Dios me dio y la Virgen me las conserva.

—Ah... ah... ¡Agora sí que caigo al centro de la cuestión! Usté viene a demandar a los muy picaros de los Chirinos, que son unos cuatrerros de mala ley, que no solo roban haciendas sino que la pasan a Chile a venderlas por el Paso del Portillo, y convoyados con los restos de los pincheyrinos la mediean en haciendas cuatrerriadas.

—Ni medio que me han hecho los mentados Chirinos y nada que hi perdió con sus cuatrerías, porque, ¿qué vacas ni yeguarizos me van a robar a mí? Si, aparte de mi yegüita cebruna, no tengo más cuatropesa que esa sillera. Muy otra, mi señor juez, es la razón y norte de mi pedimento de justicia a la ley que en usté descansa y asienta. A pedirle vengo un poco de su justo balanceo en la legalidá porque mis escasos haberes van quedando mermos por vía de tupidos daños...

—Le salgo al paso a atajarla, doña Sebastiana. ¿Con que no entran en el embrollo ni las Sevilla, ni las hijas del taita Pancho, ni los atropellantes Chirinos? Yo me glorió de conocer este barrio, que es grande y desparramao y de su gente varia, entre malos, güenos y los de medio pelo, pero hágame un lugarcito para decirle que no se me representa en la memoria quién o quiénes pueden ser esos que la andan atribulando y sacando de quicio. Mire, vea, yo me devano los pocos sesos que me van dejando las tupidas desavenencias del barrio, pero hi de llegar a decirle en mi recular ¡que no caigo!

—Si me hubiera dejao hablar dende un principio, ya sabría el señor juez quiénes son las que, por darle el gusto a la dañinería, mermaron mis poquitos haberes y haciendas, óigalo de una vez y no se descamine en las divagadas por ai: ¡son las picaras hormigas coloradas!

—¡Quién me lo iba a decir! Pero vaya sabiendo, doña Sebastiana, que ésa no es agua para mi sed. A este jujao caen los dañados por manos del hombre o ardiles de la mujer, que son los que castigan las leyes que andan imprentadas; los otros dañineros escapan por vía del albañal. ¿Y qué quiere que le diga? ¿En qué códigos se castiga a los irracionales a quienes Dios negó la luz de la razón y por su poquedad no salen del atraso y el limbo?

—Lo que estoy oyendo me dice a las claras que estoy condenada al perdimiento de mis escasos bienes. En mi defensa, levanto voz y pregunto: ¿hi de seguir sufriendo el ataque de las muy dañineras hormigas coloradas? ¿Y el señor juez me quita el habla y los recursos para apelar como dañada? ¿Pa qué sirve toda su letrada autoridá? ¿A qué voy a seguir velando noche y día pa medio criar mis pollitos y palomitas? ¿A qué voy a seguir defendiendo a mis animalitos y los frutos de mi huerta si todos mis afanes se hunden en el hormiguero? ¿No acudo yo en defensa de mi haciendita contra el zorro, el hurón y las culebras y por vía de palo los ahuyento y los castigo? ¿No siembro yo maicitos para mis gallinitas y palomas? ¿No les doy de comer a los pichoncitos en la palma de mi mano para que se críen gorditos? ¿No les persigo los diablejos y garrapatas para que no les chupen la sangre? ¿No les proporciono nido de paja y pluma, y los protejo contra el viento y la lluvia? ¡Todo ha de ser para que las hormigas coloradas se ceben en mis pichones y no dejen ni rastro de higos y orejones ni descaroizados! ¡Y todo ha de ser para que cuando yo comparezca al juiao con mis pesadumbres a cuestras me digan con la ley en la mano, que ni el robo se castiga ni hay pena para el atropello! ¡Ya veo que en mis estrechamientos de pobre tan solo me resta llorar las mermas y acabamiento de mis bienes! ¡Ya solamente me quedará el haber sido! ¡Ándate, pobre mujer, que tu campana de palo...!

—Ataje por vida suya, doña Sebastiana... Ataje que me aturulla. El caso y la razón es que yo, como juez, debo obediencia y acatamiento a las leyes y mi proceder está dentro del corralito de los artículos de la ley imprentada que me dice: ¡de aquí partís y aquí llegas! Ni un punto de más, ni un punto de menos; pero ya que con tan antigua y tan buena vecina estoy hablando, le digo y le comunico que no hei de dejarla en el pantano y que me avendré a bajarme a hacerle la justicia que reclama, aunque es de esas que solo Dios y la Virgen comprenden y que los picaros y descreídos toman a risa y chacota. Y vaya sabiendo, vecina, que con esto me salgo y me aparto a ciertos descaminos...

—Ya veo, señor juez, que con usted estoy contando y que las muy dañineras que paran en hormiguero ya pueden ir haciendo las cuentas del castigo ...

—Vamos de poco a poco, doña Sebastiana. Bien sabe usted que para que rinda sazonado fruto esta clase de demanda, ha de ser entablada y alministrada con el concurso y la ayuda de dos vecinos creyentes y muy cristianos, como también el juez ajusticiante. Todos han de saber que asisten a un juicio de Dios; que naides se ría ni tome a chacota los cargos contra los acusados y las defensas que son de rigor, porque todo ha de hacerse de acuerdo y conforme a la antigua usanza de nuestros mayores, que arranca desde los tiempos sin memoria y pasada de padre a hijo.

—Por ese lado descuide el señor juez, que llamaré al vecino Mardoqueo Morales que las defienda y a mi compadre Ranulfo de los Ríos que les haga los cargos.

—No, mi doña Sebastiana. Su compadre Ranulfo ni puede asistir ni tomar parte

en el pleito porque, por ser compadre, le tocan las generales que la ley comprende. Han de ser, defensor y acusador, dos vecinos mayores de edad, casados en santa ley, de buenas y cristianas costumbres y muy quitados de toda cosa de masonería.

—¡Jesús, por Dios!... Bueno. En siendo así, lo petardearé al vecino don Juan de los Santos Arena, aunque anda con sorderas, las rodillas tembleques y fallo de la memoria.

—Para el lunes que viene, día de las ánimas benditas, yo me apiaré en su honrada casa y procederemos con la ley de Dios; pero sin carga de curiosos ni gente descreída y dados a la risión, porque ya se van yendo los tiempos de la antigua derecho y nos llueve gente malvada, con ideas anarquistas que todo lo echan a perder. Es a causa de eso que nos azotan plagas y atrasos del Cielo que anuncian el fin del mundo.

—Ya me voy yendo, señor juez. Con los dos vecinos nombrados lo esperaré el lunes, si Dios quiere. —Hasta ese día, si Dios dispone, y de paso, córteme Tagüita que ya me está inundando la huerta y hágame un güen tapón, que no me caigan golpes de agua a media noche.

Al lunes siguiente, pasada la siesta, se apeó de su cabalgadura el Juez de Paz en el muy limpio ranchito de doña Sebastiana. Entretenidos con el mate, lo esperaban la dueña de casa, acompañada por don Mardoqueo Morales, don Juan de los Santos Arena y otro vecino, un tan don Hilario no sé cuántos que se le pegó a don Juan en vías de ayudas porque la sordera y el temblor de rodillas lo tenían que ya me caigo y ya no te oigo. Nadita que le gustaba a doña Sebastiana el tal acompañante por lo culillo, tuturuto y enredista, pero ¿qué le iba a hacer?

—Pase el señor juez y tome resuellos, que deseguidita nos allegaremos a ver tanto daño y desolación.

—Güeñas tardecitas les dé Dios a todos y vamos viendo y vamos mirando dónde paran y anidan las demandadas.

—¿Un matecito con toronjil, señor juez? —¡No, mi señora demandante! ¡Ni una sed de agua puedo avanzar a recibirle! Podría cargáreme la acusación de vendido y acomodado... Y, sin más, vamos yendo.

—Ya pase el señor juez y vénganse los testigos, que todo enseñaré con ajuste a la verdá y sin un refalo de lo cierto y verdadero... Por aquí... Por aquí... ya estamos al llegar al hoyo de la guarida, aposento de las picaras dañinas que tanto anal y devoro me hacen.

—Conténgase, doña Sebastiana, y ajústese a lo que le prevengo: usted haga los cargos sin insultos ni agravios si quiere que se haga la justicia. Yo soy juez y no me ladeo ni pa una ni pa la otra parte... Ah... ah... ¡Carámpano, digo! Aquí había sabido estar el hormiguero acusado. ¡Humm! Y bastante grandecito que es. Sí; bien que lo veo y lo estoy mirando y bien que lo están atestiguando estos tres honrados vecinos que nos acompañan. Ahorita vamos yendo y por el mismo senderito de las

hormigas las hemos de seguir hasta llegar al mismo lugar donde... la trabajan. Ah... ah... Vamos andando y vamos viendo para la comprobación del fundamento de la demanda.

—Por aquí... Por aquí. ¡Y bien derechito que van las muy pillas!

—Le tengo dicho y le llevo prevenido, doña Sebastiana, que no avance insultos contra las inculpadas. Aténgase a dar relación cierta y verdadera de los hechos, sin avances ni propaso en las palabras. —Por aquí... Por aquí... ¡Y ya llegamos también al lugar del daño y mire y vea el señor juez a las osamentas blanquiando de mis pichoncitos de palomas que sirvieron para el devoro de las muy... ¡Bueno! ¡Que se engulleron de noche mientras yo dormía! ¿No da borujones de rabia ver tanto daño y atropello? ¡Y esto que ya tiré a la basura otras osamentas de pichones!... Que ya va pa la docena que me han comido. Y agora miren y vean lo que queda de mis pasas de uva que yo guardaba p'al invierno. ¡Ni los hollejos que me han dejao! ¿Y qué me cuentan de ese saco que estaba llenito de higos secos? ¡Miren lo que va restando, y aguaiten el tupido batallón de dañineras que entran de vacío y salen con tamaña carga al hombro, y que no dejan de mis higos sino la punta del palito. ¿No levanta rabia ver todo esto? ¿No se les encrespa el cuerpo ante el patente robo y picardía? ¿Pa eso trabajé yo tarde y mañana pelando y secando las frutas de mi huerta? ¿Quién sale a responder de los daños y...? —Sí; estoy viendo y mirando, vecina, lo ocurrido; pero, no se me avance en palabras ladeaduras porque agorita me voy y la dejo. Yo ¡soy juez! Y que naidas venga a tentarme con torcer mi rumbo de justicia. A ver: el vecino don Mardoqueo Morales que, como defensor, se ponga a mi derecha y don Juan de los Santos Arena, quien, como acusador, se gane a mi izquierda.

—Yo soy Mardoqueo Morales, vecino honrao y de los más antiguos del barrio de las Tortugas y si mi padre fue decurión como lo fue mi agüelo, mal podría yo salir en defensa de los delitos de las hormigas, cuanti más, las muy ladronas, me han acabao una botija de arropo con cascós que guardaba en mi alacena. Yo me hallo más para ser acusador porque con justa razón les guardo rencor. Que don Juan de los Santos Arena baje a ser defensor de las dañinas si es que no le remuerde la conciencia. — Señor juez: yo, como dueña de casa y empujada a pleito por las dañineras, hi de informarle que se han cambiado los papeles. Agora don Mardoqueo quiere acusarlas y don Juan de los Santos Arena, tan solo por compromiso, se allanará a la defensa de las muy...

—¡Carámpano, digo! ¡Cuasi la descompusimos al todo! Güeno, que el defensor esté a mi derecha y el acusador se gane al contrario lado y ya, sin más, vamonos yendo al fondo de la cuestión. Que hable el acusador, pero antes descúbranse los hombres, elévense en el pensar hasta Dios y los Santos y sepan que el Cielo nos asiste con su Divina Majestá.

—Yo vengo y digo, señor juez, que estas hormigas coloradas son de lo más pior

que anda por sobre el haz de la tierra. Hemos visto cómo se han comido los pichoncitos de palomas que por ser ¡tan tiernitos! no tuvieron ni juerzas ni plumas para pujar voliditos en resguardo de sus vidas. ¡Lo atestiguan sus osamentitas blancas! Y mejor es que no hablemos de las pasas de uva y de los higos que agora están hechos migas en el fondo del hormiguero, amén de otros daños que dejo pasar por alto. ¡Todo se lo llevan en son de robo y garrería! ¿Qué higuito y qué pasita de uva le quedan para pasar el invierno a doña Sebastiana? ¡El recuerdo de lo que fue suyo y con la boca amarga al recordar lo mucho que le costó procurar bastimentos a su alacena! Tan solo por lo visto y sin reparo en otros daños que quedan por destapar, por las que hicieron y las que están haciendo es que yo, en mi papel de acusador, yo levanto voz para decir con todas las letras que ¡matarlas es poco! ¡La pena del violín y violón pido para ellas, señor juez!

—Y esto que me olvidé de mostrarles los sacos de orejones que me han comido y que, para escarnio, solo me dejaron los carozos pelados.

—¡Silencio, señora, hi dicho! La demandante no tiene voz de acusación ni...

—¡Ah! ¿Y los daños que yo soporto? ¿Y mis sacrificios perdidos?

—¡Silencio vuelvo a decirle por segunda repetida! Si se falta a las leyes de la justicia, ¡pego la vuelta y me voy! ¡Carámpano, digo...! ¡Hum! A ver: que hable el defensor de las hormigas, don Juan de los Santos Arena.

—¿Cómo ha dicho? Ando con sorderas...

—Que hable usted. ¡Que defienda a las hormigas!

—¿Y qué voy a defenderlas si estoy viendo y mirando tanto daño!

—¡Usted tiene que defenderlas porque en usted recayó el cargo de defensor de las hormigas!

—¿Qué me está diciendo, señor del jujao?

—¡¡Que su deber y norte es defender a las acusadas!!

—Y, güeno... Las hormigas ¡por ser hormigas! tienen que causar daños y petardear a todos.

—No, señor. ¡Usted debe defenderlas con su leal saber y entender. Levante razones a favor. Póngase en el caso de las trabajadoras del verano para pasar el invierno...

—Es que se me hace duro defender a las dañi...

—¡Defiéndalas o se pierde el pleito!

—Y, ¡güeno! La hormiga tiene derecho a comer, a vivir, como todo animalito de Dios. Si no come ¡se muere de hambre! Y, entonces ¡hace bien! Y acabo, porque se me está revolviendo ...

—Güeno. Ya les alcanzó defensa. Agora pensaré con la luz de la razón y sin perderme en los mil caminos de la duda, de los ladeos, del acomodo... ¡Humm! ¿De qué se está riendo usted, vecino don Hilario?

—A mí me acosquilla la risa de ver que si la vecina Sebastiana quiere ahuyentar a

las dañinas hormigas no apele a tizones ardiendo y a desparramarle rescoldo hirviendo al famoso hormiguero... ¡Qué me vienen a mí con demandas y otras musarañas!

—Quien viene a estarse riendo de la justicia, así sea contra el género humano o los animales dañineros, ni es cristiano ni cree en Dios, y ¡nadie le da cabida con miras de escarnio en esta junción de los justos balanceos! Así, pues, yo vengo y se lo digo y se lo ordeno, que se retire, que se aparte y que se vaya de mi lado. No quiero burlescos ni descreídos caídos en herejía ante mi fallo. ¡Carámpano, digo!... Güeno, y agora que se fue el descreído enredista, déjenme hundirme en los hondos de la conciencia... ¡Humm! Yo bajo a comprender las razones de la Vida, así sea en el hombre o en el irracional, sin mirarles que sean grandes o que sean chicos, blancos o negros, bonitos o fieros, derechos o torcidos. Y poniéndome la mano en el corazón y mis dos ojos en la balanza de los justicieros; mirando por el bien de todos y el multiplico del animal y los frutos; celando por la justicia y la razón del vivir y levantando mi fe en Dios y en los Santos que nos miran dende el Cielo, yo, juez medianero y con celos del más justo balanceo, vengo a proclamar mi fallo: ¡Que se vayan las hormigas! ¡Plazo de tres días para dejar esta honrada casa y no dañarla más!

—¿Y se mudaron las hormigas?

—Al tenor de la sentencia dictada: ¡a los tres días cumplieron el fallo!

Doña Sebastiana se levantó de madrugadita para gozar la función y fue a plantarse al lado mismo del hormiguero y poco se le hizo el mirar de sus dos ojos para el curioso.

Allí, a las puertas del hormiguero demandado, se convocaron todas las hormigas como a campana tañida. Celebraron junta con desasosiego y alboroto hasta que, a las cansadas, arribaron al acuerdo. Pusieron a la reina en medio de ellas y rompieron la marcha, llevándola en alto como a la Virgen en la procesión, y siguieron y siguieron por un senderito hasta salir fuera de la heredad de doña Sebastiana, que se daba el gustazo de seguir las paso a paso y largándoles todas las puyas y sátiras que largan los desbocados.

—¿Y adonde se fueron esas hormigas?

—Siguieron y siguieron su caminar y no pararon hasta entrarse a la misma huerta de don Hilario, que tan a chacota tomó la demanda a las hormigas. Allí mismo hicieron su gran hormiguero y, muy sus señoras, ¡se solazaron en hacerle al incrédulo los mismos daños que le habían hecho a la vecina doña Sebastiana!...

EL HACHADOR DE ALTOS LIMPIOS

C Campos de etnología y folklore. Arenales dormitando en la soledad y hoy conllevados al desvelo ante el paso del Hombre. Brisas errantes con imágenes redivivas de un doloroso pasado... Y una pasión aleteando en dolida inquietud.

La marcha de mi mula, acallada por el ariscal, me traía el sueño; mas la empresa acometida y la figura del jinete que iba delante, me enfrentaban a los vaivenes del tentado. Caí en la tentación de «ir y ver» a los Altos Limpios después de oír, primero desganaadamente y luego con desatado ardimiento, la corta y trunca relación de mi compadre. Alcanzó a decirme en voz baja y desviada: En los Altos Limpios mora el alma quejosa del Viento... No; es como si se hiciera manifiesta una voluntad descuartizada, o, tal vez, sea el aparecer de una fuerte sombra en sufrimiento...

Nunca me había hablado así mi compadre Azahuate. Con estas algaradas sobre lo misterioso despertó en mí la lumbrera descaminadora que me llevaba. Ante mi creciente curiosidad ni quiso decirme más el cabrero llanista, ni hizo otra cosa que encerrarse en celado silencio para mi creciente porfía y tozudez.

Conozco este silenciar caudaloso de los mestizos y criollos de los campos más apartados. Sospecho a dónde van y qué persiguen cuando se concentran en su cavilar arisco y hunden el sediento mirar en sospechada lejanía. «Siguen» una pasión que dentro del silencio bate campanas y centellea espadas.

Ellos «ven y oyen» algo que solamente alcanzo a presentir, después de refinar mi espíritu occidentalizado en lo que me resta del aliento precolombino. Esto me desasosiega y me descentra al no poderme explicar a dónde quiero ir y de dónde ansío venir al allegarme a estas auras de la vecindad del trance.

Sigo al paso de mi mula... Recuerdo que ayer caí sorpresivamente al rancho de mi compadre con la novedad que quería ir, en su compañía, a los Altos Limpios. Mudo se quedó el pobre y tanto él como su mujer, la buena de mi comadre, me hablaron con calma y remanso en el alma. Querían meterme en el entendimiento que yo era pasto del «Tienta» (así apellidan al Tentador o Demonio) Mas yo, apelando a todos los recursos que debe lucir el bien centrado, expliqué con elegida calma y decires del conllevamiento que se trataba de una simple curiosidad y tanto y tanto porfié, que mi compadre se vio obligado a complacerme. Y el pobre, que me quiere y considera, se avino a emprender el viaje. Ya en marcha los dos, yo veía que él iba venciendo duras resistencias en un tremendo pelear interior. Su luchar se hacía patente en su cara con violentas contracciones y en un continuo dar poderes y desmayos a sus miradas y ademanes. Hablando solo iba.

Y vamos y vamos. Se suceden los algarobales y chañarales y otros torturados árboles indios. Nuestras sufridas mulas sostienen la marcha a lo largo de las

soledades anegadas de arena. Siempre al naciente por sendas de cabras y animales cimarrones, en procuras de un lugar del que todos se alejan y apartan.

El sol de por la mañana es llevadero, mas en llegando la hora de la siesta se vuelve trasminante. Al fin nos allanamos a buscar un reparo a la sombra de un corpulento algarrobo. Nuestras mulas sufren la sed y no apetecen los pastos resecos. Nosotros mascamos ramitas de amarga jarilla para olvidar al agua, de la que apenas nos queda un resto en la caramayola. Nos aplasta tanta soledad, tanto arenal quemado. Los ojos ardidados se entrecierran y se solazan al recuerdo del sueño reparador. Pasan con detención las horas de la tarde recalentada. Por fin se ladea el sol y, ya más sufrible su quemar, ensillamos nuestras mulas y proseguimos la marcha. Esto es la travesía.

Va mi compadre delante, siempre puntero en el camino, pero bien comprendo su silencio y su empaque. Sé que habla solo y que levanta duras palabras contra mi porfía incrédula. Sé que me sospecha en abierta disidencia con su religión y con impertinente actitud de sabihondo ante los misterios de la Vida. Sé que me sabe un atrevido y audaz sondeador de cosas que para él están bien en los resguardos y que soy capaz, en mi descaro, de querer levantar el velo de lo escondido en las penumbras por disposición divina; y sé, por último, que me sospecha «masón» y por tanto, según su creer, practicante de ritos prohibidos, condenados por la Iglesia y pasibles de tremendos castigos.

Pero yo voy en un ir en goce de inhabitual realidad. Cansado de dar clases de historia y geografía, voy en Geografía e Historia gustando de una acre verdad. Sé que estos campos, hoy en soledad, tuvieron su grávida pre y protohistoria y que esta geografía ostentó muy otra interpretación en el sentir de los hombres primitivos que aquí asentaron. Sé que la Etnología y Folklore registran documentos inhallables para los investigadores de gabinete. Sé que entre las sinuosas divisiones de estas ciencias, alienta un espíritu de los campos que es comprendido y degustado más por el iletrado de mi compadre que por mí; pero, con todo, yo entresaco y me adhiero a esta entrevista «pasión» antiquísima de resollantes aristas, al tiempo que recrimino la ceguedad de mis colegas, los profesores del ramo en la Universidad.

Luchando, vamos luchando, mi compadre delante y yo detrás por el mismo camino. Me allega a él mi audacia de autodidacto que me permitió sesgar muchas pruebas tan académicas como adocenadoras, y conseguir resguardar, en recónditos aljibes, mis reservas sobre sospechados caudales extracientíficos. —Yo sé a dónde voy, compadre —le digo en mi monologar al mestizo Azahuate—. Yo voy tras un norte que no es el simplemente empírico de usted y de los suyos, ni la «seguridad científica» de mis colegas, los profesores. Hago pie en una Sospecha, amamantada en muchísimas sospechas, trasegadas de lecturas de entrelineas, de la oposición que he percibido entre Historia y Folklore, y, sobre todo, del sopesamiento de las soledades

palabreras de estos campos «que han sido», es decir, que anidaron al Hombre en sus episodios cruciales.

Quería pardear la cayente tarde. Una sabedora paz se retrataba en el despedirse de los pájaros cantores al anunciar la dulce muerte del día. Mi compadre detuvo su mula en lo alto de un ramblón y me señaló, emocionado, un lugar que sobresalía en los llanos.

—Allá se divisan los Altos Limpios. Usted dirá compadre, si seguimos o no.

—¡Apuremos el paso! —le reclamé taloneando y animando a mi cabalgadura. Seguimos la marcha a paso sostenido. Ya en las vecindades del mentado sitio, se me representó la azarosa historia comarcana. Me dije:

—Por aquí pasaron Francisco de Villagra y sus 180 hombres destinados a la guerra de Arauco, por mayo de 1551, cuando descubrieron la región de Cuyo. Por estas vecindades debió andar el padre Juan Pastor, el documentado primer misionero de las lagunas de Huanacache, allá, por 1612. Para acá vinieron a resguardarse durante el coloniaje muchos tráfugas españoles que constituyeron los primeros troncos del resentido mestizaje lugareño. Por esta misma senda pudo haber pasado José Miguel Carrera y su gente antes de ser vencido en la Punta del Médano, en 1821, y entregado a las autoridades que lo fusilaron y lo descuartizaron en la Plaza de Armas de Mendoza. Estas soledades se alborotaron y encresparon con el resonar de los cascos de la caballería llanista de Juan Facundo Quiroga. Por estos mismos arenales anduvo en sus extrañas aventuras la huesuda y varonil, doña Martina la Chapanay. Estas arenas vieron pasar al Chacho con sus huestes en marcha para la guerra criolla y por estos mismos campos galopó el gran caudillo lagunero, el más célebre hoy en día, don José Santos Huallama...

—Ya vamos llegando —me interrumpió mi compadre.

Alejáronse los fantasmas de la historia comarcana y apareció la concreta realidad terrena. Frente a nosotros se alzaban unas barreras más altas que los médanos comunes. Estas alturas cortaban a los llanos en forma novedosa... Desmonté para allegar, me a pie. ¡Los Altos Limpios! Ahora comprendía la razón de su nombre. Allí no crecía ni una hierbecita. Cesaba bruscamente toda vegetación a muchos pasos antes y las eminencias de arena se empinaban, en una plataforma de yermo. Sí; mas al pie mismo de la más grande altura se levantaba, como relictus, un solitario y coposo chañar. Parecía un templo vegetal... A mi alrededor me atrajeron unos como cantaritos que parecían de barro cocido. Los examiné y me recordaron a trozos de caracolas, pero muy luego reparé que el piso de arena estaba sembrado de estos «restos». ¿Quién pudo haber hecho tales laboreos y para qué?

Caía el anochecer. Con angurriente apuro quise mirarlo todo para formarme un cuadro orgánico do aquello, mas en ese instante sentí la llegada de brisas arrastradas. Miré al suelo al reparar que algo serpenteaba y vi, asombrado, inquieto, que las

arenas «caminaban» hacia arriba, y en la pulimentada superficie se dibujaban vivas rayas torcidas, libra, das por manejos intrusos. Me di en pensar que aquellas caracolas truncas las modelaba un viento caviloso, artesano. Era un desgovernado viento maniobrero, discursivo, entretenido. Me agaché, desconfiando de mis ojos y de la avanzante obscuridad, y palpé el suelo y «sentí» que ese suelo se movía. Huían los granitos de arena en desgovernado rodar, uno por uno, procurando subir a los altos de la empinada barrera, como solicitados por el imán. —¿Cómo puede suceder esto?— me preguntaba y cuando quise verificar en diversos sitios el movimiento y caminar de las arenas, noté que la obscuridad me descaminaba. Todo se envolvía en el oscuro poncho llanista. Acongojado, sediento de investigación y de sospechas, volví a tantear el suelo a mi lado. Me parecía entrever que invisibles dedos modelaban botijuelas y volutas pequeñas de un remoto palacio de barro cocido... En la noche el viento arrastrado enhebraba voces bajitas, susurrantes, lejanas. Se entreoía el rodar de lamentos perdidos...

La voz de mi compadre, austera y prevenciosa, dio su recto pensamiento. —Antes que se haga noche cerrada, vamonos a dormir al Balde de la Vaca.

—No, compadre. Yo dormiré aquí mismo.

—¡Miren la ocurrencia! Pero no voy a dejarlo solo, compadre. Me allanaré a acompañarlo, aunque ¡no estoy conforme! —Siguió a las medias hablas mientras desensillaba las mulas. Luego se apartó con los dos animales y los largó maneados para que pastaran en la vecindad. Al rato volvió, siempre murmurando y con unas leñitas. De mala gana, hizo fuego, puso una tira de asado al calor de las llamas, echó la última agüita que nos restaba a la tetera y la arrimó al fuego. Muy en silencio comimos un bocado y tomamos un matecito. Tendimos los recados a la mortecina lumbre del fueguito y nos acostamos sobre los pellones. Observé que mi compadre rezaba mucho, con entregada devoción y se encomendaba a su Ángel de la Guarda. Yo me tapé hasta la cabeza con mi poncho y solicité el sueño con miras de levantarme tempranito a seguir con mi porfía investigadora.

El desvelo con su carga de penumbrosas imágenes me zarandé en su vaivén de penas. Comencé a sentir oleadas de miedo y de arrepentimiento. Fui sopesando las resistencias y prevenciones de mi compadre Azahuate... Sopesaba su actitud. ¿Qué temía mi compadre? ¿Qué reservas encerraba esa tozuda resistencia a venir a este lugar? ¿Por qué bajaba la voz y esquivaba hablar de los Altos Limpios? ¿Qué era aquello que quiso decirme y lo calló, arrepentido? La soledad llanista, el lastimante aullar de los silencios me acosquillaban a puntazos hasta desembocar en el tembladeral de las inquietudes... Desde muy adentro me lamía un preguntar asaltante, inacallable, ganchudo, arañador. Con encrespadas rebeldías se levantaban mil sospechas acechantes. Retenidas voces pugnaban por levantar gritos como si los devaneos del viento y los alentares del lugar despertaran a alguien que dormitaba en

mí. En los lindes del terror sofrenado, atiné a refugiarme mentalmente al lado de mi buen compadre. Pedí su cristiana ayuda a través del lazo que me unía a él y así fui gustando de alguna tranquilidad. Pedí el sueño, el soñar manso...

Tal vez dormí hasta la medianoche. De pronto me sentí remecido por un forcejear intruso. Me sorprendí a mí mismo sentado en los pellones del recado hecho cama. ¿Estaba bien despierto? Hice esfuerzos por atesorar mi cabal conciencia. Sí... Ahora sí estaba con mis ojos y oídos alertas y me llegaban claramente los retumbos de un hacha... Hachaban el tronco de un árbol, ahí, a pocos pasos. Conseguí gritarme en voz acallada que estaba bien despierto y hasta logré orientarme. Inquirí hacia el chañar solitario y pude distinguirlo como saliéndose de la noche en un resplandor blanquecino y, a su lado y hachando su tronco, a un hachador. Miré con todas mis fuerzas a los mantos engañosos; penetré con el filo de mi refinado mirar a las negruras y conseguí ver de lleno al hachador de la noche... Era un mocetón alto, fornido, moreno. Calzaba ojotas, vestía chiripá; sin camisa, mostraba el torso brillante de sudor. ¿Y la cara? Una huincha le ceñía la frente y le sujetaba la abundosa melena. Lo remiré buscándole los ojos, pero el hombre del hacha trabajaba afanosamente con la cara en sombras, como esquivándola. Volví a inquirir con mi sediento escudriñar y caí a la sospecha ¡que el hachador no tenía ojos! Una espesa negrura le caía bajo las cejas. De vuelta de los remecidos miedos, llegué al acuerdo que el mocetón hachador tenía las cuencas vacías. ¡Mi compadre me lo dijo! Era «una fuerte sombra en sufrimiento». Sí, ahora de frente al penante de los Altos Limpios yo debía, en los lindes de la locura, dar una lección de mi saber «extracientífico»... Sí, el hachador revivía un quehacer simbólico anudado entre el folklore y la historia. El hachador luchaba y su hacha era la suma de todas las armas de la guerra nativa y el tronco del árbol herido, la inmensa llaga de todos los encuentros sufridos por la carne de un pueblo mal llevado.

Comprender el mensaje de ese penar... Y desfilaron los caudillos de los llanos de otrora. Pasaron con furia las caballerías en el trance terrible de la carga. Ver el choque de los mil hachazos y entreoír los lloros de Catuna y de otros mocetones ensangrentados y en derrota.

Un mirar más y comprender, con las lágrimas del alma, que el hachador sin ojos era la suma del dolor al revivir a los tiranos y caudillos que hacha, ron el árbol de la patria...

JUAN HUAKINCHAY

Si oyera que alguien preguntara por el hombre más cabal y de razón de que tuviera noticia yo respondería: —Se llama Juan Huakinchay. —¿Juan Huakinchay?

—Ésta es su historia. Nació a la sombra del Padre Ande, en las Lagunas de Huanacache, las hoyadas que atesoraban las aguas cerreras y la pasión de Cuyo. Su padre murió en edad temprana, en la travesía a San Luis y dejó sola en el terrible mundo a una joven viuda con dos tiernos hijitos. A padecer incontables pobreza quedaron la madre y los dos frutos de su vientre; así, en diario luchar, fueron pasando los tiempos... Con puchitos y sobritas se mantenían, anudando necesidades y, de una manera y otra seguían la cadena. En las noches de invierno la solitaria viuda apelaba a contar larguísimos cuentos hasta lograr que sus dos niñitos, olvidando las hambres por seguir fantasías, durmieran en la ceniza. Entonces los tapaba con cueros de ovejas para protegerlos del frío. Ella se encomendaba a los Santos y les pedía el compadecer a sus miserias y desamparo. Muy de noche se acostaba entre cuentos y lanas sueltas, no para dormir, ¡para pedirle al Tata Dios que atendiera sus humildes quejas...! Una ayudita para sus pichoncitos desnudos, una miradita de compasión en el perdido mundo y, ya en el entresueño, ella misma, doblándose en Deidad milagrosa y protectora, se respondía ¡ella misma!, ofreciéndose ayudas y consuelos dulcísimos. Con estos engaños del alma aguantaba las noches tan largas, tan frías... Al rayar el alba ella y sus hijitos iban a la laguna y ayudaban a los pescadores a destripar y limpiar los pescados. Con esto más el lavado de ropas y costuras por un rancho y otro, les quedaba un alquito para ir comiendo, para ir tirando...

En tiempo propicio los tres cosechaban vainas de algarroba madura; en callanas de piedra las molían hasta conseguir la harina para las tortitas de patay. Con los restos de la molienda conseguían la añapa y el mate de algarroba. Mucha provisión de pan indio guardaban para los días restantes del año. La majadita de cabras, con ser escasa, les daba leche, y leche con patay comían por desayuno, por almuerzo y por toda cena. No carneaban sino las cabras más viejas, las que ya no rendían cría, para no mermar la tan chiquita hacienda. Así cuidaban con desvelo las cabritas nuevas en vías del multiplico. En la más trabajosa miseria lo pasaban, y nunca por nunca se vio en ese limpio y bien tenido ranchito ni una parranda, ni junta de gentes. Apenas si llegaba el compadre Ruperto con la comadre Loreto en ancas a saber de sus vidas, con una cabra carneada y la azuquita y la yerbita en a bolsa de los vicios.

Poco a poco el tierno niño fue ganándose a mocito, y un buen día se propasó a tender sus propias redes en la laguna y supo manejar la maniobra de su balsa de totora hasta conseguir la ansiada cosecha de esas aguas en reposo. Buena carga de

pescados comenzó a llevar a su choza y allí, con su madre y hermanita, preparaban los bagres y truchas, ya limpios, en «sartas» que acondicionaban en fresquísimas «chihuas» de esponjada totora. Al anochecer cargaba sus dos mulas y emprendía su larga marcha a San Juan o a Mendoza. Caminaba el pobre mocito leguas y leguas con el fresco y el aconsejar de la desvelada noche. Un día más y otra noche de sostenido marchar y era entrar a Mendoza por la Calle de los Pescadores hasta llegar a la Plaza Mayor para gritar: «¡Ricos pescados!» Allí lograba vender su mercancía y con el producido se aviaba de bastimentos para su casa. Estos viajes los hacía todas las semanas, sin merecer una tregua. Con sus ahorritos consiguió comprar las dos mulas prestadas y, para más, el bueno de su padrino le regaló tres ovejas y le prestó un carnero y con esto fue creciendo la majadita de añares de los Huakinchay. En un tremendo forcejeo pudo el mocito hacerse de dos vaquitas, y muy grande fue su alegría cuando vio que iban a dejarle terneritos. El padre les había dejado unas pocas cabras, que también fueron en aumento y más con la compra de una que otra cabrita...

Tantos trabajos y privaciones, tanto aspirar y soñar aposentaron una mirada triste y lejana en el mocito Huakinchay. Él creía en su chiquitura que «los del gobierno» eran los dueños de las tierras y de las aguas, y que tenían potestad para todos los desmanes en disfavor de los pobres. Cuando veía a un policiano se le encogía el corazón al considerar que toda su suerte y la de su familia estaban en las manos de esa autoridad. De tanto prudenciar, creía siempre haber faltado a alguien y apenas si levantaba la vista del suelo y hasta hablaba bajito. ¡Pobre Juan Huakinchay! No sabía ni la O por lo redonda, pero lograba sacar sus propias cuentas con los dedos y así fue contando centavo tras centavo hasta lograr completar muchos pesos. Tenía luces propias para su cabal manejo, mas sus medios y recursos andaban siempre cortos para las necesidades de los suyos. Nunca pudo comprarse un pañuelo de seda como los otros laguneros pescadores, que gustaban fantasear airosamente. Jamás gastó un cuartillo en vino o aguardiente ni en otra tentación de pulpería, y cuando pasaba por frente de una «chingana», apuraba el paso de sus mulas para no ver ni oír las risadas de las mujeres perdidas ni a los mozos calaveras, que lo llamaban con nombre y apelativo a que fuera «a una gustadita». Bajaba la cabeza el pobre y pasaba de largo, escondiendo la cara, mezquinando el mirar y aguantando las burlas y cuchufletas de los «muy hombres». Si un alquito medio le sobraba era para llevarle un regalo a la pobre de su madre y a su hermanita, tan humildes y temerosas como él.

Los tiempos fueron pasando con su arrastrar de cadenas, mas un día el mocito Huakinchay llegó a contar diecinueve floridas primaveras... Y se ganó a lindo mozo moreno, de ojos negros con encendidas lumbres; cabello ensortijado sobre la ancha y espaciosa frente. Delgado pero de duras y sufridas carnes. Si hubiera podido vestir bien, los hubiera aventajado a los mozos más atrayentes y de liviana sangre. Su mirar

humilde, cautivador, aposentaba la confianza.

Pero aconteció durante tres años que no cayó una gota de lluvia y se secaron los pastos de los llanos y los ríos Mendoza y San Juan, faltos de nieves en sus nacimientos, negaron sus aguas. Las haciendas comenzaron a consumirse de hambre y apenas si pudieron salvarse las que pastaban en las húmedas orillas de las lagunas, pero como todos criaban ganados, cundieron los pleitos y tropelías por cuestiones de pasturaje. Los más pudientes y encaradores emplazaron a sus cabras, ovejas y vacunos en las riberas mismas de las lagunas y con aires chocarreros celaron sus haciendas y corrieron las ajenas a los peladeros del campo. No pocos acudieron a la justicia, pero la autoridad ni quería ni podía andar por esos apartados campos enderezando enredos inacabables. Las hacienditas de los Huakinchay se morían de flacas, vagando por los yermos arenosos... Ante tanta desavenencia y atrasos, el mozo Huakinchay y su madre acordaron vender los pocos animalitos flacos que les restaban, pero como todos hacían lo mismo, poco, muy poco pudieron sacar de las ventas. Para mayor atraso, toda la gente de esos tendidos campos acudió a las lagunas con miras de pescar para tener qué echarle a la olla, con lo que esquilmaron esas aguas antes llenas de peces. Se acababa la pesca y un penoso día el hambre se presentó al ranchito de los Huakinchay.

—No hay más, mi madre —salió diciendo el mozo después de sacar amargas cuentas—, que tendré que ausentarme en busca de un trabajito. No se apenen por mí, que yo sabré desenvolverme y hallar un quehacer para estas manos. Al mes cabal volveré... —Al otro día, en anocheciendo, ensilló su flaca mulita y, bendecido por su madre, encaró la travesía en dereceras del poblado.

Al mes volvía el hijo con buenas nuevas: —Hallé trabajo, mi madre —es que le dice a modo de saludo a la pobre viejita cuando se apeaba—. Reciba estos avíos y este dinerito y aguántese hasta dentro de tres meses que hey de volver con nuevas ayudas—. Se acostó en su chocita al lado de su santa madre y toda la noche hablaron esas dos almas de las miserias de la vida, pero el mozo alimentaba grandes esperanzas y consoló a la pobre con animadas pinturas para los tiempos del venir. De madrugada, después del matecito de despedida y ya bendecido, se ausentó de nuevo el hijo querencioso.

Juan Huakinchay había tenido la suerte de hallar trabajo en la gran finca de los Herrera. Por su habilidad y apego a las tareas, por lo serio y cumplido y por un algo cautivante que de él se desprendía, fue entresacado de la pionada por acuerdo de la señora patrona. Esa poderosa señora pasaba por trances muy amargos: su marido había caído en cama un año atrás, doblegado por el terrible mal de «tis» y tuvo ella misma que desenterrar fuerzas y recursos para ponerse al frente del establecimiento de campo, porque los dos hijos que tenía andaban ausentes: uno en Santiago de Chile y el otro por Buenos Aires. Nada que se sabía de ellos. Ni escribían ni allegaban

noticias. Se murmuraba que se habían ido a loquear con mujeres de mala vida.

Los trabajos que al principio se le señalaron a Juan Huakinchay fue desmontar una gran manga enmalezada y revenida y emparejar dos altos médanos que el viento había levantado con arenas errantes. El mozo enyugó bueyes, aró con arado de palo y puntera de hierro hasta no dejar montes y, con rastras de cuero de buey, emparejó los altos y niveló con buen ojo los bajos. Por último ahondó el desagüe para cortar las reveniciones y, ya a fines de agosto, sembró «alfa» y muy luego se vio verdear alegremente esas recobradas tierras.

Pero sobre esa gran finca revoloteaba la lechuza. El dueño de todo, 20 años mayor que su señora esposa, empeoraba sin remedio. Apenas si se le oía el resuello porque la fatiga, la del tísico, lo socavaba hasta dejarlo amarillo y hecho una osamenta. Al fin murió consumido en brazos de su esposa, que casi enloqueció en su desdicha. Fue aquí, en esta pesarosa desgracia, donde el pioncito Huakinchay mostró sus recursos y buena disposición al prestar toda su habilosa ayuda a la desolada señora. Para las diligencias del entierro y del acompañamiento no durmió el mozo al acudir consu comedimiento y solicitud a las mil dificultades que se presentaron. Mas, apenas enterrado el que fue dueño de todo, se notó en la pionada un desgano para el trabajo y el mayor descaro en las raterías, anuncios del derrumbe de la gran casa de campo. Muchos antiguos piones se fueron a otras fincas, llevándose las herramientas y otros, los que se allanaron a quedarse, maliciando que la paga se atrasaría, mermaron sus labores y descuidaron sus deberes. Para mayor descalabro, los cuatrerros comenzaron a aportillar los cercos y ya se hizo patente el robo de vacunos... El mozo Huakinchay, aunque nadie se lo pidió, acudía con sus oficios y ayudas, pero el desvalido no tenía poderes. Él mismo se atrevió a ofrecer sus comedimientos a la abatida señora y pedirle la venia para tal o cual medida. Él la veía en abatimiento y consumirse en un vano llorar y quejarse en su desamparo. Es que la pobre no sabía, no atinaba a encarar tanta lucha contra los atacantes. Crecían sus gastos por trabajos mal hechos y nadie le pagaba lo que le debían por pastaje, por venta de bueyes y los productos de sus sembradíos. Sabía que los cuatrerros encaraban las mangas y arreaban por docenas sus vacunos a Chile, y, por último, comenzó a caerle un avenegra con papeles sellados y embrollas de juzgados por escrituras mal hechas...

Al fin la pobre viuda cayó en la cuenta que allí hacía falta un hombre. ¡Un hombre! Aquel sábado era día de pago para los diez peones que le restaban, pero no había un peso en el arcón. La señora patrona, perdida en las penas y en dolorida soledad, llamó a Juan Huakinchay y le contó sus cuitas. Retorcía sus brazos la atribulada en un sin hallar qué hacer.

—¡Por vida suya, mozo, haga lo imposible por cobrar esta cuenta del matancero. Me debe ocho novillos y no me los quiere pagar.

Tomó el mozo el papel con la cuenta, lo guardó en su tirador y salió sin decir palabra. Montó a caballo componiéndose el pecho y echándose el sombrero a la nuca...

Al anoecer volvía Juan Huakinchay y entregaba a su patrona un rollo de pesos. —No me quería pagar el matancero y nos avanzamos en palabras... Tuve que sacar el cuchillo.

—¡Sacar el cuchillo!

—Nunca lo había hecho, señora, pero si no volvía con plata los peones se irían; además, hay que pagar al herrero, al talabartero ¡y al proveedor!

Dos golpes en la puerta y entra descaradamente el avenegra con un montón de papeluchos en la mano. Se encajaba anteojos y vestía de negro. ¡Si parecía un cuervo!

—Señora —dijo encarándola con el sombrero puesto y echando humazón con su cigarro—; han aparecido en el jujao estos dos expedientes más con impuestos atrasados, y esta otra demanda sobre no sé qué embrollas que cometió su marido, ahora años...

La señora no tuvo fuerzas para contestar una palabra. Clavó su mirada en Juan Huakinchay, clamándole sus ayudas. Hubo un entenderse en las miradas. Fue lo bastante para que el mozo, componiéndose el pecho avanzara fieramente hacia él avenegra, lo tomara de un brazo y lo sacara a empujones puerta afuera. Quemantes rescoldos parece que le volcó al oído porque el cuervo montó en su yegua y salió a media rienda.

Volvió Juan Huakinchay a la alcoba de la señora, la que hacía trece montoncitos de dinero sobre la mesa. —Vea, mozo —le dice, entregándole ese dinero—; estos diez montoncitos son para los peones, éste para el herrero, éste para el talabartero y éste último para el pulpero proveedor. Vaya, págueles a todos y vuelva... que quiero hablarlo.

Salió el mozo muy resolutivo y repartió con vistosa alegría los pagos, tal como se lo habían ordenado. Y todos se fueron contentazos y hablando bien de la señora patrona. Huakinchay se quedó mirándolos alejarse; luego retornó a la alcoba de la señora. Entró para quedarse vacilante con el sombrero en las manos. Desconocida inquietud lo desasosegaba hasta las raíces. La tarde moría en un caliente anoecer.

La señora se dio vuelta para mirarlo un largo rato; tomó resuellos como para decir algo novedoso en un apenado repechar, pero, de repente, se le quebró el aguante y corrió a un rincón y rompió a llorar... Ahí se plantaba el pobre mozo, sin saber qué hacer; trabado y empujado por los más opuestos enviones. Se avergonzaba de ser poco hombre.

Poco a poco se va serenando la señora. Se enjuga las lágrimas, compone su cara y trata de alegrarse, de ser atrayente... Pasito a pasito se acerca a Juan Huakinchay. Se le arrima mucho, mucho, y con voz que le subía de los profundos de su carne, le dice

al oído: —¡Si fueras un mozo travieso!... Levantó su mirar el sorprendido mozo y vuelve a bajar los ojos al encontrarse con los encendidos de la señora; mas la fuerte mujer lo toma del mentón y lo obliga a mirarla. Un turbión de sangre le nubla el mirar. Tiembla el hombre joven; en vano quiere rehacerse en un grito llamando a la raíz de su hombría. Tormentas de la sangre en hervideros le ahogan todo decir y maniobrar. Vergüenzas y aleteos de fuego estremecen el corazón ansioso. Esperanzas y congojas lo azotan, pero ve luz en su estrella... La mujer, más sabedora y segura, le arrima la última ayuda, una de esas que ladean al hombre más tímido y arisco: le toma la mano al mozo en flor y con ofrendas del más avenido cariño, la lleva a las curvas de su pecho, al tiempo que le entrega todo el mirar y gloria de sus ojos rendidos...

Esa noche, mientras los peones se emborrachaban con la paga, nació un nuevo Juan Huakinchay. También la alta dama se perdió en los resplandores. La pareja, abrazada y en transporte, salió al jardín a perderse en los floreceres... Asomaba sobre el ardido oriente la luna mestiza y las arboledas, alumbradas sus vivas orillas, cobijaron al amor escondido. Innombrable encantamiento bajaba de los escarnecidos cielos. Las hondas novedades de remansados cariños se desparramaban, alumbradoras. El mozo veía abrirse la flor de la vida y ella, la que se agostaba en funeraria viudedad, se alzó con furia de reverdecimientos, con los retenidos ardimientos en galopes de gozos. Huakinchay, el mozo, se detenía a oír los repiques de enloquecidos campanarios. Sus sentidos y todo su entender danzaba en las fiestas del alumbrar desconocido. —¡Soy feliz!— se gritaba, recogiendo los flecos de sus dorados ponchos. —¡Es la noche de mi memoria!— se repetía mirando a la dama rendida en su pecho. Dos noches y un día pasaron. El lunes de mañanita el nuevo encargado Juan Huakinchay, se presentó a sus compañeros más que desconocido. Tomó disposiciones a lo dueño de casa y tiró planes para enderezar la finca. Los piones lo oían con la boca abierta, pero luego marcharon a cumplir órdenes con el Encargado a la cabeza, que daba el ejemplo trabajando a la par de ellos, sin mermar una fatiga y cuidando con celo las herramientas. Se resembraron los potreros enmontados; se enlagunaron las manchas salitrosas; se anivelaron las mangas para el resiembre. Tomáronse animales a guarda y luego de apartarse los vacunos para engorde, se vendieron los bueyes y caballos viejos. Recompuésionse las compuertas de las acequias regadoras y se cerraron los portillos de los cercos. En la devorada viña se replantaron las fallas con mugrones y estacas y se repusieron los cabeceros y rodrigones. Reabriéronse los cegados desagües, se ahondaron las sangrías y volvieron a tupirse las trincheras de tamariscos, pero, por sobre todo, se pagaron y se cobraron las cuentas. La descompuesta máquina comenzó a retomar el buen camino y la antigua finca de los Herrera sobrepasó esplendores pasados; pero con tanto trajín y desvelo, Huakinchay echó en olvido a su madre y hermana.

No faltaron malas lenguas que hablaron de la viuda rica y del mozo aprovechado. Más de una seña maliciosa sorprendió Huakinchay entre los peones y más de una risada lastimante soportó la dueña de casa. Como culebras de ofensivo y lastimante mirar se alzaron hablas enemigas, pero una pureza de sentimientos a la vista de todos y un duro trabajar respondieron a los murmurantes del mundo. Al año la gran finca se mostraba recobrada; crecidas ganancias permitían atesorar sobrantes para enfrentar posibles malos tiempos.

La señora afincada y su Encargado habían cambiado de vida. Se los veía juntos por las tardes, recorriendo a caballo los cultivos y quedándose a merendar algunas veces a la sombra del sauzal que bordeaba al acequión de cantarinas aguas. Los domingos cenaban bajo el parral encatrado que sombreaba al gran patio del que pendían farolitos chinescos. La negra cocinera les servía la cena y se retiraba a dormir. Quedaban los dos a dulces hablas como zorzal y calandria.

El mozo había cambiado mucho. Ya no bajaba la cabeza ante los hombres ni mezquinaba el mirar en vías de humillación. El amor lo enfrentó a la Vida para mirarla tal cual es, con sus cargas de pesares y sus instantes de gozo. Calmo en el hablar y seguro en los tratos, se ganó a hombre el mozo y como hombre supo manejar sus pasos en la vida. El vuelco de su suerte no lo mareó, pero le trajo, si, un aire soñador y confiado, como un merecido desquite de las humillaciones pasadas. —El hombre— se confesaba en sus apartes —recibe las buenas y las malas con mano abierta: estoy en la buena hasta que Dios me dé su campaña—. Así guiaba sus pasos por la nueva senda. Dos años pasaron como en un sueño.

De golpe se resquebrajó su suerte: primero llegó el hijo que estaba en Chile y luego, como de acuerdo, el que se había alejado a Buenos Aires. Llegaron sabiendo lo que acontecía en la casa de la madre. Se pusieron terribles con el Encargado. Orgullosos y soberbios, no perdieron ocasión de humillarlo delante de la pionada. Con paciencia de santo trató de congraciarse el mozo Huakinchay, pero fue un vano batallar. A cada atención suya le respondían con desaires y fuertes agravios. Se allanó la madre a hacerles comprender a sus hijos quién era el verdadero salvador de los caudales de la familia Herrera, pero aquí chocó ella con la muralla de los celos, con los azotes de las palabras heridoras.

La pobre viuda y amante se halló en guerra y comprendió que estaba cercada por la enemistad. Oyó de sus hijos las duras palabras del honor y de la dignidad de la alta familia Herrera. Ella era la viuda de un gran caballero; tenía a su resguardo el ilustre del apellido del muerto esposo y debía velar por el nombre de sus hijos que querían andar con la frente bien alta. —¿Vinieron esos hijos —les gritó ella en arrebató— a cuidar sus bienes cuando murió el padre? ¿Qué hacían esos hijos pródigos cuando yo me debatía sola entre los cuervos? ¿Quién me defendió en mi desamparo? ¿Loqueando con perdidas andaban los tales hijos, mientras ese pobre pión apuntalaba

estas ruinas! ¡Como si no supiera yo y todo el mundo las andanzas de mis hijos!— Todo fue en vano. Un creciente rencor, un odio que se salía por los ojos, los hacía aborrecer al piojo resucitado de Juan Huakinchay. El mozo sintió en honduras tanta ofensa enemiga... Recompuso su recado y aprontó su mulita.

—No te vayas, Juan —le rogaba la señora, a solas con él en un clamar desesperado—. Yo puedo vender la finca, darles lo que les corresponde a mis hijos y con el resto tenemos para casarnos los dos y ganar un lugar escondido, bien lejos, donde nadie nos conozca. En otra parte sabremos labrar vida nueva. Anímate, Juan. Vamonos.

—No, señora —respondía el hombre de prudenciado cavilar—. Usted se debe a sus hijos y con ellos debe seguir su vida. Yo llegué un día de las lagunas y a las lagunas me vuelvo. Soy un ave de paso, sin nido ni arraigo... No se apure, mi señora. Todo se arreglará con el tiempo. Usted, mi señora, verá llegar la vejez rodeada por sus buenos hijos y nadie tendrá que señalarla con el dedo.

Hubo ruegos, lloros y hasta amenazas, pero nada torció al hombre de levantado proceder. Al otro día, muy de madrugada, se fue Juan Huakinchay en la misma mulita que había venido hacía dos años. Con el mismo recado se iba. No quiso regalos ni favores. Y se fue para siempre, con toda la pena del alma y la derrota en su corazón amante. A los dos días llegó a su olvidado ranchito.

Fiel al recuerdo de un cariño sin par, se ganó el derrotado al silencio y al retiro, pero muy luego se vio enfrentado a dura lucha. El abandono en que había dejado a los suyos, le costaba ahora lamentados arrepentimientos. En llegando echó de ver que la inocentona de su hermana había caído en las celadas del amor engañoso. Un mozo picaflor de la vecindad lograba sus favores y la convencía que se amancebara con él y abandonara a la madre. De una sola mirada abarcó Juan Huakinchay el derrumbe de su hogar y aunque lo invadió la rabia y los furores de venganza, se retiró a pensar al lado de la laguna, tal como lo acostumbró su padre. Mucho se calentó la cabeza el pobre, hasta que al fin, manso como era, tomó la determinación de procurar arreglo a las buenas. Se avino a ir al rancho del burlador de mujeres y se rebajó a manejar razones que le daban asco. Diose cuenta a los pocos tiros que había que comprarlo y a buen precio. Le ofreció plata y una majadita de cabras para que, con recursos y pie de crianza, formara su hogar. Con esto, con la promesa de más y tupidas ayudas y protecciones, logró Huakinchay que no se derrumbara su resquebrajada casa. Consiguió del mujerero que se matrimoniara con su hermana y hasta que se aquerenciara al hogar. Por interés lo hizo el pícaro y más cuando Huakinchay lo habilitó para una siembrita del trigo y le allegó dos vaquillonas. Al nacer el primer hijo ya estaba conquistado el picaflor y dejó de andar ronciando a las chinitas por ai. Huakinchay fue el padrino de su sobrinito y se aficionó tanto a esa criatura que legró apaciguar su alma atribulada. Luego llegaron una niña y otro varoncito y tuvieron al

tío más querencioso de la tierra.

Pero era la viejita de su madre la que lo desvelaba al verla tan corta de salud. El hijo arrepentido pasaba largas horas de la noche junto al fogón, jurándole a la madre que nunca se había olvidado de ella, sino que las cartas que le mandó las había tirado a la laguna el pícaro mensajero. Y la santa viejita, toda creída en las palabras del hijo, le repetía: —Sí, m'hijo. Sí... —Y Juan Huakinchay se secaba las lágrimas al reconocerse un ingrato y un falso. Así lo pasaban hasta el tercer canto del gallo en que se dormían en la quietud de esos campos.

Juan Huakinchay labraba su campito y celaba sus escasas haciendas con el porfiar que da la pobreza, pero su gusto y contento era jugar con sus sobrinitos y esperanzarse en tiempos mejores con la viejita de su madre, al tiempo que vigilaba a su cuñado, que al fin terminó por ser el marido más fiel y casero. —¡No hay como su casita, compadre!— le decía Juan Huakinchay, viendo criarse a los niñitos y el multiplico de las haciendas, —Así es— le respondía su compadre y cuñado, pasándole la tabaquera para que armara el cigarro.

Cuando murió la viejita de su madre se enfrentó Juan Huakinchay a la tremenda soledad. Sintió los derrumbes del mundo y sus tupidas tristezas lo llevaron a apartarse al borde de la laguna, a hablar solo con sus recuerdos. A representarse momentos de dicha, a hundirse en las amarguras con recuerdos pesarosos.

Tomó la costumbre el caviloso de irse sólito y, sentado al borde mismo de esas inmensas aguas remansadas, alejarse del mundo en el corcel de sus pensares.

Se veía niño en la silenciosa inmensidad de esos campos, ayudando a la mamita en su luchar diario... En un nacer de resplandores contemplábase en la gloria de su único amor. Se vio en pareja con ella, perdiéndose los dos por el sendero de los cantos perdidos... Y después, en un llorar de campanas, se veía en su mulita, retornando a su choza donde aposentaba el amargor de las cuatro velas, lloradoras de la muerte de su madrecita que él olvidó —¡Ay, ay!— se repetía.

Una noche no volvió a la casa. Salieron a buscarlo con candiles y lo hallaron muerto frente a la laguna. Sus ojos ¡tan abiertos! retenían dos imágenes de mujeres que derramaban consuelos al triste.



JUAN DRAGHI LUCERO. Nació en Luján de Cuyo, Mendoza, el 5 de diciembre de 1897. Deja la escuela en tercer grado para colaborar con el compañero de su madre (que enviudara cuando Draghi tenía 3 años)... allí se embebe de las tonadas y dichos de los jarilleros. No vuelve a la escuela pero hacia 1925 se dedica con pasión a escrutar el enigma de los huarpes. Publica 3 libros de versos y artículos de historia, funda la Escuela de Apicultura de Mendoza (1929) y, con toros, la Junta de Estudios Históricos de la misma provincia, recorre sistemáticamente los campos cuyanos en busca de antiguos cantares, de esa manera su nombre se proyecta a nivel nacional.

En 1938 publica el *Cancionero Popular Cuyano*, volumen de más de 600 páginas, en que registra, muchos de ellos con la tonada con que se cantaban, los versos — romances, décimas, canciones y coplas— escuchadas en sus viajes de recolección y de su infancia a cielo abierto. El libro obtuvo de la ex Comisión Nacional de Cultura el premio de Folklore correspondiente a la región de Cuyo, un galardón, sin duda, pero chico para una obra de esa magnitud.

Fue profesor de Historia y Geografía, Castellano y Folklore.

Obtuvo becas del Fondo Nacional de las Artes para investigadores de Folklore Regional, y otra de la Universidad Nacional de Cuyo para presenciar el Primer Congreso Internacional de Folklore. Entre los premios tenemos el mencionado de la Comisión Nacional de Cultura por el *Cancionero Popular Cuyano*, Réplica de Sable Corvo, otorgado por el Dr. Buteler, Premio de Honor y Medalla de Oro de SADE en

1978, Medalla y diploma otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires.

Fue miembro correspondiente de la Academia del Instituto Nacional Sanmartiniano en 1961, Técnico en puentes y caminos, Profesor de Historia y Castellano en la Universidad Nacional de Cuyo en 1950, Primer Presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo, Presidente de la Biblioteca Sanmartiniana.

Entre otros podemos mencionar sus obras: *Las mil y una noches argentinas*, *Loro adivino* (1963), *Cuentos mendocinos* (1964), *El Hachador de Altos Limpios* (1966), *El Tres Patas*, *El bailarín de la noche* (1968), *El pájaro brujo* (1972), *La cabra de plata* o *La cautiva de los Pampas* y otros. Entre otros hechos destacables tenemos su representación de la Universidad Nacional de Cuyo para asistir al Congreso de Universidades de América en Santiago de Chile. Recolectó 5000 piezas tradicionales durante sus excursiones de vacaciones que fueron donados a dicha Institución.

En 1984 recibe el premio Konex en Letras en la disciplina Regional, luego recibe el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Cuyo en 1986, premio del Diario Los Andes por su labor literaria, segundo premio por su libro Sueños, se pone su nombre a varias escuelas y bibliotecas. Fue fundador de la Editorial Oeste.

Fue nombrado Ciudadano Ilustre por la Municipalidad de Buenos Aires en 1988. Dio innumerables conferencias en el país y en el mundo, además colaboró en varios diarios y revistas del medio. Murió a poco de cumplir los 100 años, en 1994, un 17 de Mayo.